BODYGUARD ROMANCE



NATHAN

AGENCIA PIPEN 2

Maya R. Stone

NATHAN

AGENCIA PIPEN 2



MAYA R. STONE

©Todos los derechos reservados

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Desenlace
NOVEDADES

Capítulo 1

—La señorita Marlowe está aquí, Nate.

Nathan suspiró y se hizo atrás, cerrando el documento que había estado completando en el ordenador.

—Dame cinco minutos y luego hazla pasar, Kate.

—Perfecto.

La oficina de reuniones de la Agencia Pipen parecía un quirófano: cristal limpio, luz sin sombras, una mesa larga con sillas ergonómicas.

Nathan Collins era el hombre al mando de la Agencia mientras Scott Pipen disfrutaba de su viaje por el mundo. Y no agradecía su posición en este momento.

Esta mujer que esperaba afuera, de seguro impaciente y tratando que Kate la hiciera pasar al instante, era un grano en el culo. Así, sin endulzarlo, directo.

Había estado llamando a la agencia sin pausa, y no aceptaba intermediarios. Demandaba ser atendida por el mismísimo Pipen, y no había manera de que entendiera que el mundo no se congelaba porque ella así lo quería.

—En tus sueños, pija—murmuró, y se incorporó para ir a la puerta.

Respiró hondo otra vez, preparándose para lo inevitable.

Cassandra Marlowe no vería al gran jefe, no lograría más que el mismo tratamiento que le daban a todos los clientes.

Uno estelar, si Nathan tenía que describirlo, porque la empresa funcionaba sobre rieles aceitados, y asumían absoluto compromiso y responsabilidad cuando aceptaban proteger a una persona.

Cuando siendo aquí la palabra clave. Esta mujer que quería llevarse el mundo por delante no aparecía como un prospecto aceptable, en su opinión.

El tipo de personas que no aceptaba un *no* por respuesta no se avenía bien a las normas de seguridad ni a las indicaciones de guardaespaldas profesionales.

Abrió la puerta y no se molestó en pretender una sonrisa. Su trabajo no era el mercadeo, joder, y tenían clientela de sobra, resultado de años de trabajo dedicado y sin mancha.

—Señorita Marlowe—dijo, y señaló el interior de la sala con su brazo.

La mujer pareció tomada por sorpresa, pero se incorporó de un salto y tomó su cartera, taconeando con energía para ingresar a la sala.

A Nathan le satisfizo ver su confusión inmediata. Ella miró alrededor, frunciendo el ceño, parpadeando. Luego clavó su vista en él:

—¿Dónde está Scott Pipen?

—En Europa, imagino, disfrutando de tragos y sol, como merece. Ya le expliqué dos veces esta situación por teléfono, señorita.

Tendría que haber dejado esto en manos de Elijah o de Darius, pensó, mientras se movió para sentarse en la cabecera y la miró, impertérrito.

Ella estaba clavada en el piso, sus labios apretados, la mano en la cinta de la cartera que supuso de última generación. O en tendencia, como se dijera.

—Pero… Pero… ¡Necesito hablar con él! Mi situación es…

Contuvo el deseo de rodar sus ojos hasta la nuca. No tenía tiempo para esta mujer. Para esta elegante y bonita mujer embutida en los tacones más altos que había visto y que le debían agregar diez centímetros.

Era diminuta sin ellos, evaluó. Claro que la actitud la volvía una figura más imponente. Podía verla dominando una sala sin amedrentarse. Era pura energía, enfocada en incordiar y dominar.

—Urgente, sí, me lo ha dicho. Y le he expresado que la agencia puede atender su necesidad de manera inmediata. Pipen es dueño y jefe de la Agencia, y es el mejor. Pero su equipo, que lidero,

es el que ejecuta las tareas de protección y vigilancia. No hay nada que él le fuera a decir o hacer que yo no pueda.

Como le he dicho por teléfono más de cuatro veces, pensó. La frustración de la mujercita era visible en cada gesto.

Nathan se dijo que necesitaba mucho más café para esto. Una pena que el que había a disposición fuera horrendo. La esposa de su jefe, Bianca, italiana de origen, les había mal acostumbrado.

La mujer se acercó a la mesa luego de un momento de duda y se sentó, envarada. Nathan la observó con clínico interés. Hombros en tensión, respiración alta, una mano apretando el móvil como un arma inútil, la otra no soltaba la bolsa.

Como si fueran tablas de salvación. Sus uñas estaban pintadas, pero… Había algunas cortas, mucho. Como si las mordiera. Nathan entrecerró sus ojos.

Esta mujer no estaba tan segura de sí como mostraba. Su interés creció.

¿Sería que usaba la prepotencia como una máscara para esconder su temor? No sería la primera vez que veía a alguien muy importante atenazado por la inseguridad. Se dedicaban a esto.

—Señorita Marlowe, está aquí. ¿Por qué no aprovechar el viaje? La Agencia puede ayudarla si necesita protección, pero debe aceptar que tratará conmigo—repitió.

Ella lo consideró unos segundos, para ceder, ¡finalmente!, bajando su cabeza y suspirando.

—Está bien. No es… No es cómo lo pensé, pero necesito… Estoy bajo amenaza y debo protegerme.

Él asintió. Sus ojos almendrados abandonaron su intensidad demandante y ganaron vulnerabilidad, como su figura, que se aflojó al destensar los hombros y curvar la espalda.

—Bien, llegaremos a desglosar ese asunto—dijo Nathan, y se adelantó un pelín y trató de que su rostro expresara más calidez. Scott lo hacía mejor, obvio, pero su jefe tenía un don social del que Nathan carecía—. Me gustaría saber un poco más de usted.

—¿Cómo qué?—Ella frunció la naricilla. Era el único rasgo pequeño de su rostro, y contrastaba con sus labios y sus ojos.

Pulposos los primeros, como los de un animé los segundos—. ¿No basta con saber que estoy en peligro?

—No, señorita. Por costumbre social arcaica, nos gusta saber el nombre, la profesión y algunos detalles de la vida de nuestros clientes—dijo con sarcasmo.

Ella entrecerró sus ojos y se tornó combativa, pero se contuvo de ladrar algo, y respondió grave.

—Cassandra Elena Marlow. Organizo eventos. Soy conocida en el medio en el que me muevo. Hay lista de espera para mis servicios—indicó, y se removió en el asiento, mirando a un costado con el mentón elevado.

Nathan contuvo el deseo de sonreír. Ella había adoptado la misma actitud de su hijo Malik cuando había cometido alguna pillería y no la quería admitir, orgulloso.

Salvo que esta era una mujer de alto perfil que debía rondar la treintena, y estaba acostumbrada a hacer su voluntad.

—Bien. Eventos. ¿De qué tipo?

—Bodas, Bar Mitzvah, celebraciones empresariales, cosas así. Organicé el casamiento de la heredera del grupo Sakamoto. El evento de fusión de los grupos Mayterra y Fondeleu. La alfombra roja de los premios Influencer.

Ella nombró cada uno mirándolo con atención, pero Nathan no movió un músculo. ¿Qué sabía él de sociedad y entretenimiento? Nada, excepto cuando involucraba a algún cliente.

Ella hizo un mohín.

—¿Dice que ha sido amenazada?

—Sí. Por este hombre—Rebuscó en su bolsa y sacó un sobre, del que extrajo una fotografía—. Este es Luca Santoro. Él ha puesto mi mundo de cabeza, afecta mi trabajo, y… Temo por mi vida.

Lo dijo con dignidad, y en su favor concedió que trató de mantener el aplomo. Pero Nathan leyó el temor en sus ojos, en su voz más leve, y en la forma en que su cuerpo denunció la fragilidad que sentía.

Su mirada fue al hombre de la fotografía. Era la imagen de un fiesta, y había varios invitados en el cuadro. Mas un círculo de

tinta rodeaba al hombre apoyado en la columna del fondo: traje oscuro impecable, manos en los bolsillos, mirada fija en un punto al costado

No sonreía ni participaba. Estudiaba, decidió Nathan. Evaluaba el entorno. Reconocía ese tipo de quietud, la calma del que no necesita moverse para dominar el terreno. Un depredador cómodo en un salón lleno de presas distraídas.

La otra imagen era aún más reveladora. Luca Santoro estaba de pie junto a un arco floral, vestido con un traje negro que parecía hecho a medida para sus hombros anchos y su torso poderoso.

No era musculatura de gimnasio, sino de alguien que había pasado años entrenando con disciplina: trapecios firmes, cuello grueso, piernas bien asentadas. La postura estaba tan relajada que resultaba artificial; un hombre acostumbrado a controlar cada centímetro de su presencia.

Nathan reparó en las manos: nudillos marcados, piel estirada, una cicatriz en el dorso de la izquierda. Pequeños detalles que delataban experiencia en peleas y desinterés en ocultarlo.

Claro que la mayoría de personas a su alrededor solo tendría ojos para el reloj carísimo en su muñeca. Así de vana era mucha gente.

Barba corta delineada, el cabello oscuro peinado hacia atrás sin una hebra fuera de sitio, la mandíbula tensa incluso en reposo. Los ojos oscuros no miraban a la cámara; miraban más allá.

—Estas fotografías son de dos eventos distintos. En el primero lo conocí, al segundo fue invitado a su pedido, porque sabía que estaría allí. Así me lo dijo, sin rodeos. Mi equipo toma imágenes para nuestra web, y en cada una en que está él, lo encontré mirándome. En esta yo estaba inspeccionando la mesa principal.

Asintió.

—Las amenazas, ¿cuándo comenzaron?

—Después de que rechacé sus avances, dos veces. Al principio…—Leve color grana tiñó sus mejillas, visible porque estaba apenas maquillada. Punto a su favor porque la favorecía—. Digamos que me sentí un pelín halagada. Es un hombre poderoso.

Eso suponía. No le conocía, no tenía idea de quién era, pero sonaba italiano, y su traje y joyería lo denunciaban. Si, Nathan sabía que se adelantaba, pero apostaría por la mafia. Tenía el porte, la actitud. Y las mañas, atendiendo a las amenazas.

—¿Salió con él, tuvieron…?

Ella negó, vehemente.

—Oh, no, no, no. Nada de eso. Como dije, fue halagador el interés, pero… Algo en él no me cerraba, ¿sabe? Sentí como… No sé cómo explicarlo. Así que decliné con amabilidad—Ella se sonrojó más ante la ceja levantada de Nathan—. Mire… Sé que a veces… Puedo ser intensa, pero no se llega adonde yo lo hice sin presionar, buscar, insistir. En fin, le aseguro que fui amable y considerada.

—Le creo. Siga.

—La segunda vez me envió diez ramos de rosas a mi domicilio, lo que me inquietó. Esa información no es pública. Luego vino un envío de Dior, que rechacé. Era una pulsera, no podía aceptarla. No lo tomó bien.

—¿Qué pasó?

—Comenzó a enviarme mensajes, y el tono y las palabras fueron cada vez más duras.

—Muéstreme—le dijo, y ella tomó su móvil.

La observó mientras buscaba la información. La concentración de su faz, la velocidad de sus dedos, que hablaban de que el dispositivo era una herramienta más que habitual en su mano. Toda ella era elegancia tensa.

Capítulo 2

—Aquí están. No agendé el número, por supuesto.

Nathan tomó el móvil y comenzó a leer el chat entre Cassandra y el que presumía Luca Santoro.

DESCONOCIDO: *No necesitas jugarla de difícil*.

DESCONOCIDO: *Tengo la reservación para el mejor restaurante de la ciudad*.

CASSANDRA: *Le agradezco, pero debo declinar. Por favor, desista de enviarme regalos o flores.*

DESCONOCIDO: *Te equivocas, nena. Deberías estar agradecida de que alguien como yo se fije en ti.*

DESCONOCIDO: *El marfil te queda mejor que el negro*.

Este último mensaje tenía fotografías de ella saliendo de algún hotel, cruzando una calle, y de su espalda mientras abría la puerta de su piso.

Joder, esto era la definición de amenaza implícita. Debajo. La había seguido, tenía acceso a su edificio. Había algunos mensajes más.

DESCONOCIDO: *No estoy habituado al rechazo. Podemos pasarla muy bien*.

DESCONOCIDO: *Vas a conocerme, y no te va a gustar. Quise ser amable, pero no tolero la falta de respeto. Cuida tu espalda, no vas a verme venir.*

Luego, otra foto, esta vez de ella descendiendo de un auto ayudada por un joven atildado.

DESCONOCIDO: *¿Esto es lo que te gusta, perra? ERES MÍA. Ya lo verás.*

Mierda. No era solo un matón adinerado mosqueado o ebrio amenazando sin ton ni son. Obsesión, eso parecía.

—Como ve, no estoy exagerando—dijo—. Fui clara, no acepté nada, solo le contesté una vez tratando de ser clara. Pero… No entiende la palabra no. Y este hombre, es mi amigo, florista—su

dedo temblaba cuando señaló al que la ayudaba en el auto—. Tuvo un accidente hace una semana. Un auto le chocó de atrás, y escapó. Frank no recuerda nada, salvo que era un vehículo negro.

Las alarmas estaban disparadas en Nathan. Esto era una situación complicada que había escalado con rapidez y era obvio que ella necesitaba ayuda.

La proporción de esta, debería establecerse. Había que investigar a Santoro, ver su contexto, su historia. Luego, analizar los espacios en los que vivía Cassandra, evaluar sus sistemas de vigilancia, la movilidad.

Era trabajo para un equipo e involucraría gastos altos. Dejó el móvil frente a ella.

—Puedo apreciar que está en una situación compleja, y peligrosa.

Ella asintió.

—Necesito guardaespaldas. Este hombre me da pánico, porque además…

—Señorita Marlowe, déjeme que sea llano—Posó sus antebrazos en la mesa y la miró serio—. Este tipo de amenazas son complicadas. Un hombre así puede ser muy creativo si es un maníaco obsesivo que cree que usted le pertenece. Si además él tiene dinero y…

—Es parte de la mafia—dijo ella, tragando saliva—. Eso me han dicho. No sabe lo que me arrepiento de haber aceptado organizar la boda de Tomasso Mariotti.

—¿Ahí le conoció?

—Sí, son pariente, o algo así.

—¿Cómo sabe que es de la mafia?-interrogó.

—La novia… La esposa de Tomasso hoy día, me lo comentó en un encuentro que tuvimos un mes luego de la boda. Me dijo que habían visitado Calabria, que allí tenían propiedades, y que Santoro era su hombre fuerte aquí. Estaba un poco achispada, y me habló de sus negocios sucios. Eso cuando ya ese hombre me estaba enviando regalos.

—Por ello usted respondió el mensaje. Se asustó y quiso cortar cualquier avance—dijo, y ella afirmó con un movimiento de su

cabeza—. Bien. La protección contra un jefe mafioso es complicada. Normalmente se extiende en el tiempo, y no se restringe a una sola persona.

Ella se mordió el labio, y su rostro se demudó.

—Temía que dijera eso. Eso que me describe suena muy costoso.

Nathan asintió, y cruzó los brazos.

—¿Ha tratado de bajar el ritmo? A veces estos hombres tienen su vanidad herida, y retirarse de escena puede ser…

—Yo trabajo mucho—Cassandra apretó los labios, y Nathan vio la porfía en el gesto—. No voy a esconderme. Si mis clientes no me ven, si desaparezco del radar… Perder visibilidad es lo peor. No puedo darme ese lujo.

—Es su vida la que está en juego, señorita. Tiene que entender que esto puede diluirse, o empeorar.

—Mire, señor…

—Nathan Collins. Me he presentado por teléfono—aclaró, y ella volvió a sonrojarse.

Para ser una pija prepotente, se ruborizaba mucho.

—Señor Collins, entiendo lo que está pasando. Por eso estoy aquí, y dispuesta a pagar. Llegar a mi actual posición no fue fácil, se lo prometo. Un maldito mafioso que se cree intocable no va a hacerme desaparecer.

No tenía idea. Podía hacerlo, chasqueando dedos. Pero no se lo iba a decir.

—Bien. Mi estimación primaria, que está condicionada a la evaluación del equipo, es que necesita al menos dos guardaespaldas, y una revisión de sus espacios físicos y sus sistemas de seguridad. Hay que trabajar sobre sus redes sociales, sus dispositivos… Puedo hacer que el departamento contable le pase un presupuesto.

—Está bien, sí.

El ruido de la puerta al abrirse rápido y golpear la pared les sobresaltó, y Nathan suspiró, aunque luego sonrió. Malik estaba aquí.

++++

El niño entró como una ráfaga tibia, con un papel arrugado en la mano y las zapatillas chirriando sobre el piso pulido. Cassandra se irguió, desconcertada.

¿Qué hacía un niño aquí? Este no era un lugar para criaturas, en especial para una tan pequeña, de piel morena y ojos vivaces que parecían iluminar la sala.

—Papá, mira—dijo, agitando el dibujo—. Elijah me retó a hacer una escena submarina. Dice que yo no puedo hacer peces que parezcan peces. ¡Pero yo sí puedo!

El hombrón se levantó, y su rostro, que había mantenido pétreo durante toda la entrevista, se transformó. No solo se suavizó: se abrió. Como si se quitara un yelmo y este mostrara su versión real.

Acarició el cabello rizado del chiquillo con una ternura que no parecía pertenecer al mismo maromo implacable que hacía minutos la interrogaba.

Y al que ella no caía bien, ya sabía. Que se pusiera en la lista. Pocos toleraban a una mujer segura que sabía lo que quería.

La escena le permitió relajarse y apreciar otra faceta del hombretón.

—Ya sabemos cómo es Eli—murmuró él, con un medio suspiro divertido—. No deberías escucharlo. Sus peces parecen zapatillas.

El niño soltó la carcajada, orgulloso de la complicidad. Entonces él la vio, y agrandó sus ojos.

—Hola —dijo, y se le acercó, con la confianza de quien no teme al mundo—. Eres bonita. ¿Eres amiga de papá?

—Malik, debes…

—Porque podrías serlo. Le digo que debe tener amigas, que yo le doy permiso. Elijah dice que tenemos que conseguirle una novia.

—¡Malik!—gruñó el padre, y Cassandra abrió la boca, y la cerró, sin saber qué decir.

¿Novia? ¿Dónde estaba la madre de este niño? ¿Y quién era ese Elijah que parecía tener tanto influencia en el jovencito?

—No… Soy una cliente de tu papá—acertó a decir, y el niño asintió con gravedad.

—Debes irte, Malik. Te dije que iría en un rato. Aléjate de Elijah. Ve con Louie mejor, o con Matt.

—Oki—Tomó el dibujo y se lo mostró. Era una profusión de rayas y colores, y ella parpadeó, buscando sentido. El mar, habían dicho—. ¿Ves a Nemo y Dory?

Asintió con solemnidad.

—Los veo. Bonitos.

—Soy Malik. ¿Tu nombre?

—Cassandra.

Malik le devolvió una sonrisa franca, enorme, y ella sintió una punzada inesperada, un dardo fino que le subió por la garganta y la dejó incómoda.

Había pasado mucho tiempo desde que alguien la miraba así, sin juicio, sin exigencias, sin que le pesara.

El niño era un sol diminuto en una sala de acero. Tan rápido como entró salió de la sala con su dibujo al trote, y cuando la puerta se cerró detrás, el clima formal se restableció, y con él vino la realidad de lo que la trajo aquí.

La ansiedad volvió a latirle bajo la piel, una mariposa frenética buscando una salida. *Calma. Estás buscando ayuda, estás haciendo algo para romper la inercia y el miedo.*

Nathan Collins. Un profesional, el encargado actual de la mejor agencia de seguridad de la costa Este. El hombre había examinado fotografías de un mafioso como si fueran piezas de un tablero militar, la había interrogado sin pestañear, había leído su miedo.

Parecía una máquina, pero el niño acababa de mostrar su lado gentil, y eso lo hacía más confiable. Eficiente y humano, una combinación que ella respetaba.

Saber que su rostro pétreo escondía una faceta cálida mostraba que podía entender su actual situación. Ella necesitaba protección, pero no la de un robot.

Eso había creído que era él luego de hablar, o confrontar con él varias llamadas telefónicas, y al comienzo de esta entrevista.

No era solo rigidez. Aunque incluso cuando estaba en actitud pomposa, era difícil no mirarlo. El rostro anguloso, la mandíbula fuerte, el cabello cortísimo que revelaba un nacimiento recto.

La camiseta estilo Henley ceñida y esos pantalones cargo, que parecían diseñados para abrazar muslos y culo. Joder, tenía un cuerpo letal.

Por supuesto. Exmilitar. Tenía ese andar seguro, esa forma de ocupar el espacio sin pedir permiso, sin mirar dos veces.

Y ella iba a tener que pagarle una fortuna. Otra fortuna que se escurriría de sus cuentas como agua entre los dedos.

Como si necesitara más agujeros por los que se escurra mi dinero, pensó, mordiéndose la mejilla. Su familia era un sumidero sin fondo. Y Santoro, otro vampiro sobre su cuello. Maravilloso.

Capítulo 3

Nathan se sentó, y su atención regresó a ella con foco intenso. Cassandra enderezó la espalda, alzando su coraza.

—Disculpe la interrupción—dijo él, su voz recuperando gravedad sin entonaciones, enmascarando la que reservaba para su hijo.

—No importa —respondió ella, rápido—. Es… un niño encantador. Supongo que su madre…

No terminó. Nathan se endureció, pero con un temple distinto. Una sombra. Cassandra se mordió la lengua. Había metido su nariz donde no debía.

Antes de que él respondiera, la puerta se abrió una vez más y la secretaria, la que la había recibido con la paciencia de una santa, asomó la cabeza. Sus ojos se clavaron en Cassandra un segundo, fríos, medidos.

Un reproche silencioso que no necesitaba palabras. Sí, Cassandra sabía que había sido grosera. Había entrado por la puerta principal como una reina sin trono.

Pero joder, estaba aterrada. Y cuando estaba asustada, su visceral reacción era sacar garras para que nadie se acercara demasiado. Frank decía que era como un puercoespín.

No eres mala, Cass, solo tienes miedo y te salen pinchos. Pobre Frank. Lastimado por culpa de Santoro.

—Disculpen—dijo la secretaria—. Elijah dice que están listos.

—Gracias, Kate. Diles que debemos reunirnos.

—Perfecto.

La puerta se cerró.

—Le mostraré el lugar, la presentaré con los otros agentes, y analizaremos su situación.

—Está bien.

Se incorporó y se dirigió a la puerta, pero él llegó antes para abrirle y darle paso. Murmuró un *gracias*, y salió.

El recorrido por el edificio la impresionó. Esta agencia era más que una panda de hombres con músculos y lentes oscuros que se colocaban detrás de una persona y se veían fuertes. Había orden, disciplina.

El edificio era compacto, con oficinas, gimnasio, salón de tiro, biblioteca, y tecnología impresionante en una sala de monitores controlada por un joven amable que le presentaron como Louie.

Le cayó bien de inmediato, tenía una sonrisa encantadora aunque tímida.

—Louie, ¿puedes hacer una búsqueda rápida sobre Luca Santoro?—dijo Nathan, y el nombrado asintió y su puso a teclear al instante. Nathan le señaló entonces al que estaba en la silla contigua —. Este es Elijah.

—Enchanté—le dijo él con un guiño, y ella sonrió.

La atención del grandote volvió al joven a su lado, al que alcanzó una botella de agua. Este asintió, rodando los ojos.

La familiaridad del trato entre ambos le sugirió la posibilidad de que fueran pareja. ¿Sería así? *No es tu asunto, cotilla*.

Siguieron, y ella sintió miradas curiosas y serias sobre ella. Era como estar bajo un microscopio, y la sensación de que la catalogaban la atravesó.

Sin embargo, los ojos masculinos que cruzaban no se detenían en sus atributos físico, no eran desagradables o sugestivos. Sí profesionales.

Varios parecían modelos, con atractivo suficiente como para tener una cola de interesadas en la puerta. Cassandra no les impresionaría. Ella no tenía baja autoestima, pero no era de ese tipo de mujeres que se creía irresistible.

La primera impresión que colaba sobre ella era la de arrogante o engreída. Su postura, su maquillaje cuidado y sutil, su ropa de marca y bolsas carísimas eran su armadura, y las personas del círculo en que se movía y trabajaba respetaban eso.

No respetarían a la Cassandra real: la que gustaba de comer ramen en pijamas de Sarah Kay, la que disfrutaba de películas romanticonas, la que se angustiaba cuando su madre y hermana la ponían morada por teléfono.

Los que pagaban bien y la convocaban eran los exitosos, glamorosos, atractivos y millonarios que vivían del *mostrar*. Ella cobraba buen dinero por organizar sus vidas, que le eran bien ajenos.

Nathan se detuvo y ella lo imitó. Habían llegado a la cocina de la Agencia.

—Este es Matt Vargas.

—Encantada—dijo.

El hombre era de obvio origen latino y a su lado estaba una mujer de moño tirante que se le parecía mucho.

—¿Puedo ofrecerle café?—dijo Matt, pero Cassandra negó.

Estaba intentando dejar la cafeína, tenía suficiente estímulo con la situación que vivía.

—Isabel es la hermana de Matt. Suele traernos exquisiteces para probar—dijo Nathan, y la aludida sonrió.

No había malicia ni resquemor en los ojos café que la observaron con placidez. Ojalá ella pudiese tener esa calma, pensó.

—Matt, en cinco minutos analizaremos la situación de la señorita Marlowe de manera formal para que vea y escuche de primera mano cómo trabajamos.

No se le escapó la mirada entre Nathan y este Matt, la corriente de comunicación entre ambos.

Seguramente ella se había forjado una reputación como resultado de su porfiada intención de tratar solo con Scott Pipen, su jefe, de manera directa.

La incómoda sensación de que era juzgada la hizo endurecer su expresión. Que pensaran lo que quisieran. Iban a cobrarle, y muy bien, así que podían guardarse sus prejuicios e ideas.

—Bien, reuniré a los otros.

—Señorita, si lo desea, puedo preparar té verde para usted—intervino la mujer, con suavidad, y Cassandra parpadeó, y asintió.

—Gracias.

—Bien, vamos—indicó Nathan, y volvieron a la sala principal.

En cuestión de minutos esta se completó de hombres en distintos atuendos, y Cassandra se aprontó para hacer pesar su

posición y deseos. Estaba habituada a que intentaran desestimar sus ideas y pretendieran imponerle otras.

No trabajar era impensable, su privacidad intocable, y no quería que la prensa se enterara de nada. Y de ser posible, el presupuesto debía ajustarse a lo necesario. Ahí, ese era el resumen ideal.

—La señorita Cassandra Marlowe es organizadora de eventos. Está en una situación complicada con un hombre llamado Luca Santoro al que conoció en un evento, y desde entonces el interés galante de este mutó a acoso y amenazas.

—Lo lamento, señorita Marlowe—dijo el que le presentaron como Logan, un hombre alto y cuya faz mostró molestia—. Hay hombres que no pueden procesar la negativa y se les pudre la cabeza. La protegeremos.

Ella asintió, impactada por el comentario empático. Estaba acostumbrada a lidiar sola con sus asuntos y sus problemas, determinada como era, y también orgullosa.

—Señorita Marlowe…

—Cassandra—dijo ella.

La formalidad excesiva no tenía sentido si les iba a dar ingreso a su rutina.

—Cassandra—dijo Matt—. ¿Cuándo empezó esta situación?

Ella se irguió más y se aclaró la garganta.

—Poco más de dos meses. No conocía a ese hombre, Santoro. Como dije a su compañero, la primera vez que le vi y hablé con él fue en una boda. Se acercó, se presentó. Fue amable, gentil incluso. Volví a verlo en otra fiesta, esta vez él dijo que estaba allí por mí. Me pareció… Un halago, pero a la vez, no estaba interesada. Yo vivo para mi trabajo, con franqueza—agregó, y se encogió de hombros.

Cuanto antes entendieran que su empresa era su vida, mejor.

—Déjeme adivinar. Le envió flores, alguna tarjeta, consiguió su teléfono—dijo Elijah, sus manos detrás de la cabeza, y Cassandra se puso como la grana.

Debían pensar que era una idiota que se había creído especial por recibir rosas o una joya. Tal vez fue así, aunque rechazó esta o la invitación a una cita de lujo.

—Sí, así pasó—se movió en su asiento, y su mano fue a su cabello, a poner en sitio el mechón que escapó del rodete. Elevó sus ojos y trató de vender actitud—. Tal vez debí cortar esto desde el inicio, pero…

—¿Cómo iba a saber usted lo que ocurriría, miss?—La voz grave del llamado Darius, pausada, la centró—. Elijah describe los pasos comunes de un predador, y estos vienen en todos los tamaños, edades y estratos sociales.

Asintió.

—La señorita… Cassandra me mostró los mensajes y las fotografías. ¿Es posible que Louie acceda a su dispositivo y los muestre?—preguntó Nathan, y ella asintió.

Le pasó el móvil al joven, que había dispuesto una laptop y estaba en proceso de conectarla a un televisor enorme.

Fue cuestión de segundos que los mensajes estuviesen desplegados y Cassandra sintió el temor apretar su estómago al ver las frases amenazantes sobre dimensionadas. Luego, aparecieron las fotografías.

—Fiuu—silbó Elijah, que no se guardaba nada al parecer, y al que el codazo sutil de Louie no aquietó—. ¡Vaya cateto imbécil! De condescendiente guarro a villano en unos mensajes.

—¿Ese es su apartamento?—preguntó Matt, señalando la imagen de espaldas abriendo la puerta, y ella asintió.

—Mi oficina—señaló la que se bajaba del auto—. Mi amigo Frank fue atropellado luego de ese mensaje y fotografía—agregó.

—Y usted no cree en casualidades—dijo Darius, asintiendo—. Sí, hace bien.

—¿Qué sabe de ese hombre?

—Solo lo que alguien me dijo, que está vinculado a la mafia.

—Sí, así es—La voz de Louie era suave, pero comandó atención de inmediato.

—¿Qué encontraste, Lou?—dijo Elijah, que se repantigó en su asiento y se hizo adelante. Luego, la miró—. Él es el mejor en

estas cosas, ¿sabe?

—Sigue, Louie—comandó Nathan, que ignoró a Elijah, como el resto.

Esto no quitó la expresión de orgullo de su faz, empero. Cassandra se demoró un pelín en atender a Louie, a pesar suyo curiosa sobre estos dos.

Con disimulo, miró a los otros. Ninguno de ellos estaba extrañado ni molesto. ¿Estaba ella viendo lo que no existía? Tal vez.

¿Qué sabía de relaciones de verdad? Su vida presente carecía de romance, y su senda pasada tenía dos fantasmas que no la acosaban, porque no le habían dado más que desengaños.

Capítulo 4

—Esto es lo que obtuve—Louie se acomodó las gafas, giró en la silla y dejó que la pantalla fuese mostrando imágenes e información a medida que hablaba—. Luca Santoro aterrizó en Estados Unidos años atrás, procedente de Calabria.

—¿Cómo entró al país?

—Con un visado de negocios respaldado por inversionistas privados que, por cierto, no existen más allá del papel. Su historial en Italia es un festival de zonas grises: vínculos con la 'Ndrangheta calabresa, especialmente con el clan Mariotti, para quienes actuó como mano derecha en operaciones de seguridad y control de activos.

—¡Joder! Como les gusta este país a esos italianos.

—La meca del consumo de todo lo que el mundo ofrece, bueno o malo, eso somos—murmuró Nathan.

—Aquí en la costa Este se movió rápido. En dos años ya estaba involucrado en licitaciones de construcción sospechosamente ventajosas, manejo de puertos menores, empresas fantasma de importación de alimentos y, cómo no, clubes nocturnos que sirven para blanquear dinero. La reputación que arrastra es jodida. Violento, metódico, no usa intermediarios cuando algo le molesta.

—Le han denunciado, imagino—dijo Elijah.

—Es sospechoso de varios delitos, pero se las arregló para esquivar la ley por cuestiones técnicas. Pruebas amañadas, falta de estas… Y tiene denuncias por violencia de género. Tres mujeres: una camarera, una traductora y una asistente de producción presentaron reportes por acoso y agresión, pero ninguno prosperó.

—¡Malnacido!—gruñó Darius, y hubo sonidos similares de los demás.

—Curioso, o no tanto, las tres cambiaron de ciudad o de país antes de que los casos avanzaran.

Hubo carraspeos y gruñidos. Cassandra estaba helada. El breve discurso resumía sus peores pesadillas. *¿Por qué, por qué yo?,* gritó su mente, y por un instante estuvo al borde de perder control sobre sí misma y aullar su desamparo.

Mas años y años de disciplina no existían en vano: se llamó a la calma, blindando sus emociones. No tenía sentido mostrarse frágil y buscar razones. La mierda tocaba, y ya.

Estaba acá para quitarse a ese hombre, para protegerse de él. Esta era gente fuerte, con experiencia, profesionales. Sabrían qué hacer, cómo ayudarla.

—No vamos a endulzar esto, Cassandra—El primero que habló fue Elijah, serio y compuesto, dejando atrás la faceta divertida —. Este italiano es el tipo de psicópata funcional que cree que una mujer es un activo, no una persona. Así que has hecho bien al buscar ayuda.

—¿Entiende que deberá aceptar la presencia de al menos dos hombres de aquí en más?—preguntó Darius, y ella asintió—. Supongo que Nate ya le habrá aconsejado cambiar su rutina.

—No puedo—cortó.

—Al menos debe considerar evitar salidas a discotecas, clubes, eventos que no organice—dijo Matt—. Es más difícil custodiarla si está entre perfectos desconocidos y en lugares donde hay múltiples entradas y salidas que no se pueden chequear.

—Ese no será problema. Mi día comienza temprano y finaliza a las 6 pm, salvo cuando hay eventos. Mi circuito es mi apartamento, la oficina, el gimnasio, alguna veces corro a la mañana, siempre la misma cafetería. Esa es mi vida.

—Eso no es en Providence, ¿no es así?—dijo Logan, y ella negó.

—Vivo en Nueva York, en el Upper West Side, en un piso en un edificio prewar cerca de la línea 1. Mi oficina está en el Midtown. Son veinte minutos, caminando hasta el metro o tomando un taxi cuando voy cargada de muestras de telas o sabores.

—Mm. Estamos pensando en un equipo de dos personas mínimo que deberían hacer base allá—dijo Nathan—. Por la naturaleza de la amenaza, ninguna precaución es poca. ¿Cree que

hay disponibilidad en su edificio como para que nuestro equipo se instale?

Cassandra sabía que eso podía ser posible, pero también que eso engordaría los gastos. No tenía un cocodrilo en el bolsillo, pero si necesidad de controlar sus finanzas.

—Mi apartamento tiene dos habitaciones. Quien me resguarde podría quedarse allí.

Hubo asentimientos.

—Eso sería lo mejor—dijo Logan—. Y conseguir un apartamento cerca que permita vigilar la zona.

No pienses en el dinero que se va, piensa que es tu vida la que está en juego. Debes invertir en ella. ¿De qué te servirá un colchón de ahorro si estás muerta?

—¿Su apartamento tiene seguridad?

—No, pero el lobby tiene cámaras.

—Eso no sirve de mucho—dijo Matt.

—La oficina sí tiene alarma. A veces queda algo de efectivo en la caja. Y hay portero las 24 horas.

—Bien. Hablemos de sus redes, dispositivos.

El golpe en la puerta les interrumpió, e Isabel se asomó con una bandeja. Matt se levantó rápido, la tomó, y se la trajo. Cassandra dibujó un gracias con su boca a la latina, que asintió con su cabeza.

—Redes… No las uso demasiado, en realidad—Colocó el saquito de té a infusionar—. Mi secretaria publica fotos de eventos, cosas así.

—Las podemos chequear de todos modos. Entiendo que no quiera cambiar su número, pero sería bueno que nos permitiese incorporar un rastreador, y lo mismo a su vehículo.

Levantó la cabeza, mientras quitaba el saquito de té y lo colocaba en el platillo.

—Es procedimiento estándar. Prevención—dijo Nathan.

—Oookaay. ¿Creen que…? ¿Él se arriesgaría a raptarme?—rio nerviosa—. Soy conocida en mi rubro, pero no alguien que llevaría a un hombre a hacer una tontería.

¿No lo había dicho su madre siempre? *Corriente, sin gracia, sin carisma*. Se rehízo de inmediato, furiosa con el traspié.

¿Cómo era que uno pagaba terapia por años y mejoraba y se superaba, pero ahí debajo seguían existiendo las viejas heridas que despertaban las inseguridades?

Bebió la infusión a pequeños sorbos.

—Señorita, Luca Santoro ha hecho pura tontería ya, y no le funcionó. Imagínese cómo se sentirá un hombre así de narcisista ante su rechazo.

Las palabras de Louie la sorprendieron. Mas tenía razón. Joder, era su karma. Terminó de beber el té y dejó la taza sobre la mesa.

—Si acepta, podemos instalar ambos rastreadores antes de que vuelva a Nueva York—dijo Nathan.

—Sí, está bien. En el móvil, no tengo carro. No sé manejar.

El transporte público era lo que le permitió estudiar, trabajar. El vehículo de su casa materna nunca había estado a su disposición, y sus padres no tenían tiempo para enseñarle a manejar.

Así que hoy se movía a pie, en el metro, o usaba aplicaciones.

—Podemos enviarle nuestra propuesta hoy mismo, y si acepta, comenzar cuanto antes.

—Bien, bien—asintió, y se incorporó.

De inmediato lo hicieron todos, y se sintió rodeada. Le sacaban más de una cabeza, con excepción de Louie. Sonrió, cortada, y extendió su mano a Nathan, que la tomó y estrechó. Sacudió la cabeza en dirección a los otros.

—Okay, gracias por su tiempo.

—Cassandra, la ayudaremos—dijo Elijah, que palmeó a Nathan—. Somos los mejores, ya se lo habrá dicho nuestro jefe interino.

—Eso espero, señores, eso espero. Estaré en contacto.

Salió de la sala más liviana, aunque pensativa. No estaba loca, no exageraba, había hecho bien en deponer su actitud confrontativa con relación a solo hablar con el jefe Pipen. Ninguno de estos hombres desestimó su aprehensión, por el contrario.

Pasó al lado de la secretaria, y se detuvo. Tenía que reparar lo que su ansiedad rompió.

—Kate, ¿verdad?—La mujer la miró y sonrió profesional, pero no llegó a sus ojos—. Lamento mi brusquedad al llegar. Fui grosera, espero puedas dispensarme. A veces… Cuando estoy ansiosa… En fin, lamento mis palabras.

La mujer parpadeó, y luego hizo un gesto con su cabeza y sonrió con brevedad.

—Gracias por disculparse. Habla bien de usted.

Salió rápido y aguardó el auto que solicitó en la acera. El viaje de retorno fue mucho más calmo que el de venida a Providence. Parecía que podía respirar.

Capítulo 5

Nathan removió el arroz con una cuchara de madera, dejando que los granos absorbieran el caldo que había preparado más temprano. Había añadido comino, un toque de canela y un poco de cúrcuma, tal como hacía Amina cuando vivían en la base improvisada cerca de Al-Mafraq.

No era un plato complicado, pero el aroma siempre le golpeaba igual: un recuerdo suave, cálido, que hería menos con los años, pero dolía al fin.

—¿Está listo? —preguntó Malik desde la mesa, con los codos apoyados y el dibujo extendido como si fuera un mantel de gala.

—Cinco minutos, campeón.

Malik asintió, serio, como si supervisara una operación. Aquello lo enternecía y lo rompía al mismo tiempo.

A veces veía en él la sombra de la mujer que lo había amado; esa prudencia amable, esa forma de mirar que parecía medir el mundo antes de acercarse.

Servir la comida era un ritual. Nathan puso el cuenco frente a Malik y el niño cerró los ojos un segundo antes de probarlo, como si buscara un recuerdo en el sabor.

—Como los que hacía mamá—murmuró.

El corazón de Nathan se encogió.

—Sí —respondió, apenas un hilo de voz—. Igualito.

Se sentaron en la mesa estrecha de la cocina. Comieron en silencio, como hacían las noches largas. Afuera llovía suave, y el sonido funcionaba como un arrullo.

—Papá… —Malik levantó la vista—. Esa señora de hoy era bonita, ¡y olía de bien!

Nathan arqueó una ceja.

—¿La señorita Marlowe? ¿La cliente en la Agencia?

Lo remarcó con intención. Su hijo estaba empeñado en buscarle novia.

—Sí. Olía como… —el niño buscó palabras con el ceño fruncido—. Como las especias que usaba mamá. No igual, pero parecido.

Tenía razón. Nathan también lo había notado. Un perfume cálido, oriental, una mezcla de cardamomo y ámbar suave.

Adecuado para ella, o para la visión que le había quedado de ella luego de compartir un par de horas.

—Puede ser —dijo, intentando sonar neutral.

—¿Te gustó?

—Malik…—Lo miró con una sonrisa—. Es una mujer que acudió en busca de protección. Nada más.

—¿Tú crees…?—Los ojitos grandes que tanto amaba lo interpelaban—. ¿Tendré otra mamá alguna vez?

Nathan apoyó la cuchara y se tomó un segundo para responder. Ese tipo de preguntas le perforaban, pero no podía darle falsedades.

—Tuviste la mejor.

—Sí, pero… No está más. Y creo que sería bueno tener una nueva. La mayoría de mis compañeros la tienen. ¡Incluso Bobby! Su papá se casó otra vez. Dice que es más o menos linda, y cocina mal, pero sonríe.

Ah, mierda. Lo partía en dos.

—No lo sé, hijo. No sé si alguna mujer que nos guste aceptará vivir con nosotros. No lo he pensado—murmuró—. Pero tienes mucha gente que te quiere. Isabel, Louie, Elijah, los demás…

—Sí, pero no es lo mismo.

Nathan cerró los ojos un instante. No, no lo era. Diluyó como pudo el tema enfocando la atención del niño en el juego de beisbol de la siguiente semana.

Terminada la cena, lo llevó a la cama. Le leyó el cuento del camello testarudo que no quería cruzar el desierto por cuarta vez esta semana, le acomodó la manta y le besó la frente.

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches, campeón.

Cuando cerró la puerta y regresó al salón, el silencio y la soledad arreciaron, y su memoria fue a la sombra amable de Amina,

siempre bordeando los bordes de la conciencia.

Sirvió whiskey en un vaso bajo y se dejó caer en el sofá. Encendió el móvil. Tenía dos documentos abiertos: el informe de Louie sobre Santoro, y el presupuesto preliminar que contabilidad había estimado para el caso Marlowe.

Al menos veinte mil dólares por mes para protección intensiva: rotación de personal, revisión de vivienda, comunicaciones, escoltas, modificaciones estructurales temporales, monitoreo.

No era barato, pero la amenaza tampoco lo era. Pensó en Cassandra Marlowe. Su diagnóstico sobre ella cambió. Se había desdibujado la mujer que él esperaba encontrar: nada de diva mimada; solo una mujer afilada por las circunstancias, cubierta de alambre de púas para que nadie la tocara.

Una mujer aterrada. Sola. Bebió un sorbo. *¿Qué estará haciendo? Tal vez revisando los números. Tal vez asustada mirando por la ventana en busca de sombras. Tal vez caminando de un lado a otro de su piso.*

Sopló, y se puso a escribir un mensaje corto a su jefe:

NATE: *La organizadora de eventos estuvo en la agencia. La amenaza es real, y es un caso de rápida escalada. Posible vínculo con la mafia calabresa. Necesitará protección intensiva. Tomaré el liderazgo, y llevaré a Darius.*

Lo envió y dejó el móvil en la mesa. Pipen lo vería cuando lo viera. Bianca había desarmado su estructura y rutinas, y lo tenía de viaje por el mundo. Bien merecido, por cierto.

Miró la lluvia pegar contra el vidrio. Si la mujer aceptaba el contrato, vería de encargarse de cuidarla en persona. Por alguna razón se sentía responsable. Él insistió en que estaba a cargo.

Sospechaba que Cassandra Marlowe era de esas que confiaban en la persona que le vendía una idea, y él fue claro en poner a la Agencia como la que podía detener a Santoro. Debía actuar en consecuencia.

++++

Cassandra se paró en los pedales de la elíptica redoblando el ritmo de pedaleo, como si pudiera ahogar el miedo a fuerza de sudor.

Había dejado la luz baja, solo la lámpara de la cocina encendida para evitar que su sombra se proyectase contra la cortina del gran ventanal al exterior.

¿Estará ahí? ¿En las sombras? ¿Mirando? La piel se le erizaba nomás de pensarlo, y era la razón por la cual ejercitaba sin mirar las luces de la ciudad, algo que solía disfrutar.

Desde que ese maldito hombre había irrumpido en su vida y la tenía en vilo no se sentía en calma ni segura, y su calle tranquila del Upper West Side, la ciudad a su alrededor, le parecían una boca abierta llena de dientes.

Aflojó la intensidad y respiró hondo, dando a su mente oxígeno necesario para pensar con claridad. Tanto como quería fingir que podía hacer cada una de sus actividades habituales con propósito y sin dobles pensamientos, no podía.

No estaba loca por sobresaltarse hasta de su sombra. Santoro la seguía, o alguien a su mando. La había fotografiado en este edificio, en acciones diarias, había dañado a su amigo. No exageraba, como su hermana le dijo.

Deja de buscar excusas para dar pena, Cas. Vives entre el glamur y el dinero, rodeada de celebridades y famosos que vaya a saber qué ven en ti. Mamá y yo estamos mal de verdad, acuciadas por deudas. No pretendas quitarte responsabilidad. Mamá no se hace más joven, y yo debo cuidarla.

La respuesta obtenida a su mensaje había sido fría, seca, pero… ¿Qué esperaba, de verdad? ¿Cuándo los suyos habían sido consuelo y confort?

Si fuera más abierta, pensó. Si no se guardara tanto y hubiera aceptado las muestras de franca amistad que tuvo en el pasado… Pero no, había estado urgida por las mejores calificaciones que sostuvieran sus becas.

Siempre cansada, siempre estudiando, siempre ocupada entre libros. Eso la dejó sin amistades íntimas, y solo a sus empleados más fieles preocupados por ella.

Fue a la cocina, sacó un táper con los restos de lo que había pedido al mediodía y calentó el pollo al limón. Sabía insípido.

Suspirando, tomó la sal, que regó sobre los trozos con abundancia, y agregó aderezo. ¿Qué más daba? Acababa de ejercitar, y si no encontraba amparo en el calor humano, bien valía que lo hiciera en la comida.

Masticó despacio, pensando. Ponderando su situación con mente analítica, no pasional, quitándose de la fiesta de autocompasión en la que se dejó caer antes. Desdramatizando, con ojos de la empresaria que era.

Tomó el móvil y abrió el archivo que la Agencia Pipen le había enviado con los detalles de su plan de seguridad y el presupuesto preliminar que esto implicaría. Dos hombres destinados a tiempo completo a su protección, actualización de sistemas de seguridad electrónicos, tracking de ubicación, bla, bla.

Veinte mil dólares más impuestos al mes. ¡Veinte mil dólares!

Se le cayó un utensilio al suelo. Joder, había esperado que fuese un mogollón de dinero, pero esto era brutal.

Podía afrontarlo, sí. Su trabajo pagaba bien, aunque estaba lejos de ser rica. Le permitía vivir con holgura, planificar su retiro, pero…

Respiró hondo, y abrió la aplicación del banco. Su cuenta mostraba un número respetable, un colchón de dinero fruto de años y años ahorrando, guardando un tercio de cada ingreso, restringiendo sus gastos personales.

Un cuarto, algunos meses otro tercio de su ingreso, se le iba en sostener a su familia: su madre demandante y con problemas cardíacos; su hermana, la niña de los caprichos disfrazados de necesidades. Los supuestos gastos imprescindibles que Cassandra financiaba por culpa o por hábito.

Y el resto lo comía su estilo de vida laboral: este piso, taxis, la oficina, empleados, desayunos o almuerzos con clientes, mantener su apariencia impecable.

Toda su vida reducida a tres tercios. Tres direcciones. Tres formas de sangrar. Y Santoro hacía que esto se hiciera pedazos.

Maldito, maldito hombre, pensó con cansancio que se le pegaba a los huesos.

Había días, o mejor noches, que Cassandra sentía que, si se lo permitía, su cuerpo colapsaría de agotamiento. Era más que físico, y tal vez no lo entenderían los que miraban desde afuera.

Ella misma no lo comprendía bien. Estaba en la cima, había llegado. Sin apremios, independiente, respetada en su ramo. Sola.

Dejó el móvil sobre la mesa y cerró los ojos. Se sentía devastadoramente sola. Pero no quería morir, o que la lastimaran. O ceder. Eso nunca.

Ese malnacido no la iba a quebrar. Abrió los ojos, la terquedad que la condujo siempre apareciendo, despertando a su resiliencia.

Soy fuerte. Santoro no va a tocarme. Nathan Collins había sido hosco, duro al comienzo, pero también seguro y eficiente. Al final, incluso amable, a su manera.

Lo mismo los demás hombres de la agencia. Cuando hablaron sintió que tenían un plan, que tenía salida. Ella pudo respirar un poco mejor allá en Providence.

Volvió a mirar la pantalla del móvil, y la documentación anexa que mostraba la evaluación de riesgo. Palabras sueltas que armaban un puzle feo: *acecha, amenaza, manipulación emocional, antecedentes de violencia doméstica*.

Cassandra se incorporó, y volvió a mirar los números. El costo versus el beneficio. Su futuro. Su seguridad.

—Esta es la mejor opción, la única—susurró, llevándose una mano a los ojos—. *Si firmo el contrato, no estaré sola. Nathan Collins y los otros estarán aquí y me cuidarán. No es debilidad, y es una inversión, no un gasto.*

Asintió, convencida, y con deliberada lentitud estampó la firma electrónica en el contrato anexo, y lo envió sin pensar más. El alivio que sintió fue mayúsculo, y por una noche, ir a dormir no pesó.

A partir de mañana estaría rodeada, cuidada, y dejaría de sentir que tenía que correr por las calles de la ciudad como una gallina loca.

Capítulo 6

El tráfico de Nueva York era algo que no había echado de menos. Nathan resopló cuando abrió la ventanilla y lo que recibió fue una mezcolanza de bocinazos, humo y un conductor al lado lanzando improperios.

La jungla de asfalto, no había otra manera más gráfica de describirlo.

—Juro que si el cabrón detrás vuelve a tocar la bocina, bajo y se la hago tragar—murmuró.

—Estás volviéndote un cascarrabias, Nate—soltó Darius desde el asiento del acompañante, risueño.

—Estoy envejeciendo, Dare—respondió Nathan, con un gruñido que no negaba—. O me desacostumbré a esto.

—Ambas —intervino Matt desde atrás—. Providence nos domesticó. Esto —señaló la maraña de coches, peatones suicidas y ciclistas que parecían materializarse de la nada— es otro planeta.

El viaje desde Providence a la Gran Manzana no era largo, una de las razones por las cuales Nathan había considerado viable venir, además de sentirse responsable. Cualquier cosa que ocurriera con su hijo, estaría cerca.

El móvil vibró con un mensaje. Estaba asegurado en el tablero, por lo que no le tomó mucho leerlo.

Isabel: *Malik comió bien. Le leí un capítulo del libro de los dragones. Ahora dibuja un gato mutante. Estará muy bien, Nate, no te preocupes por nada. Elijah pasará mañana para llevarlo al colegio. Estamos bien organizados*.

Clavó los frenos para evitar atropellar a un peatón que le golpeó la delantera del auto y bufó.

—Jodidos neoyorkinos—gruñó Dare.

—Nate, Isabel está encantada de tener a Malik con ella. Disfruta mucho con él.

—Lo sé, lo sé. Tu hermana lo va a consentir—contestó Nathan.

Matt sonrió.

—Sí, señor, mi manita es lo más grande. Es como una mamá joven. Más chica que yo, pero igual de mandona.

Darius resopló en señal de acuerdo, breve y seco. Nathan lo miró de reojo. Dare llevaba un tiempo extraño cuando se mencionaba a Isabel: más callado, más rígido.

Nada que comentar, en especial porque no quería alertar a Matt. Pero Nathan lo registró, como registraba todo.

—Isabel es un apoyo enorme para nosotros—dijo, sincero.

—Es un ángel—remató Matt.

El coche avanzó tres metros antes de trabarse de nuevo. Una ambulancia intentaba abrirse paso unos autos más adelante. El conductor detrás volvió a tocar la bocina.

Nathan cerró los ojos un segundo, pero no sirvió, y le mostró el dedo del medio por el retrovisor. Dare y Matt rieron ante su actitud inmadura, pero se sintió bien.

—La ciudad no ha cambiado—dijo Darius—. Nosotros sí.

—Cassandra Marlowe parece el tipo de mujer que disfruta de este caos—añadió Matt—. ¿Qué opinan de ella? No tuvimos mucho tiempo para compartir impresiones.

—No pude hacerme una idea cabal. Por momentos parecía altanera, por otros más humana. Se nota que vive para el trabajo—contestó Darius.

Nathan apoyó las manos en el volante, tensas.

—Esa es una de las ventajas—dijo—. No sale demasiado. Se mueve entre su piso, reuniones puntuales y eventos concretos. No deambula por la ciudad sin razón. Eso facilita el monitoreo.

—Siempre y cuando entienda que debe obedecer instrucciones en algunos aspectos—añadió Matt—. La señorita Marlowe no da la impresión de tomar un *no*, con gusto.

Nathan apretó la mandíbula.

—No lo sé—admitió—. Antes de la reunión en Providence, en los llamados telefónicos, se mostró muy engreída, intolerante incluso. Pedía reunión directa con Scott.

Matt rio.

—¡Buena esa! El Vikingo parece dispuesto a visitar tanto mundo como pueda. ¡El amor!

—Mm, y bien merecido lo tiene. Vuelve en dos semanas, ya lo confirmó.

—Bien, bien. Aunque lo has suplido de manera impecable, Nate—dijo Dare, y Nathan agradeció con un movimiento de cabeza.

—Para completar la idea, Cassandra se aflojó en la reunión. Es obvio que está aterrada, aunque intenta mantenerse sólida.

—Bien por ella. Y su temor es más que justificado. Ese cabrón es un bastardo importante y sin escrúpulos—dijo Matt—. Necesitamos que no haya caprichos o empecinamientos absurdos.

Hubo un silencio prudente.

—Esperemos que use el seso para algo más que hacer dinero—comentó Dare—. Santoro es otra liga.

Louie les había pasado el dossier completo antes de partir. Y era brutal. Peor de lo que habían compartido en la reunión con Cassandra.

—No puedo sacarme de la cabeza las imágenes —dijo Matt, con un tono amargo poco común en él—. Ese cabrón es un animal. ¿Qué clase de tipo le rompe la cara así a una mujer?

—La clase que no cree que las mujeres sean personas, sino objetos de propiedad y placer, bolsas de boxeo—respondió Dare, su voz dura—. Tiene denuncias previas, ninguna prosperó. Las mujeres desaparecieron antes de que avanzaran. Y tiene un tipo, ¿se dieron cuenta?

Los otros dos asintieron. Sí, las fotografías no mentían.

—Cassandra mide… ¿qué? ¿Uno sesenta? —preguntó Matt.

—Uno cincuenta y siete, según su ficha—corrigió Nathan—. Es diminuta.

—Ese tipo la partiría en dos si la agarra —gruñó Matt.

—No va a tocarla —dijo Nathan, bajando la voz—. No mientras estemos aquí. Y todo eso es lo que Scott autorizara un hombre más por fuera de presupuesto.

Pipen era un empresario, pero ante todo hacía de la protección de personas un asunto personal, y era un ser humano

empático y comprometido.

Nathan se enorgullecía de compartir esos valores, y sabía que cada uno de los que trabajaban a su lado lo hacían. Por eso eran un grupo sólido.

—Bien, ¿les parece si les leo el informe de Louie sobre la cliente?

—Adelante.

La revisión de antecedentes era de rigor: ninguno quería encontrarse defendiendo a un cliente que tenía secretos que podían boicotear la protección.

—Cassandra Elena Marlowe, treinta y un años. Natural de San Diego, California, se mudó a la costa Este a los dieciocho años tras conseguir admisión en la Universidad de Boston, donde cursó *Business Administration* con especialización en Hospitality & Event Management. En los registros universitarios constan varios años de becas parciales por rendimiento académico y asistencia a estudiantes con recursos limitados. Durante toda la carrera trabajó en cadenas hoteleras y servicios de catering; aparece en varias nóminas de turnos nocturnos y temporadas altas.

—Es una de esas que se dejan la piel en el trabajo, ya se ve —gruñó Dare.

—Finalizó la carrera con honores y se trasladó a Nueva York, donde entró como coordinadora junior en una agencia mediana. Ascenso rápido. A los veinticuatro ya lideraba equipos. A los veintiséis fundó Marlow Events LLC, registrada legalmente, solvente, sin litigios en contra salvo un pleito menor con un proveedor que resolvió a su favor. No hay historial penal. No conduce, así que tampoco tiene infracciones. Sus redes sociales son casi exclusivamente profesionales: imágenes de eventos, reconocimientos, y un uso prudente de la vida personal. Vive sola en el Upper West Side, en un piso de un dormitorio dentro de un edificio prewar; alquiler elevado, pero dentro del rango típico para profesionales con ingresos estables en esa zona. No constan parejas, convivencias ni registros asociados a relaciones en los últimos años.

—Joder, ¡qué aburrimiento! La gente no entiende que el único commodity que tenemos en esta vida es el tiempo, y hay que

vivir—dijo Dare, meneando su cabeza—. Es que es triste, joder.

Lo era. Pero cada uno cavaba parte de la tumba que deseaba, suponía.

—Es irónico. Pasa su vida trabajando, sin placeres mundanos, y de pronto está metida hasta el cuello en una mierda que pone su integridad en riesgo.

Se hizo silencio. No el incómodo: el profesional, el que se forma cuando hombres entrenados saben que la situación es más seria de lo que verbalizan. El GPS anunció que estaban a seis calles del edificio donde se hospedarían.

Nathan revisó mentalmente la lista de acciones y tareas. Darius se encargaría de los sistemas de alarmas, ya de actualizarlos o instalarlos. No podía pasar que Cassandra no tuviera alarma y cámaras en su piso y edificio.

Habían traído las que tenían en stock para no aumentar costos, Nathan vio que eso ocurriera. Había notado lo quisquillosa que era ella con los gastos, y no lo atribuía a tacañería. Ella cuidaba el dinero que ganaba, era obvio.

No vivía en una zona ostentosa, aunque sí acomodada. No tenía carro, no tenía problemas con usar transporte público (lo que era un problema dada la situación actual, claro).

Vestía y olía fabuloso, pero eso era condición a su rol. *Deja eso, no pienses en ella así, es poco profesional.*

Bien, Matt haría relevos internos y externos, y él se encargaría de acompañar a Cassandra a su trabajo y en reuniones, con discreción.

—¿Estamos cerca del sitio donde nos vamos a quedar?—preguntó Matt.

—Sí, a dos bloques—respondió Darius—. Lo reservó Elijah, así que espero que no haya chinches y sí buen café.

—Era lo más cercano al edificio de Cassandra, y nos permitirá monitorear el entorno sin que su acosador nos localice.

—Una vez que nos instalemos, comenzamos. Me reuniré con la cliente en su oficina, y ustedes evaluarán zonas de potencial riesgo en derredor. Ella dejó una llave en portería, así que podrás entrar en su ausencia—dijo Nathan a Darius.

—Caminaré el vecindario para ubicar zonas de vigilancia y comenzar a fichar empleados y regulares en comercios cercanos, y otros edificios—dijo Matt.

El latino era excelente para integrarse y conseguir información sin interrogar, solo por natural encanto. Además, tenía una memoria casi fotográfica para rostros, lo que venía muy bien para la tarea.

Nathan se sentía confiado. Cassandra tendría la mejor protección del mercado; Luca Santoro no podría lastimarla, esa era una promesa.

Capítulo 7

El edificio donde trabajaba Cassandra Marlowe no tenía nada que ver con la imagen caótica que ella había proyectado en Nathan en sus primeros contactos. No era rimbombante u ostentoso.

Por el contrario, era un bloque sobrio de piedra clara, con ventanas amplias y una portería que funcionaba como un embudo perfecto: nadie entraba sin anunciarse, nadie cruzaba sin mostrar identificación.

Nathan observó la rutina desde la acera durante unos segundos; el portero no solo identificaba a cada visitante, también evaluaba expresiones, posturas, gestos. Un tipo atento. Profesional.

Aquí Santoro tendría un problema, pensó. Colarse en un sitio así implicaba exponerse. Y un hombre con su historial no tomaba riesgos innecesarios.

Entró. El vestíbulo era amplio, silencioso, dominado por mármol oscuro y el murmullo amortiguado de ascensores en movimiento. En las placas de bronce figuraban estudios de abogados de renombre, firmas de arquitectura, consultorías financieras. Dinero antiguo, estabilidad y vigilancia natural de los propios ocupantes.

Bien. Un punto a favor.

La recepcionista comprobó su nombre en la lista enviada por Cassandra y le indicó el ascensor de la derecha. Nathan agradeció con una inclinación mínima y subió.

Mientras ascendía, registró mentalmente cámaras, accesos secundarios y rutas de evacuación. Un hábito, y una necesidad. Un guardaespaldas que se preciara no podía dejar que le encontraran con los pantalones bajos aspectos como ese.

La puerta del ascensor se abrió en un pasillo luminoso. La oficina de *Marlow Events* tenía una placa discreta, elegante.

Nathan miró por el cristal grueso y labrado que daba acceso a las oficinas. No había personal en las mesas. Al fondo se veía una habitación con paredes vidriadas, y en ella había una reunión.

Abrió e ingresó, avanzando como si perteneciera, mientras contabilizaba mesas de trabajo, objetos, y las personas reunidas. Diez, sin incluir a Cassandra.

En silencio, se ubicó en una silla de una fila de cuatro. Eran para esperar, y en una mesa había una cafetera y vasos descartables labrados con el nombre de la empresa, además de agua.

Tomó ventaja de la cortesía, azucarando el brebaje, que bebió con gusto, porque era del bueno. Estiró las piernas y se abocó a analizar. Una pantalla proyectaba detalles de una boda que tenía como fecha dos semanas más adelante.

Diapositiva tras otra, se fue enterando de los detalles: distribuciones de mesas, paleta de colores, planos de iluminación.

Cassandra estaba al frente, con una chaqueta color marfil que le favorecía sobre la piel clara y una falda lápiz que abrazaba unas curvas potentes, equilibradas por esos tacones que parecían desafiantes.

Movía las manos con soltura, modulando sin esfuerzo, moviéndose entre la gente, escuchándoles. Nathan se obligó a mirar más allá del cuerpo. Estaba aquí para trabajar, joder.

Hizo foco en la dinámica del grupo, dejando de lado a los novios. La cohesión existía, valoró. Su equipo la escuchaba con respeto; ella dejaba espacio a sus opiniones, asentía, corregía con amabilidad. No había imposición.

No había rastro de la mujer brusca y mandona que llegó a la Agencia exigiendo ver a Pipen. Y la novia, una joven ansiosa con un cuaderno en el que anotaba datos, la miraba con confianza absoluta.

—…Y si preferís un aire más cálido, podemos usar lámparas de filamento aquí, aquí y aquí —decía Cassandra—. Eso crea profundidad en la fotografía y favorecerá en el baile. ¿Qué les parece?

—Perfecto—dijo la novia, sonriendo—. Me encanta. De verdad.

Nathan captó una emoción extraña ahí: Cassandra parecía recibir el elogio como si no supiera muy bien qué hacer con él. Como si no estuviese habituada a ellos, o le resultaran ajenos.

La pareja se despidió entre agradecimientos. Al salir, uno de los empleados, un joven con el brazo en escayola, acompañó a la novia hasta la puerta, con una sonrisa de complicidad.

Cuando sus ojos se cruzaron con los de Nathan, el muchacho se tensó. Curiosidad llenó su mirada preocupada, y su sonrisa social no la disimuló. Nathan sabía que su físico y faz seria podían ser intimidantes, pero la actitud del muchacho era de desconfianza.

Procuró aflojar su postura. El resto del equipo se ubicó en sus mesas, y las miradas se volvieron pesadas sobre él. Una de las muchachas cuchicheó con otra, y tomó valor para incorporarse y acercarse a él:

—Buenos días. ¿Puedo ayudarlo? Si me dice su nombre, puedo chequear la agenda…

—Buenos días. No estoy en la agenda. La señorita Marlowe me recibirá cuando pueda.

La mujercita parpadeó, y se cuadró, elevando sus lentes sobre el puente de la nariz, por el que resbalaron de inmediato, otra vez.

—Señor…

—Nathan Collins —se presentó—. Como dije…

—No es la forma, señor Collins. Me temo que trabajamos con agenda previa, y…

—Lucy, está bien—Cassandra vino a ellos taconeando con energía. Y vaya si eso no dio a su caminar un vaivén de curvas de la puta hostia. Nathan se obligó a focalizar—. Todos, por favor, atención—Elevó su voz—. Nathan es miembro de la Agencia Pipen.

—¡Ay, gracias a Dios!—murmuró el muchacho.

—Les he contratado. Ya saben…—apretó los labios, y se volvió hacia él—. Ellos son gente de mi extrema confianza y ya están al tanto de la situación y… —tragó saliva cuando una de las chicas se acercó y le tocó el brazo con gesto protector—. Se preocupan demasiado.

Nathan lo vio: ella no sabía recibir esa calidez. Se encogía ligeramente, como una persona desacostumbrada a que alguien la cuidara.

—Bienvenido, Nathan—dijo la mujer más morena de la sala —. Nos alivia saber que Cass va a estar más cuidada. Es necesario.

—Haremos nuestro trabajo, y somos buenos. No se inquieten-tranquilizó.

—Vamos a mi oficina —dijo ella, recomponiéndose.

Le siguió, y guiñó el ojo al pasar al grupito de tres que cotilleaban y le miraban con una sonrisa amplia.

Hubo más risitas, y el suspiro y rodar de ojos del muchacho fue esclarecedor. Eran una amenaza, en el buen sentido.

El despacho era luminoso, ordenado al milímetro. Nathan apreció el diseño funcional, la pared con muestras de telas y diseños de ramos florales, el tablero con cronogramas. Cassandra dejó caer la carpeta que portaba en la mesa.

—El equipo parece amalgamado, y preocupados.

Ella asintió.

—Sí. Ese es Frank, pobrecillo. Estaba que se salía de inquietud con este tema. No me perdono lo que le pasó.

—No es su culpa, Cassandra.

—Por favor, tutéame, vamos a estar mucho tiempo juntos. Y sí, sé que no es mi culpa, pero me siento responsable. Santoro apunta a los que me rodean.

—Porque es la manera de afectarte y dejarte sola. No podemos permitirlo.

Ella asintió.

—Okay, sí, tienes razón. Las chicas son un encanto, y se han ofrecido para acompañarme en todo momento, pero…

—Te cuesta aceptar la ayuda—le dijo, y ella le miró, y luego suspiró, para finalmente asentir.

—Es así. Soy… No tengo drama en ayudar, en resolver lo de otros, pero cuando es mi turno… Me cierro. Aprendizajes duros—susurró, y luego cambió el tema—. ¿Me acompañarás a las reuniones programadas?

—Así es. Una copia de tu agenda mensual sería de agradecer.

—Veré que la envíen—Fue a la puerta y llamó a la muchacha que había le había encarado más temprano—. Envía mi agenda a

esta dirección de mail, por favor, Lucy.

—Oki. Hubo un cambio en la reunión de la tarde. El señor Montgomery prefiere a las 14.

—Ese hombre me va a volver loca—dijo—. Es la segunda vez que cambia.

—Sí, y el restaurante no va a estar feliz con la anulación de la reserva.

—Adelántales que planeamos celebrar allí nuestro evento de final de año.

—Perfecto—asintió con vigor—. Eso me evitará el rezongo y logrará que estén abiertos para nosotros. Es un sitio con mucha demanda.

Ella volvió sobre sus pasos, y en segundos el correo con la info solicitada estuvo en su casilla, y Nathan lo reenvió al chat que había creado con Matt y Dare. Debían tener cronometrado los movimientos y adelantarse a estos, revisando los sitios con antelación.

—¿Cliente difícil?-preguntó.

—No tienes idea. El señor Montgomery se enriqueció con el Bitcoin, pero parece de la vieja dinastía sureña con sus requerimientos y pedantería. La boda de su hijo será en unos meses y quiere algo por todo lo alto. Que deje su nombre brillando, que se vea el dinero que le sobra—agregó, rodando los ojos—. Un derroche innecesario, pero de esto vivo.

—¿Qué demandas pueden ser tan extremas que espantan a una mujer como tú? Porque imagino que debes haber visto y escuchado de todo.

—No tienes idea. Quiere una entrada imponente, pero sin caer en lo vulgar, pétalos blancos importados de flores que no manchen las suelas de los zapatos. Música en vivo pero sin ruido innecesario, flores naturales sin aromas que distraigan y una distribución de mesas basada en jerarquías sociales que está resultando muy difícil establecer. Todo debe lucir opulento, drones discretos, una pared vegetal que no recuerde a Instagram y un pastel horneado el mismo día para transmitir frescura auténtica. Con

cada petición, el presupuesto se hincha, y lo que le propongo lo veta —suspiró al terminar la tirada.

—No te envidio. ¿Qué dicen los novios, a todo esto?

—Papá paga, así que manda—señaló—. Honestamente, no es el tipo de evento que me gusta organizar. Creo que una boda debería ser el momento más precioso para una pareja. Pero rechazarlo me traía complicaciones. Ese hombre es del tipo vengativo, y me dejaría morada con sus asociados, y sus influencias.

El golpe discreto en la puerta anunció a la asistente personal, que entró con una bolsa de papel:

—Tu almuerzo, Cass.

—Gracias —dijo, y abrió la bolsa para mirar el contenido.

Nada de entusiasmo en su expresión.

—¿Te molesta que coma? No desayuné-le preguntó.

Nathan se encogió de hombros.

—Adelante.

—¿Deseas que te encargue algo?

Negó.

—Almorcé antes de ingresar.

La miró desenvolver la hamburguesa vegana con ensalada vegetal y refresco de dieta.

—¿Eres vegana?—preguntó, curioso.

—No, pero es lo más sano que venden cerca. Es esto o llenarme de carbohidratos.

—Los carbohidratos son necesarios, pero son importantes las proteínas—indicó—. Tal vez te conviene planificar de antemano tu comida.

—Oh, no, no te preocupes, estoy bien.

—Mmm. Me da que eres el tipo de recalentar comida envasada.

—Culpable—dijo ella, y masticó con cuidado—. Pizza, ramen, comida china o tailandesa. Y corro por las mañanas para mantenerme en forma.

—Te acompañaré desde mañana—dijo él.

—Okay, aunque… No es como si corro *todas* las mañanas. En general, lo digo como un propósito, ya sabes… Para aliviar la

culpa cuando como dos porciones más de las necesarias.

Nathan sonrió por primera vez en todo el día. Un gesto breve, involuntario.

—No necesitas aliviar nada—dijo—. Pero si eso te ayuda, vale.

—Gracias, pero no te voy a negar…—torció la boca, algo avergonzada—. Entrar en este tipo de trajecito requiere disciplina.

Nathan la miró, y antes de pensarlo, las palabras salieron solas:

—Lo llenas muy bien.

¡Cateto! ¡Poco profesional! Era menester mantener la distancia, ¿qué hacía tirando frases halagadoras!

Se dio la vuelta enseguida, fingiendo revisar la ventana. Joder. ¿Por qué había dicho eso?

No era su estilo alabar a clientas. Ni a nadie. Pero le había nacido sin filtro.

—Estaré en el lobby cuando bajes —dijo, recuperando el tono profesional.

—Hmm… Sí, en media hora voy—respondió ella.

Nathan salió de la oficina con el móvil en mano. Tenían un recorrido por planificar, y un sitio que revisar. Comenzó a escribir a Matt para que acudiese al lobby del hotel donde Cassandra se reuniría con el señor Montgomery.

Capítulo 8

Apenas Nathan dejó el despacho y cruzó la puerta de salida, Frank y Brenda estaban en su oficina, y Cassandra contuvo las ganas de sonreír. Esto ya era una novedad; las pasadas semanas habían sido de estrés y preocupación.

—¡Joder con el guardaespaldas, Cass! ¡Te lo guardaste bien! —dijo Brenda, llevándose la mano con los dedos juntos a la boca, como cuando ponderaba comida.

—Causó impresión, lo noté—dijo, sin mayor compromiso, aunque ni ella se lo creía.

Nathan Collins era guapísimo en un sentido alto y ancho, y con todo en su debido lugar. En pantalones cargo o con traje, con Henley o con camisa y saco, estaba que se partía de bueno.

No lo iba a decir así, tenía compostura que guardar. Estas chicas a las que llevaba como mínimo ocho años la veían como una referente.

—Impresión y media—dijo Frank, haciendo un gesto con sus cejas—. Esos hombros, esos muslos… Madre mía.

Sonrió. Frank era expresivo y abierto con su sexualidad, y a ella, que era una constipada emocional, no le molestaba un pelín.

No poder expresarse, cortarse o reprimirse era la historia de su vida, pero no implicaba que andaba por esta coartando a los demás.

—¿Es casado? ¿Tiene novia?—dijo Brenda.

—No lo sé, pero sí sé que tiene un hijo. Un niño encantador.

—Oh, pero es perfecto. Estás en edad de merecer, y si ya te viene el combo familiar completo, ¡pues qué bueno!

Negó, enfática, ruborizada, mirando a la puerta. Lo único que faltaría es que Nathan volviese y les encontrase hablando de él.

—Es mi guardaespaldas, no un prospecto de cita—les recordó ella.

—Okay, pero todo es fluido hoy día. Lo importante aquí, ahora en serio, es que estamos aliviados de que hayas tomado recaudos. Ese maldito hombre está afuera y …

Asintió.

—Sí, estaré bien. Son profesionales. Caros, pero efectivos.

—Tu vida vale muchísimo. Estamos contigo para lo que necesites, lo sabes. Si tienes que tomarte tiempo, lo manejaremos.

—Lo sé, pero me conocen… Me cuesta delegar.

—Sí, pero a veces es necesario. Bien, tengo todo listo para que lleves a la reunión. Los cambios que hiciste en la recepción, la lista de invitados chequeada… Otra vez—rodó los ojos.

—Estoy en proceso de conseguir las flores perfectas—dijo Frank—. Incorporé un prospecto con estas al dossier.

—Bueno, hoy debería definirse lo principal. Deséenme suerte —dijo.

—Va a salir bien. La cordura tiene que primar, faltan dos meses.

—Cruzo los dedos—respondió.

Cuando se quedó sola, la frase de Nathan volvió a su mente. *Lo llenas muy bien.* Cassandra miró su reflejo en el cristal del cuadro de muestras. Sí, se veía bien.

Era con esfuerzo, dinero, y en base a carencias. Dietas, correr contra su voluntad, dormir poco, buena ropa, tacones que mataban, maquillaje que ocultaba ojeras.

Se mordió el labio. Quizá Nathan tenía razón y debería comer más saludable. Planificar. Quizá. Fue al baño privado y se retocó el maquillaje. La reunión era en una hora.

Tenía que juntar fuerzas y desplegar su mayor encanto para poder vender sus ideas. El señor Montgomery era disuasivo, tajante, condescendiente.

Tomó la carpeta de pasada por el escritorio de Brenda, que la saludó pulgar arriba, metida en su ordenador. Nathan la esperaba en el lobby, de pie.

Se acercó decidida, y volvió a focalizar en su elegante apostura. Pipen debía pagarle muy bien, porque ese traje no era de los baratos.

Y olía… Argh. Acercarse fue ponerse directo a tiro de su perfume. Olía increíble. Cálido, limpio, con un fondo amaderado que le resultó reconfortante.

—Empezamos—dijo él, y ella sonrió.

Nathan le abrió la puerta como si fuese lo más natural del mundo. Ella parpadeó, confundida por tanta caballerosidad. En la acera había un auto aparcado, y ella enfiló a él, pero Nathan le indicó otro más atrás.

Un coche sobrio de líneas elegantes, parecía extranjero. Ella no sabía nada de vehículos. Él abrió la portezuela del acompañante, y la ayudó. Luego, dio la vuelta y se sentó al volante.

—¿Este coche es de alquiler? —preguntó ella.

—Es de la Agencia—respondió él—. Vidrios polarizados, carrocería reforzada, sistema de rastreo interno. Necesario.

Ella se sonrojó un poco.

—No es que sea avara—aclaró de inmediato, cruzándose de brazos.

Él sonrió, suave.

—No lo pienso, no te preocupes.

Sintonizó la radio y la música suave invadió el espacio. El trayecto al hotel fue en agradable silencio.

++++

El ascensor se detuvo en el décimo piso con un zumbido suave. Cassandra no había dicho una palabra desde que salieron de la reunión, y Nathan podía sentir el cansancio irradiando de su postura rígida, como si hubiera mantenido la columna en un corsé invisible durante horas.

El mentón en alto, la mirada perdida. Exhausta. Y de pésimo humor. La entendía. La reunión con los Montgomery había sido un desfile de extravagancias y desprecio envuelto en sonrisas.

¡Qué de ridiculeces! ¿En qué momento el mundo se había vuelto tan loco que una fiesta era un descalabro de estupideces vacías?

Nathan había controlado desde una posición discreta en el lobby del hotel, un gran rectángulo de mármol oscuro donde cada sonido se amplificaba.

Físicamente lo bastante cerca para escuchar, pero lo bastante lejos para no interferir y evitar ser detectado.

Matt vigilaba la puerta principal; Darius, desde un café cercano, munido del control de un dron, controlaba entradas secundarias y accesos de servicio.

Cassandra había soportado a esa familia insufrible como una profesional absoluta. Amable, cálida con la madre del novio. Firme con el padre, cuando ese bruto con traje italiano intentó imponer exigencias ridículas como si estuviera negociando con personal de su hacienda privada.

Ni un temblor en la voz, ni una mala palabra. Nathan había visto a soldados curtidos perder los estribos por menos. Su propia paciencia había sido puesta a prueba hoy. Así que ella tenía derecho a su silencio.

Al llegar al pasillo, Cassandra maniobró con la llave en la puerta de su piso. Nathan observó las dos cámaras sutiles en el pasillo, colocadas para tener ángulos perfectos de cualquiera que llegara aquí. Darius había hecho bien.

Al ingresar, su mirada curiosa escaneó el interior. Lo sorprendió el minimalismo.

Las paredes estaban desnudas salvo por tres fotografías enmarcadas: una de ella recibiendo un premio en un auditorio, otra en una alfombra roja junto a una pareja de influencers, y una más dando instrucciones a un grupo de personas en un salón de convenciones.

Ninguna foto familiar. Ningún rastro de infancia. Ningún recuerdo cálido de nada que no fuera trabajo. Su madre vivía, tenía una hermana, pero no había rastros de ellas en esta estancia.

Revelador, pero no inusual. La familia podía ser complicada. No era su caso, pero abundaban los ejemplos.

El salón era ordenado hasta la asepsia: un sofá gris gigante, una mesa de madera con un adorno de flores secas, una lámpara recta como un mástil. En un rincón, la elíptica.

En otro, un pequeño caos llamó su atención por lo distinto: mesa plegable, cartones, muestras de telas, recortes, marcadores, calendarios; un soundboard frenético y vivo, más cercano al taller de un diseñador que a un hogar.

—El sistema de alarma ya está instalado—informó sin rodeos —. Darius lo activó hace una hora. Las cámaras también están operativas.

Ella parpadeó.

—Oh, ¡cuánta eficiencia! Pensé que tomaría un par de días.

Nathan señaló con discreción cada dispositivo, colocados con sabiduría para detectar movimiento y la mejor imagen.

—Una aquí, otra en la entrada, y una más apuntando hacia esa ventana. El monitor está en el armario del pasillo. Todo encriptado.

Ella asintió, y Nathan notó que no solo estaba agotada, sino hambrienta. Su estómago sonó, y ella se llevó la mano al abdomen.

—Vaya, creo que no trago bocado hace horas.

—Has pasado a café, con excepción de una dona.

Ella parpadeó, y asintió.

—Eso no está bien. No puedes ignorar tu cuerpo como si fuera una carga prescindible. Lo necesitas al ciento por ciento.

—Okay, Okay, tienes razón.

Cassandra fue a la cocina y abrió el mueble aéreo, empinándose sobre sus deditos de los pies para mirar. El gesto decepcionado fue obvio: vacío.

Nathan tomó su móvil y comenzó a buscar la info que Matt pasó sobre comercios de la zona.

Ella estaba ahora observando el freezer, y se metió casi de cabeza en procura de encontrar comida. Sacó una bolsa, luego otra.

—Espinaca… Tofu…

—Esas bolsas congeladas han de tener la misma antigüedad que los muebles—gruñó él.

—Habrá que pedir delivery.

—Ya estoy en ello. Debo evitar que te desmayes y me compliques la noche.

Marcó el número de un restaurante italiano a tres cuadras, con buena reputación y procedimientos de seguridad aceptables, en palabras de su compañero.

—Sí, buenas noches. Para encargar. *Ragú* para dos, ensalada tibia, pan casero y agua con gas—Escuchó, y asintió—. Perfecto, media hora.

Citó la dirección y colgó. Ella había venido al sofá y le miró hacer.

—Veré que los chicos se encarguen de dejar listos algunos platos. Va a hacer la noche más ordenada, y nos aseguramos de que comas bien.

—No estoy de humor para discutir mis hábitos alimenticios—dijo ella, bostezando, sin calor en sus palabras.

—No estoy discutiendo—respondió Nathan, cruzándose de brazos—. Estoy evitando un problema futuro. Te alimentas como una universitaria en época de exámenes.

Cassandra soltó un bufido fatalista y se acostó sobre un costado, quitándose los tacones y suspirando de gusto.

—¿Tienes que ponerte esos instrumentos de tortura?

—Me hacen alta, y son la bomba. ¿A que me hacen ver bien?

Nathan la miró, y asintió. Había que reconocer que sí. Una mujer con lencería, en tacones… Era cosa de fantasía.

¡Carajo! Su mente se le había descarriado, otra vez. ¿Qué cojones le pasaba? Este no era su yo profesional.

Es la falta de sexo, bien lo dice el idiota de Elijah. Va a ser que tiene razón.

—Voy a darme una ducha. Cuando venga la comida paga con mi tarjeta, aquí la dejo.

—No hace falta—dijo él—. Invito yo, que voy a comer dos tercios del total.

—Mantener esos músculos lo exige, imagino—dijo ella, y se puso como la grana.

Y a Nathan le gustó. Joder, le gustó demasiado, y tal vez, solo tal vez, flexionó sus bíceps.

La observó moverse por la habitación: chaqueta desabrochada, tacones en la mano, el cansancio marcándole los hombros.

La mujer que había sido un vendaval de energía durante el día apenas se tenía en pie.

—Tómate tu tiempo—le dijo cuando ella ya desaparecía en su dormitorio—. Mantendré la cena tibia.

—Gracias.

Mientras, Nathan se abocó a hacer una lista, que pasó a Matt. Necesitaban vegetales, frutas, lácteos, carne. Él no tenía problema con la cocina, era rápido, y aunque sus platos no fuesen dignos de estrellas Michelin, eran sustanciosos.

Vería de preparar zumos y viandas que ella pudiese llevar a la oficina y mejorar sus hábitos. No le costaba nada, lo hacía con Malik.

Además, él estaría aquí todas las noches y… O Matt o Darius, pensó. Había que comer, y planificar era fundamental.

Cuando llegó la comida, ya había puesto cubiertos, platos y vasos en la mesa, y solo fue cuestión de servir.

—Oh, bendito seas. Se ve brutal, gracias—dijo ella, que volvió embutida en un pantalón de felpa y un buzo dos talles más grandes.

Informal, con el cabello mojado y suelto, parecía más joven. E igual de atractiva, joder.

Capítulo 9

Frank los llevó por el enorme predio hacia la cámara de flores exóticas con la emoción de un niño enseñando su juguete nuevo. *Nada de rosas aburridas,* dijo al abrir la puerta con gesto teatral.

La sala estaba fría como un quirófano, iluminada por leds suaves que realzaban el espectáculo de formas imposibles: proteas del tamaño de un puño, orquídeas moteadas que parecían animales, flores azules que parecían pintadas a mano.

Les dio un par de guantes finos para manipularlas. Nathan los aceptó sin hacer comentario, y Cassandra los imitó. Apenas dieron dos pasos entre las mesas de acero, el móvil de Nathan vibró. Él lo sacó, miró la pantalla y cambió.

Fue como si una línea se hubiera estirado dentro de él, sin sonido, sin aviso.

—Tengo que irme —dijo, metiendo el móvil en el bolsillo.

Ella se giró, sorprendida.

—¿Ahora? ¿Ha pasado algo?

Él asintió con la cabeza, su mandíbula rígida. Cassandra no le había visto así de afectado antes, y se sobrecogió. Tenía que ser importante.

—Matt viene en camino—le dijo, sin dejar de teclear, y sin mirarla, mientras retrocedía—. Este sitio está asegurado. Es cuestión de quince minutos, Cassandra, y volverás a contar con protección.

Antes de que ella pudiera decir nada, él agregó:

—Debo ir a Providence. Malik me necesita.

Eso bastó, era obvio que solo ese niño podía remover a Nathan así. Cassandra se quedó mirando el hueco que dejó su cuerpo, con una sensación rara en el pecho que no reconoció. Un aguijón de inquietud, tal vez.

—¿Quién es Malik?—dijo Frank.

—Su hijo.

—Mm. Bueno—dijo, frotándose las manos con energía—. Ya que el armatoste se fue, ¿quieres ver la *Drosera regia*? Come mosquitos enteros. Es una preciosidad.

Cassandra parpadeó.

—¿Una planta carnívora?

—Una dama carnívora —corrigió Frank—. Da carácter a los centros de mesa.

Ella soltó una risa breve.

—A Montgomery le daría un infarto.

Frank levantó una ceja con malicia.

—Entonces, como concepto, me encanta.

La risa se convirtió en un suspiro involuntario. La reunión con los Montgomery seguía pesándole en la cabeza. Insufribles. Exigentes. Egocéntricos.

Trató de enfocarse en el brillo uniforme de los pétalos raros, en su trabajo, en cualquier cosa que no fuera el nudo que le había dejado Nathan.

¿Qué podría haberle ocurrido a ese chiquillo? Ojalá que todo estuviese bien.

Matt apareció diez minutos después, y su presencia pareció llenar el espacio otra vez. Frank sintió lo mismo:

—Estos grandotes ocupan lugar, ¿eh? ¿El jefe pedirá estar buenorro como condición para contratar? Esta semana ha sido tan… motivadora con esos tres yendo y viniendo.

No contestó, Matt ya estaba casi encima.

—Cassandra, buenos días. Vine tan rápido como fue posible. Nathan me dijo que estabas acompañada.

—Muy bien acompañada—agregó Frank, y Matt rio y asintió.

—Gracias, Matt. ¿Está…? ¿Está todo bien? Nathan salió volando—preguntó ella, más ansiosa de lo que quiso mostrar.

Matt se metió las manos en los bolsillos.

—Sí. Malik tuvo un susto en el parque. Mi hermana lo llevó allí, y no fue nada grave, pero el niño y Nate son uña y carne. Nathan es celoso de su seguridad, como comprenderás, y saber que tuvo un golpe en la cabeza lo preocupó.

Cassandra asintió, mirando una flor roja que goteaba néctar por las puntas.

—Es un buen padre —comentó en voz baja.

—El mejor —dijo Matt con convicción tranquila.

Se quedaron unos minutos callados, siguiendo a Frank. Cassandra levantó la vista para inquirir:

—¿Y la madre de Malik?

Matt no pareció sorprendido por la pregunta. Era directo, sin adornos.

—Murió hace años —contestó—. Nate no habla mucho del tema.

Unos segundos de silencio.

—Entiendo. ¿Fue un accidente?

Asintió.

—Trágico. Nate quedó solo con el niño, y te aseguro que ese chaval es la alegría de todos. Es encantador, ocurrente. No existe el mal humor cuando está él.

Cassandra sonrió al recordarlo.

Frank regresó con una bandeja llena de flores que parecían criaturas marinas.

—¿Qué es eso?—Matt se adelantó con una expresión de extrañeza—. Entendí que miraban flores.

—Esta es una selección particular. Peligrosas de transportar, preciosas a la vista.

Matt se echó a reír.

—Esto parece salida de un documental de bichos raros. ¿Peligrosa cómo?

—Hay especies letales. Las más bellas criaturas vegetales pueden contener veneno. Como esta—dijo Frank, poniendo la bandeja en la nariz de Matt, que saltó.

Frank se rio, y Matt hizo lo mismo al recuperar pie. Cassandra rodó los ojos.

—Bueno, pasas el control de calidad. Cass me trae gente que, a veces, tiene cero sentido del humor.

Matt la miró, divertido.

—Oh, pero soy especial. Único—guiñó un ojo—. Uno de mis colegas y amigos, Elijah, nos ha quitado cualquier prurito o la capacidad de asombro.

—No dejé de escuchar de él allá en Providence. Dime…— Cassandra se contuvo, y se reprendió por cotilla.

—Quieres saber sobre él y Louie.

Parpadeó y asintió.

—Son pareja. Louie es lo mejor: educado, amable, brillante. Todavía no entendemos como cayó a pies juntillas por ese grandulón inmaduro de Elijah—su risa se elevó—. Nah, Elija es la leche, a pesar de que por años nos insistió para que fuéramos con él a los bares gay que le encantaban. Quería ver si ligábamos más que él. Spoiler: imposible. Ese cabrón entraba a un sitio y los focos se alineaban solos. Pasado, porque esa etapa fue.

Frank soltó una carcajada sonora.

— Una historia alentadora. Voy a esperar a mi Elijah.

—Mm—Matt le miró—. ¿No será a tu Louie? Porque encuentro vibras de guasa en ti.

—Puede ser.

Cassandra sonrió, de pronto distendida como resultado de un intercambio natural y sin sentido. Pero la preocupación volvió, inevitable.

Nathan, con el ceño tenso, saliendo sin mirar atrás, inquieto por su hijo. ¿Estaría bien?

El resto del día lo hizo por inercia. No podía concentrarse. Al mediodía, ya no lo resistió, y le escribió:

Cass: *¿Está bien Malik?*

La respuesta llegó rápido. Una foto: Malik con un vendaje pequeño, sosteniendo un dibujo con un dinosaurio, y con una gran sonrisa. Y, detrás, el brazo firme de Nathan.

Nathan: *Todo está bien. Te veo mañana.*

El alivio le recorrió los hombros como una ola tibia. Ridículo. Imperdonablemente ridículo.

++++

Esa noche fue turno de Darius, y Cassandra se percató de que una semana bastaba para que una se acostumbrase a la comodidad.

Nathan había tomado control de la cocina, las cenas y organizando las viandas para los almuerzos. No había comido tan rico y saludable en años.

Darius la trajo a la triste realidad. Él era igual de inútil en la cocina que ella: la pasta salió dura, la salsa sabía a nada y Cassandra sugirió pedir pizza.

El maromo respiró con alivio, y encargó dos, para su escándalo.

—Nunca puede ser suficiente pizza. No te inquietes, si queda, desayunamos.

Comieron sentados en la alfombra, viendo una serie de supervivencia que Darius había elegido: gente sola en un bosque tratando de no morir. Maravilloso para su ansiedad.

El móvil vibró, y Cassandra lo tomó sin pensar, esperando novedades de Nathan. Pero la imagen le cortó el aliento.

Era una fotografía de ella, esa misma mañana, captada desde un ángulo que demostraba que la habían seguido. Y dos pasos detrás, Matt. Debajo, el mensaje:

DESCONOCIDO: *Sigue sonriendo. Te veo.*

—Da… Darius… —susurró, con la garganta cerrada.

Él la miró y su faz soltó sus alarmas, porque vino a ella con celeridad. Le tendió el móvil.

Él miró la pantalla y soltó una maldición gutural.

—Joder. ¿Qué carajo? Esto es de hoy.

Se levantó, ya en modo operativo, con el teléfono pegado a la oreja, y comenzó a hablar con tono bajo y urgente. A Matt, probablemente.

Tal vez al jefe, Pipen. Nathan le había dicho que lo conocería, que estaba por volver de su luna de miel alargada.

Cassandra sabía que estaba segura allí. La puerta estaba reforzada. Había cámaras. La custodiaba un tipo como Darius que podía derribar a un toro. Pero la ansiedad la golpeó más fuerte. La estremeció desde dentro.

Necesitaba… Entre toda la tormenta, la idea creció, absurda y humillante. Necesitaba a Nathan, que habría *sabido qué decir, cómo hablarle para calmarla.*

Había sido así desde el primer contacto por teléfono.

Ella demandaba y exigía, él contestaba sobrio y cortante. Desde que le conoció, su presencia la reconfortaba, la sosegaba.

Se pasó la mano por la frente, furiosa consigo misma. *Estúpida. No puedes depender de alguien. Eso nunca ha salido bien.*

—¿Cassandra? ¡Cassandra!

Se sobresaltó, y Darius levantó las manos para acercarse.

—Tranquila. No pasa nada. Estás segura conmigo.

Asintió.

—Ese cabrón debe haber usado a algún esbirro para acercarse a tomar la foto. Él no estuvo en el área, yo mismo revisé la zona.

—Tiene a otros haciendo su trabajo sucio—murmuró, más alarmada.

—Con seguridad. Hemos lidiado con gente como esta. Estarás bien.

Por alguna razón, y a pesar de que su lógica le decía que Darius decía esto con convicción, a Cassandra no le sonó igual que si se lo dijera Nathan. Así de tonta era.

Capítulo 10

Despertó jadeando; su pecho subía y bajaba demasiado rápido, y la camiseta estaba pegada al cuerpo. Sudor frío resbalaba por la nuca, y boqueó.

Por un instante no reconoció la habitación, y parpadeó, aturdida. Fue consciente de la claridad matinal filtrándose por las cortinas. Del silencio doméstico. De la textura suave de las sábanas que atenazaba.

El espacio conocido ahuyentó el pánico. Había estado soñando, enredando recuerdos con miedos, y por primera vez en mucho tiempo, tuvo una pesadilla con su acosador.

La fotografía. La imagen y la amenaza en su móvil dispararon su mente dormida, y el conocimiento de que había estado bajo el foco del maníaco que no la dejaba en paz se le tornó asfixiante.

La había seguido, otra vez. Santoro sabía dónde estaba, a pesar de las medidas de seguridad y la contingencia de la revisión de sitios que Matt y Darius hacían.

Su sueño mostró lo que sus emociones gritaban: su vulnerabilidad cruda. Se llevó la mano al pecho. El corazón seguía golpeando como si quisiera escapar.

No recordaba detalles, pero se había sentido expuesta, atrapada. Presa.

Un golpe suave en la puerta la hizo dar un brinco, y se instó a la calma. Este era su piso, afuera estaba Darius, tenía que ser él.

—¿Sí?

—Cassandra—Para su total sorpresa, fue la voz de Nathan, grave y baja, la que le llegó amortiguada por la madera—. ¿Puedo pasar?

Parpadeó. ¿Nathan? Estaba aquí, había vuelto. Pero, ¿cómo, tan temprano?

—Sí… Sí, pasa—balbuceó, alto.

La puerta se abrió despacio y él entró con paso seguro aunque sin hacer un sonido. Debía ser parte de su entrenamiento militar, moverse rápido y con mucha más agilidad de la que uno daría crédito a un físico tan grande.

Cassandra no se limitó, le miró entero. Llevaba ropa deportiva y una camiseta oscura que marcaba su torso, sus bíceps (tríceps, y hasta ahí sus conocimientos de biología, pero marcados estaban esos músculos).

El pelo, que ya estaba un poquito más largo, aparecía algo desordenado.

Su cuerpo pautaba calma, pero la expresión de su faz era de inquietud. ¿Qué le pasaba? ¿Sería por Malik?

—Nathan, ¿qué ocurre? ¿Cómo está tu hijo?

Él se detuvo a un palmo de la cama, respetuoso, atento.

—Cassandra… ¿Estás bien? Te oí gritar.

Oh. ¿Su preocupación era por ella? El sueño debió ser realmente malo.

—Fue… Tuve una pesadilla.

Carraspeó, avergonzada por la voz temblorosa que le salió. Era una mujer grande, caramba, no una niñata a la que había que consolar por un sueño.

—Lo siento. Fue… Solo un sueño.

—No te disculpes—dijo él, suave, sentándose en el borde de la cama—. Con lo que estás viviendo, sorprendería más que durmieras como una piedra.

Ella quiso mostrarse compuesta, levantar la fachada que de habitual le salía natural, blindando emociones, pero… No pudo.

Se sintió expuesta, vulnerable, y no solo porque estaba en su lecho y debía parecer una tonta asustadiza.

Se hizo consciente de su pelo hecho un desastre, del fino camisón que dejaba poco a la imaginación, y de las manos que todavía le temblaban un poco.

—¿Cómo…? i¿Cómo es que estás aquí? Pensé que volverías en la tarde, o mañana. ¿Cómo está Malik?

—Tuvo un pequeño accidente, jugando—explicó—. Se cayó del columpio. Nada grave, pero… —pasó una mano por la nuca—.

Me nublé, me puse muy nervioso. Demasiado nervioso. No debí marcharme así, sin pensar.

—¡Claro que debías! Es tu hijo, tiene que ser tu prioridad—contestó, enfática.

No importaba que ella le echase de menos, como una necesitada niñata. Era una adulta y la tarea de protección fue reasignada. Cassandra estaba al tanto de que ella era una cliente, nada más.

—Gracias—dijo él, y sus ojos quietos mostraron más emoción—. Lo llevé a revisión, está perfecto. Y anoche quiso quedarse con Isabel, así que pude volver temprano.

—Matt dice que su hermana lo adora y lo mima. Ha de estar disfrutando el toque femenino.

—Pues eso parece—sonrió, con afecto obvio ante la idea. Levantó la vista—. Tomé ventaja de su deseo, quería estar aquí antes de que despertaras.

Ella sintió un alivio tan grande que no supo dónde meterlo.

—Gracias. No tenías que hacerlo.

—Malik me dijo que te cuidara—añadió, como si fuera lo más natural del mundo.

Tal vez en el suyo, porque de donde ella venía… Era sálvese quien pueda.

—Es un niño dulce—musitó.

—Lo es. Debo decir que me siento más tranquilo si estoy a tu lado. La novedad de ayer fue desagradable, y me irrita sobremanera ver que te afectó así.

Ella asintió y apretó sus dientes un pelín, evitando que la emoción la desbordara y terminara exigiendo un abrazo y una palmadita en la espalda que la hiciera sentir mejor. Así de necesitada era, al parecer.

Nathan sacó de su bolsillo un papel doblado.

—Esto es para ti.

Ella lo abrió con cuidado, y soltó una risita entre incrédula y divertida al ver su figura dibujada por un niño, exagerada, adorable, con una falda ajustada y tacones ridículos.

Malik había usado tiempo para retratarla. Vaya, al parecer causó una impresión duradera.

—¿Así me ve?

—Yo le sugerí los tacones—respondió él, con una sonrisa—. Pensé que le darían realismo.

Ella rio, y la ternura la golpeó con una suavidad que daba vértigo. Cuando se llevó la mano al rostro para ocultar la emoción, él atrapó sus dedos con suavidad.

El contacto fue un relámpago caloroso. Nada intrusivo. Nada torpe. Pero intenso, removedor.

Un gesto humano de una persona sensible. Nada más. *Nada*. *Mas*.

—Se te ve agotada—le dijo—. Seguro que dormiste en un salto, y es normal. Ese hijo de perra te quitó la tranquilidad que estabas recuperando. Pero déjame decirte esto: a la larga, vas a deshacerte de él. Puede ladrar y tirar piedras a tu vida, pero ese cabrón va a caer. Ya verás.

El corazón de ella batió un poco menos de susto y más de agradecimiento. *¿Ves, cerebro? Yo tenía razón. Las promesas de futuro en paz suenan mejor de estos labios. Las creo más, a pies juntillas.*

Nathan se levantó.

—Duerme un poco más, es demasiado temprano.

Ella negó. Estaba despierta, con sus nervios a flor de piel, su cabeza disparada. No pegaría un ojo, daría vueltas en la cama, imaginaría escenarios post apocalípticos en su vida… Nah, nuhh.

—No, voy a levantarme.

Él la observó un instante, y luego asintió.

—Bien. Te espero en la cocina.

Le vio salir, y se movió lento para ir al baño e higienizarse, y retornó para elegir ropa deportiva de su closet.

Ejercicio, cansarse, eso necesitaba. Santoro no iba a estar afuera a estas horas. Chequeó el reloj: 6 am.

Avanzó por el pasillo haciéndose una coleta alta, bostezando. Los músculos parecían pegados uno a otro. Tal vez comenzaría caminando un poco, despertando su cuerpo aletargado.

Nathan le esperaba en la cocina. Había dos tazas sobre la mesita, y él medía cucharadas de un polvo oscuro que no parecía café.

Se sentó y esperó. Él vino con agua caliente, que vertió con morosidad, para luego mezclar. Hizo un gesto luego, ofreciendo la bebida. Ella tomó la taza y aspiró el aroma espeso.

—¿Cacao?

—Mm, cacao amargo.

Cassandra sorbió, y luego arrugó su nariz. Era espeso, caliente, y el regusto del cacao fuerte se le pegó en el paladar.

—Le falta azúcar.

—No, no. Esto es sano, natural, y es mucho mejor que el café, en especial cuando la ansiedad escala.

—¿Oh? ¿Eres el doctor salud natural ahora?—dijo, rodando sus ojos, y él rio bajito.

Había una cualidad enervante en ese sonido que se le colaba y la envolvía, joder.

—Tiene antioxidantes, lo cual colabora con el antienvejecimiento…

—¡Figúrate!—murmuró, pero bebió otro gran sorbo.

Mejoraba. Tal vez este podía ser un gusto adquirido.

—Es energía limpia, no te dispara el pulso. Me lo daba mi esposa cuando dormía mal.

El comentario la atravesó como una punzada suave. Era la primera vez que él la mencionaba así. Con ese tono cálido, íntimo, del que recuerda con cariño y nostalgia. .

—Tu esposa.

—Amina—dijo él—. Murió hace cinco años. Un accidente.

—Lo lamento—se apuró a decir—. ¡Malik era tan pequeñito!

Nathan asintió.

—Sí.

—Cuéntame algo de ella, de ti.

Él dudó, la miró como si evaluara la necesidad, y luego suspiró.

—La conocí en Irak. Estaba asignado allá. Ella era hermosa, intrépida, alegre a pesar de la tristeza de vivir entre la violencia. Nos

enamoramos en unos días, y ella eligió seguirme, a pesar de que su familia la consideró muerta por ello.

—¡Bárbaros!—musitó ella.

—La traje conmigo y nos casamos. Malik vino pronto. Fuimos felices, por un plazo breve—susurró él, embebido de recuerdos.

—Es una historia bella, con un final triste—Su mano fue a la masculina, y la apretó para confortarlo—. Pero es importante que pudieses vivirla. Estoy segura de que ella te adoró y disfrutó de ese plazo, aunque breve.

Él asintió y suspiró, y una sonrisa breve y tristona se le dibujó. Sus ojos la atravesaron.

—Eso creo. Y me dejó a Malik. Eso vale el mundo.

Asintió, y escondió su rostro detrás de la taza. Su mente egoísta gritaba que ella quería vivir algo así, un amor fiero e intenso que la quitara de la soledad y de la maquinaria que había encendido para dar sentido a su vida.

Máquina de la que no sabía cómo bajarse. Trabajar, pagar cuentas, guardar dinero para disfrutar más adelante, sostener a las dos que la sangraban, pagar bien a sus empleados, dos de los cuales eran amigos…

Era tan magra la columna del haber en su vida.

Bajó la taza y sonrió, poniendo su máscara en sitio.

—Voy a salir a ejercitar.

—Te acompaño. Correr me hará bien.

Ella suspiró, medio derrotada, medio tentada.

—No soy de las que corren millas, Nathan. Lo mío es más la corre-caminata.

—No te preocupes—dijo él, y le guiñó el ojo, retador—. Te lo haré fácil.

No le creyó ni por un minuto, pero, ¿qué más daba? Tal vez si volvía hecha polvo no pensaría en lo que la dañaba.

Quince minutos después estaban en Central Park. El aire fresco le golpeó la cara como un puñado de agua helada.

Nathan marcó un ritmo tranquilo por un sendero que ella no solía usar, bordeado de árboles viejos y bancos vacíos. El parque a esa hora era más silencioso, casi íntimo.

Ella se quejó un par de veces. Él la ignoró con elegancia profesional.

—Respira más profundo —le indicó—. Mantén la vista al frente. No mires el suelo.

—No estoy mirando el suelo—dijo ella, terca.

Él alzó una ceja.

—Claro que sí.

Después, la hizo estirar en la hierba. Cassandra se inclinó hacia adelante, su pecho acercándose al muslo de la pierna que estiraba, sintiendo el tirón en los músculos.

Repitió con el otro lado, y al levantar la vista creyó ver, solo por una fracción de segundo, una mirada distinta en los ojos de Nathan. No profesional. No táctica. Calor e interés sobre su cuerpo, hambre.

Desechó la idea enseguida. Debía ser un delirio provocado por su propio interés. Ella sí que robaba momentos para mirarle. Ese cuerpo. Esos brazos. Ese pecho tallado en disciplina y trabajo.

Te habló de su esposa, se le notaba la nostalgia, el amor que perduraba para su recuerdo. ¡Espabila, Cassandra!

—¿Qué planes tienes?—Él la sacó de su ensimismamiento, y ella se sentó en el pasto, cruzada de piernas—. No tienes evento hoy. Un sábado peculiar.

—Sí, lo es. Un fin de semana para holgazanear y ponerme al día. Alguna película, la colada...

Él inclinó su cabeza un pelín, y entrecerró sus ojos.

—Me preguntaba cuándo ese pobre canasto de ropa sucia tendría su momento. Debes tener dos semanas de ropa sucia.

Ella llevó las manos a la cadera, con indignación.

—¿Cuándo lo haría? No tengo tiempo.

—Estás de suerte, voy a ayudarte.

Le tendió el brazo y Cassandra la tomó, incorporándose de un salto por el envión enérgico. Terminó contra su pecho, en colisión leve, y él la ayudó a estabilizarse tomándola por los antebrazos.

La cercanía le permitió aspirar su fragancia. Otra. Igual de masculina, terrosa y cítrica, envolvente, mezclada con un pelín de sudor limpio producto del ejercicio.

Si ella no fuese una mujer sin expectativas reales, podría imaginarse envuelta por esos brazos, trepada a la figura fuerte y comandante, besándolo, apretándose…

Pero, lo dicho, no podía darse el lujo de fantasear. Nathan Collins, su guardaespaldas, cobraba por protegerla, nada más.

Era su vergüenza que no pudiese separar las cosas y que viera signos y señales donde no había más que gentil cuidado, y básica empatía.

Capítulo 11

Había sido enterarse de la fotografía y la amenaza, y la decisión de partir en la noche, luego de dormir algunas horas, había sido inmediata. Tenía que estar en Nueva York, con Cassandra, protegiéndola, como prometió.

Al llegar, en la madrugada, había revisado las imágenes del vivero que Dare y Matt habían conseguido de las cámaras del área, además de las del dron que había circunvalado la zona todo el tiempo.

La habían fotografiado en sus narices. Cada vez que ampliaba el fotograma donde se intuía el reflejo de un móvil levantado entre plantas, el mismo pensamiento ácido regresaba.

Estuvo cerca. Demasiado cerca.

La foto enviada al móvil de Cassandra había sido tomada a escasos metros. Una maldita sombra entre las palmeras raras y los híbridos tropicales.

<<Podría haberla tocado, dañado>>, gruñó, sin apartar la vista del monitor.

Matt, apoyado contra la isla de la cocina, cruzó los brazos.

<<No la tocó. No intentó nada. Solo quería demostrar que podía acercarse. Los profesionales no dejan rastro. Este tío jugó a propósito. Quería que Cassandra sintiera que juega con ella.>>

Nathan cerró la tapa del portátil con fuerza. La mandíbula le dolía de apretar.

<<¡No debería!>>

Si no me hubiese ido, si hubiese estado. Sacudió el pensamiento estúpido, inútil y sentimental. El tipo se había colado en el lapso en que él estaba, aunque la fotografía fuese posterior.

No era invencible, no era super héroe. Matt y Darius eran tan buenos, o mejores que él en algunas áreas.

<<Si no me hubiese ido, tú podrías haber estudiado mejor el entorno.>>

Pero la voz de Isabel al teléfono, temblorosa, lo había devastado: *Nathan, se lastimó, pero no es grave. Está lloroso, le van a dar algunos puntos…*

Se le había caído el alma a los pies. No podía correr riesgos con su hijo. Tenía que verlo, con sus propios ojos.

Por fortuna, Isabel había tenido razón. Lo encontró perfecto, feliz, comiendo helado y orgulloso de su vendaje de guerrero. Tuvo que cerrar los ojos unos segundos para absorber la sensación de alivio físico.

Luego, se enteró de la situación, que comprobaba la obsesiva fijación de Santoro. Así que se subió al coche, pisó el acelerador y regresó antes de lo previsto. La adrenalina le silbaba en las venas.

Luego de conversar con Matt y ver las imágenes de la vigilancia, fue al apartamento y envió a Darius a descansar.

Había sido unas horas más tarde que el sonido de sus gemidos lo despertaron de su duermevela en el sofá. Ella despertó desolada, temblando, la espalda encorvada como si quisiera hacerse pequeña, y él había podido consolarla.

Había podido sostenerla en ese vacío donde nadie más la sostenía. Pura fragilidad vestida de ejecutiva implacable, eso era Cassandra.

Se escondía detrás de ese porte afilado, de los tacones, del protocolo, de la voz que usaba como escudo. Pero cuando creía que no la miraban, su mundo se le caía encima.

La había visto así varias veces. Cuando ella creía estar sola, al girarse para respirar hondo. Cuando se llevaba una mano al vientre, como si allí guardara la ansiedad.

Cuando sus nudillos se ponían blancos de apretar los puños. El temblor mínimo del labio inferior. El parpadeo acelerado justo antes de recomponerse para no parecer débil.

Le había hecho una taza de cacao, la distrajo con datos, la acompañó al Central Park y le cambió la ruta, sin descuidar su entorno. Luego, la forzó a sus límites, que no eran extensos.

Ella no era una gimnasta, ni una maratonista. Se cuidó de que estirara, de que se hidratara, y luego, de hacer de su sábado

uno de actividades interesantes o necesarias.

La desafió a cocinar, lo que terminó siendo más trabajo para él, pero ella no pensó. Luego, vino la colada, doblar y guardar. Películas, dos de acción, y una romántica en la que ella desfogó sus críticas a la organización de eventos de fantasía.

Finalmente, se había rendido al sueño temprano, y Nathan estaba aliviado. Solo entonces atendió a la información que los otros dos habían logrado.

DARIUS: *Tenemos data. Louie ubicó a quien tomó la fotografía. Un tal Pietro Fabbri.*

MATT: *Facción de Calabria asentada en Queens. Lleva años en tareas menores, pero con vínculos directos con Santoro. No se mueve sin permiso de arriba.*

MATT: *Un perro fiel. Haciendo lo que sea necesario.*

NATHAN: *Al servicio de Santoro.*

DARIUS: *Averigüé con mis contactos. Fabbri es obsesivo. Le gusta acechar, marcar territorio. No va a parar, a menos que su jefe se lo pida.*

NATHAN: *Entonces lo vamos a parar nosotros.*

++++

Una semana pasó sin más novedad, aflojando la tensión inicial, aunque permanecían alertas. Nathan salió de la ducha secándose el pelo con una toalla, y escuchó el ritmo inconfundible de la elíptica: un *clac-clac* regular, obstinado, casi desesperado.

Cassandra había despertado antes que él y ya estaba castigando la máquina como si quisiera arrancarla del suelo. Meneó su cabeza. Ella había dicho que hoy mataría las calorías aportadas por el helado doble que devoró.

Se dirigió a la sala dispuesto a hacer el desayuno que era probable que estuviese intentando saltarse, cuando la voz más aguda de lo habitual lo detuvo.

Hablaba por teléfono y estaba en altavoz.

—No, Claire, te dije que esta quincena no puedo—La voz de Cassandra ganó agitación, y Nathan oyó el jadeo entrecortado del

ejercicio—. Debí asumir gastos extra y…

Una voz femenina, azucarada, pero con un dejo irónico, la interrumpió.

—Ay, Cass, siempre lo mismo contigo. ¿Quieres que te ruegue? Te recuerdo que tú pudiste estudiar porque yo me quedé atrás, apoyando a mamá. Además, es solo dinero, y lo tienes.

—Te digo que…

—Se me juntaron gastos. Estuve enferma, mamá también. Lo sabrías si nos hablaras más seguido.

—Me llamas todas las semanas y no dijiste nada.

El ruido de la elíptica desapareció, y Nathan se asomó. Cassandra estaba con la cabeza gacha contra el pecho.

—No te voy a contar nuestros problemas, que son muchos. Necesitamos ese dinero. ¿Quieres que durmamos en la calle? Nuestro piso…

—No estoy diciendo eso, Claire—respondió Cassandra. Era obvio el esfuerzo que hacía para sonar razonable—. Pero no puedo cubrirlo todo. Además, mamá…

—¡Es que ya sabía yo que eras egoísta! —gritó una voz desde el fondo. La madre. Tan nítida que Nathan sintió que estaba en la habitación—. Mientras tú te paseas por ahí haciendo fiestitas y cobrando fortunas, tu familia se muere de hambre. ¡Enferma estás, enferma! ¡No piensas en nadie más que en ti!

Cassandra cerró los ojos, elevó su cabeza, y se pasó la mano por la cara. Esta era la viva imagen de la desolación. Le hacían daño, pensó.

Esas dos mujeres estaban lastimándola y exigiendo, demandando, y Cassandra no podía cortar.

—Mamá, por favor. Eso es mi trabajo. Lo que me permite enviarles…—intentó.

Claire retomó el hilo, volviendo a la estrategia inicial, el tono meloso.

—No te pedimos nada más que lo justo.

—¡Lo que nos debes!

Nathan sintió cada nervio soliviantarse. ¿Deber? ¿Por qué les debería Cassandra nada? Se mataba trabajando, era suyo el dinero.

Esta no era más que manipulación, exigencia disfrazada de necesidad. Culpa empujada como una piedra al pecho del otro. Un patrón demasiado familiar de otros casos. De víctimas que nunca se sabían víctimas.

Cassandra habló, y su voz lo partió en dos:

—Está bien. Te haré una transferencia. Pero… por favor… no me grites. No puedo con esto hoy. Me han vuelto a amenazar…

—A mi cuenta, gracias, sis.

Silencio. De ambos lados, pero el de Cassandra era desolador, y Nathan sintió el fiero instinto de ir a ella y abrazar a esa mujercita angustiada y acosada por dos flancos.

Nathan entendió todo. Cassandra Marlowe no salía, no tenía vicios, vivía frugal, mantenía apariencias que le permitían atraer clientela rica, pero tenía una canilla abierta para su familia.

Un grifo que pagaba sus gastos. Las sostenía incluso cuando ellas la aplastaban. Sus frases odiosas no provenían de familia que quería, que contenía y sostenía.

La elíptica comenzó a sonar otra vez, menos intensa, como si su dueña hubiese perdido aire y ganas, y la inercia empujara sus piernas. Encajó sus mandíbula, furioso, y sabiendo que no podía ir a ella. Necesitaba descomprimirse, desahogarse.

Retrocedió y fue a su habitación, y allí escribió a Louie:

NATHAN: *Necesito información sobre la familia de Cassandra. Todo lo que puedas encontrar. Finanzas, historial médico, estudios, todo.*

El hacker respondió en menos de veinte segundos:

LOUIE: *¿Están involucrados?*

NATHAN: *No, pero creo que abusan de ella.*

LOUIE: *Ah, pobrecilla. Con todo lo que tiene en su plato ahora mismo. Ya me pongo a ello.*

Podía confiar en que Louie cavaría hondo. Era excelente buscando información, donde fuese. Era un subidón tenerlo de su lado.

No podía esperar a saber qué se traían esas dos pájaras. En su mente ya se había hecho una idea, pero se imponía confirmarlo.

¿Y qué harás con lo que averigües? ¿Confrontar a Cassandra, mostrarle qué? ¿Que la sangran, que la manipulan? Ella ha de saber eso, y lo soporta.

Tal vez. Él necesitaba tener información. Nunca se sabía de dónde podía venir una amenaza.

Se estaba metiendo en un terreno que no le competía, sí, era verdad. Pero lo haría igual.

Capítulo 12

<<Estaré bien, somos muchos. Nada va a pasarme aquí. Que no te vean, o arruinarás la diversión>>, había dicho Cassandra antes de entrar al bar para disfrutar del happy hour con sus empleados.

Nathan había asentido sin discutir. Su tarea era cuidar, vigilar. Sí, era un sitio público, pero ya Matt había ingresado y chequeado el ambiente, y Darius tenía el dron girando en el cielo en procura de Santoro o Fabbri.

Todo Ok, y *No hay moros en la costa*, habían sido las respuestas que dieron tranquilidad.

<<Me mantendré a distancia.>>

Así que aquí estaba, instalado en una de las mesas alejadas sobre un rincón, con ángulo para ver. Fingió desinterés, alargó su trago, sin interferir.

Ella necesitaba esto. Relajarse. Reír. Beber un poco. Recibir abrazos de su equipo.

Vivía como una asceta, y si la situación con Santoro lo justificaba un poco, intuía que esta era una versión extrema de una rutina establecida.

Hoy, empero, se la veía joven. Libre. Casi feliz. Nathan se permitió esa visión, se solazó en ella.

Joder, estaba frito. ¿En qué momento la común decencia que empujaba a ayudar se convirtió en esta pulsión hambrienta que lo removía para verla bien, cuidada, contenta?

No lo sabía. Era un problema, pero tocaba seguir y aplastar esas emociones inútiles.

Cassandra es mi cliente, nada más. Me siento protector porque la está pasando mal, y es una mujer encantadora.

Sí, cuando se abría a mostrarse, cuando se permitía ser real, lo era. Pasó una hora hasta que la voz de Darius explotó en su oído.

—¡Nate! Tenemos un problema. Ese jodido bastardo, Santoro, acaba de aparcar en la entrada principal.

El pulso de Nathan se aceleró, cada miembro en tensión, y su atención se posó en la puerta principal. Pasó de espectador a depredador en menos de un segundo.

—Matt—ordenó por el pequeño intercomunicador—. Cubre la salida trasera.

—En camino—contestó.

Nathan se incorporó y se deslizó entre las mesas con agilidad felina, y sus sentidos se enfocaron. El ruido de risas, música, voces, desapareció.

Ese bastardo no se acercaría a Cassandra. No permitiría que la pusiera en un estado de ansiedad y terror, quebrando su momento de contento.

Estuvo en el exterior en cuestión de segundos, justo para ver al que avanzaba con prestancia y una sonrisa sardónica, como si el mundo le perteneciera. Traje impecable, caminar sin prisa, la expresión de un hombre que no conocía límites.

Nathan se colocó justo en su paso, y desplegó su físico, sus brazos a los lados, todo él un elástico tenso listo a saltar encima al mafioso. Su mirada buscó armas debajo del traje, con eficiencia.

—Este sitio se reserva derecho de admisión, y no estás entre los clientes aceptables—dijo, sin elevar la voz, seguro.

Santoro se detuvo, y su sonrisa se atemperó mientras le recorría con la mirada. Despacio. Midiéndolo.

—¿Qué tenemos aquí? Cassandra se consiguió un perro—dijo, como quien comenta el clima—. Eligió uno grande, se lo concedo.

—Da la vuelta y vete de aquí. Deja de enviar amenazas, de tomarle fotos. Un hombre como tú debería entender de primera cuando no es querido, y no necesita que la policía se acerque a sus negocios.

Ahí, eso pegó en su ego y en su punto débil. Predecible, por supuesto. Estos idiotas que se alimentaban del miedo y conseguían todo por la fuerza no toleraban el rechazo.

—No tienes idea de quién soy, o de lo que puedo…

—Sé quién eres. El lacayo de los italianos—sentenció—. No me importa.

La mirada se tornó evaluadora, y hubo un suspiro grandilocuente.

—Estás cometiendo un error.

—No. Hago mi trabajo, y no estoy solo.

La sonrisa de Santoro creció, y se tornó maníaca, suficiente para helar la sangre de cualquiera que no fuera Nathan.

—Solo quiero ver a Cassandra. Está hermosa. Es una mujercita interesante, mucho. Tan enérgica, trabajadora, pendiente de su imagen y de su empresa.

Nathan dio un paso adelante, invasivo, sólido como un muro. Santoro miró a un costado, suspirando, y a Nathan se le ocurrió entonces:

—¿Cómo sabes que ella está aquí?

El bastardo sonrió.

—Si me conocieras como dices, sabrías que tengo muchas fuentes y amigos.

Hizo amague de avanzar.

—Te acercas un centímetro más y lo tomo como amenaza de seguridad. Te tendré en el piso en un santiamén, y no me voy a reprimir—dijo Nathan con absoluta amenaza en su voz—. Y eso será antes de que mi equipo decida participar.

Un chasquido de dedos del cabrón atrajo a dos hombres que se habían mantenido en el automóvil, expectantes. Matt apareció por la derecha, silencioso como un gato. Darius por la izquierda, mandíbula apretada.

Santoro sonrió. No retrocedió, pero tampoco avanzó.

—Interesante. ¿Puedo saber quiénes son, caballeros?

—Los que te patearán el trasero si no despejas la entrada—dijo Darius.

—Mmm—Santoro chequeó sus uñas, y elevó sus ojos—. Están sobre actuando. Entiendo que la señorita Marlowe pueda haberse sentido un poco abrumada por mi generoso interés.

—No te acerques a ella. Te recomendamos que orientes tu asqueroso interés a otro sitio. De preferencia, fuera del país—dijo

Nathan con dureza—. Ella está bajo nuestro cuidado.

—Curioso—Santoro estiró sus brazos y acomodó su traje, y luego se dio la vuelta, dirigiéndose a su automóvil. Giró su cabeza, risueño—. No parece que la estén protegiendo en este momento, ¿o sí?

La frase le heló la sangre, y no vaciló. Reconocía la frase por lo que era. Se dio la vuelta y corrió, veloz, al interior. La risa de Santoro lo siguió pero no le dio entidad.

Cassandra, tenía que llegar… Miró frenético a la mesa, pero ella no estaba. Corrió hasta allí y les gritó:

—Cassandra, ¿dónde? ¿Dónde está?

—Jesús, Nathan—Brenda se llevó la mano al pecho, y los demás callaron—. Fue al baño…

—Sí—dijo Frank, y arrugó el ceño—. Joder, ya pasaron varios minutos.

No necesitó más. Voló al fondo del local, empujando sin ton ni son a los que se interponían. Las maldiciones atrás y más quejas le contaron que sus dos colegas venían justo atrás.

Cuando llegó a la puerta del baño femenino, golpeó una vez, y avisó de su entrada. Lo intentó, pero estaba cerrado por dentro.

Algo helado corría por sus venas, y los oídos zumbaban. *No, no, no, que no sea lo que pienso.*

—¡Despejen, es una situación de emergencia!—gritó Matt, arreando a los testigos aglomerados, y Nathan cargó contra la puerta.

Una, dos, tres veces, y esta estalló en pedazos de madera. Entonces la vio, y sus ojos se desorbitaron.

Cassandra yacía en un charco de agua y sangre. Inconsciente, su rostro lastimado y una serie de salvajes marcas en su cuello.

No, no, no. Fue hasta ella y se arrodilló, horrorizado, su entrenamiento golpeándolo entonces. Tomó su mano frágil y buscó su pulso. Ahí estaba, pero lento.

—¡Hostia puta!—murmuró Matt, angustiado—. Nathan, hay que mirar si tiene heridas graves.

Asintió, la garganta seca. Con extrema delicadeza retiró un mechón húmedo del rostro de Cassandra. Se obligó a hacer foco, y con pericia a pesar de sus dedos temblorosos, evaluó.

Su piel estaba helada, los labios amoratados, el cuello marcado por unas huellas que parecían hechos por un animal, no por un hombre. El ojo izquierdo amoratado anunciando que se cerraría por completo.

—Cass… —su voz salió rota—. Vamos, mírame. Respira conmigo.

Intentó moverla apenas, y ella gimió. Su pierna izquierda estaba en un ángulo extraño que le hizo temer estuviese fracturada.

No había hueso expuesto, para su alivio.

La culpa subió como un golpe al estómago. *Joder, si yo hubiese estado aquí. Un minuto antes. Treinta segundos antes.*

—La golpeó con saña… Hijo de perra—masculló Matt—. ¿Crees que…?—Nathan lo miró, y el latino señaló la blusa entreabierta, la falda subida, y Nathan vio rojo.

No, no, no. Sus ojos fueron a los muslos, que tenían marcas brutales de dedos. Pero las bragas estaban en su lugar. No quería imaginar el horrible panorama que se abriría si la había violentado.

No, no. No hubo tiempo, no hay signos de eso.

—El 911 fue contactado, ya vienen—dijo Dare, bajo—. Los paramédicos están llegando. Nate, tú ve con ella. Nosotros nos encargaremos de revisar las imágenes. Ese hijo de puta nos distrajo, y caímos como unos imbéciles.

—Subestimamos a ese hombre—dijo Matt.

—Alguien le avisa. Alguien cerca le pasa información—susurró Nathan, que tenía la mano de Cassandra entre las suyas, y le acariciaba el cabello.

—¿Va a estar bien?—la voz de Frank sonó rota, y le miró. Las lágrimas le corrían, y su mirada triste estaba fija en la mujer—. Díganme que estará bien.

—Frank, ve con los demás—murmuró Matt—. Pero haznos un favor antes. Dinos, ¿cuándo decidieron venir aquí?

El florista parpadeó.

—Es algo que hacemos cada mes. No es el lugar que elegimos habitualmente, pero Cassidy lo sugirió.

—¿Quién es Cassidy?

—La pasante, la nueva—contestó.

Nathan hizo una seña y Matt asintió.

—Quiero conocerla, vamos.

Darius se quedó bloqueando la puerta, controlando que nadie más entrara. Nathan permaneció arrodillado junto a Cassandra, midiendo cada respiración temblorosa, cada mínimo cambio en el color de su piel.

El agua del baño, de un grifo roto o quizá abierto en el forcejeo, seguía goteando, formando un charco que se mezclaba con sangre.

Los paramédicos entraron como un torbellino, y Nathan fue hecho a un lado. Uno palpó su pulso. Otro revisó sus pupilas y su cuerpo.

—Signos de asfixia. Contusiones en pómulo, ojo y miembros inferiores.

La ubicaron en la camilla y se movieron rápidos a la salida. Nathan les siguió y se coló en la parte trasera de la ambulancia, con la camilla.

—¿Es su esposa, su novia?

—Voy con ella—masculló en un tono que no aceptaba réplica.

Matt asintió desde la puerta, con el rostro desencajado.

—Ve. Nosotros nos encargamos del resto.

El trayecto en ambulancia fue un borrón de luces rojas y pensamientos filosos. Nathan le sostenía la mano a pesar de que estaba laxa.

Sentía cómo su propia respiración se sincronizaba con la de ella, como si al aflojar la suya, la de Cassandra pudiera encontrar un ritmo más estable.

Las siguientes horas fueron estresante, pero hubo noticias tranquilizadoras.

—No hay agresión sexual—dijo el doctor, firme—. Pero sí un intento claro de asfixia y múltiples golpes. Ha perdido el

conocimiento por la falta de oxígeno y el impacto. La pierna no está fracturada, pero los músculos están contracturados. Hay buen pronóstico.

Nathan cerró los ojos un segundo, el alivio consumiéndolo más que liberándolo. La sensación de culpa crecía, lo envolvía, y era amarga.

—Quiero verla. No dejaré que despierte sola.

El médico lo miró, evaluándolo, y finalmente asintió.

—Está sedada. Pero adelante.

La habitación estaba en penumbra, solo una lámpara tenue colgaba sobre la cabecera. Cassandra dormía, la respiración más estable, la piel salpicada de sombras amoratadas.

Nathan se sentó en la silla a un costado. No podía apartar la vista de su rostro. Del labio inferior partido. De las marcas en el cuello.

De la fragilidad de verla diminuta en la cama blanca, cuando hace dos horas reía, quitadas las barreras que la hacían solitaria.

¡Lo que había costado un descuido, perder su foco! Si no hubiese enfrentado a Santoro como en un duelo del viejo Oeste, dejándose distraer como un párvulo!

¿Por qué cojones no dejó que Matt y Darius se encargaran? Debió estar con ella.

Le acomodó la sábana. Se inclinó hacia adelante, apoyó el antebrazo en su rodilla y dejó caer la cabeza unos segundos, respirando para calmarse.

Perder la calma no ayudaba. Habían fallado, pero estaba viva.

Analiza. Reacciona. Ajusta. No te hundas. Alzó la vista justo cuando ella movió ligeramente los dedos.

Él le tomó la mano enseguida.

—Estoy aquí —susurró, apenas audible—. No vas a estar sola, ¿me oyes?

No sabía cuánto tiempo pasó así. Media hora. Una. Quizá más.

El golpe sutil en la puerta anunció a Darius, que tenía tormenta en los ojos. Fue a él.

—Fue Fabbri. Se coló apenas fui a dar apoyo, como una maldita sombra. Le di las imágenes a la policía, conté la situación. Van a querer hablar con ella.

—Deberán esperar—gruñó—. Dare, hay que avisar a Pipen.

—Está hecho. Viene en camino. Esto nos excede. Y Nate, esa mujer, Cassidy. Desapareció como si se la hubiese tragado la tierra.

—¡Maldición! ¿Cómo no lo vimos?

—Esto es como una herida que se infecta rápido, Nate. La información que manejábamos era que Santoro la acosaba. Que involucrase esbirros, que tuviese informantes… Excede. Es raro. Algo se nos escapa.

—Tenemos que abrir los malditos ojos, Dare. Ella está ahí porque no hicimos nuestro trabajo. Debimos… Debí…

Su voz y su expresión eran tormentosas, amargas, y Dare asintió.

—Nathan, te necesitamos enfocado y con perspectiva. Creo que…—carraspeó, y le miró serio—. Te lo estás tomando demasiado personal.

—¡No me digas qué hacer, Dare! Haz tu jodido trabajo. Cuando ella esté mejor, hay que sacarla de esta maldita ciudad! ¡Debemos averiguar qué pasa, qué más…!

La mano de Darius vino a su hombro y apretó, y Nate sopló, y cerró los ojos, respirando hondo para calmarse.

—Tranquilo.

Asintió, y volvió a la silla. Esperó un buen rato. Cuando Cassandra abrió lentamente los ojos y lo vio a su lado, sonrió débil, y Nathan le devolvió el gesto.

—¿Cómo te sientes?

Ella parpadeó y se removió, lo que la hizo tensar y gemir.

—Como si un tren me hubiese pasado por encima.

—Tranquila —dijo—. Estás a salvo.

Ella parpadeó, miró alrededor, luego a él, a su cuerpo. Luego lo miró, y el peso de sus ojos sobre él se le antojó insoportable. Ella apretó sus labios, y algunas lágrimas se le escaparon.

—Nathan… ¿Por qué me pasa esto? Tengo miedo. Ese hombre me dijo…

—Shh, Cass, tranquila, tranquila. Estoy contigo, no te dejaré un minuto.

—Creí que iba a morir—confesó, su voz un hilo tembleque, y a Nathan se le estrujó el corazón.

Joder, esto de sentir tanto era complicado. Hacía tiempo que no le pasaba que una mujer se le colara, que invocara cada instinto de protección, que le removiera de la inercia que la muerte de Amira provocó.

Su mano fue a la mejilla femenina, que acarició con dulzura, y acercó su rostro, conectando sus ojos a los de Cassandra.

—No vas a morir, Cass. No lo permitiría, jamás. Vas a luchar, y estaremos contigo. Yo estaré contigo en cada paso. Santoro y todo aquel que te haga daño va a pagar.

Capítulo 13

Cassandra cerró los ojos, abrumada. Se le mezclaban sensaciones y emociones. El olor aséptico de la habitación del hospital. El dolor sordo de su cuerpo que los calmantes apagaban.

La mano de Nathan envolviendo la suya y sus palabras que calmaban y la hacían sentir segura. Así había sido desde que le conoció.

Si lo pensaba, las cosas malas aumentaban cuando él desaparecía de vista. Tragó saliva, y se dejó arrastrar por la memoria de lo sucedido.

El bar estaba lleno, cálido, ruidoso. Frank, Brenda, Lucy, los demás… El grupo que había partido compacto de la oficina y llegó al lugar era de pura camaradería. Se reían con esa complicidad que aparece cuando ya no hay clientes pidiendo cosas imposibles.

Diversión, de esa que disfrutaba poco. Brenda contando la historia del novio vegetariano que dejó reseña de una estrella a una parrilla argentina. Frank imitando al señor Montgomery y sus ridículas exigencias. Shots. Bailar en el lugar con la música que sonaba. Reír feliz. Los after mensuales solían ser eso: explosión de color en su vida social gris.

Cocteles, y la convicción de que estaba a salvo, porque en el rincón alejado, estaba él. Vigilando, su mirada sobre ella. Vigilante, sin mezclarse. Alto, sólido, con ese aire de paz tensa que lo rodeaba.

Se distrajo, hubo más cotilleo y algún trago más, hasta que su vejiga no pudo más, y se incorporó para ir al baño. Miró hacía donde estaba Nathan, pero este iba hacia afuera. Era incansable, seguro iba a chequear el entorno.

<<Voy al baño>> avisó, dejando su bolso sobre la mesa.

Caminó entre la gente hasta llegar al de damas. Sonrió a la que salía e ingresó. Era limpio y amplio. Cassidy, la chica nueva, había dado un dato interesante. Una pena que no tuviera trabajo permanente para ella. Era callada pero eficiente.

Se lavó la cara, refrescándose las mejillas. Entonces escuchó el clic del cerrojo, y parpadeó. Se dio la vuelta. Había un hombre, y estaba bajando una máscara sobre su rostro. Se le cortó la respiración.

—¿Qué hace? ¿Qué quiere? ¡Váyase!

—Yo creo que no, Cassandra.

Se le paralizó el corazón. Este desconocido… Sabía su nombre. Y la miraba con una sonrisa torcida, los ojos brillando como si la escena lo divirtiera.

Cassandra se movió para alejarse, pero él avanzó.

—El señor S te manda saludos —dijo, como quien comenta el clima—. Dice que has sido una niña muy desobediente.

Cassandra sintió el mundo encogerse.

—No… ¡No!—gritó, y retrocedió hasta chocar con la pared. Él avanzó de prisa haciendo ruidos con su lengua.

—Tsk, Tsk. Has hecho enfadar a la persona equivocada, preciosa —susurró él—. Era tan simple como dejarte seducir, y hacer la vista a un lado. Pero no, ¡tenías que hacerlo difícil!

Ella intentó moverse, pero él la agarró de la muñeca con una fuerza aterradora, torciéndole el brazo. El dolor le subió hasta el hombro.

—Suélteme —jadeó.

La bofetada la sorprendió más que el golpe. La cabeza le giró, el sabor del metal le invadió la boca.

Luego la empujó contra los lavabos, y le aplastó la mejilla contra la porcelana fría.

Sintió la presión en su espalda, el control férreo, la intención de quebrarla moralmente más que físicamente. Las manos sobre ella, tocando, manoseando.

Sus piernas se doblaron bajo el miedo. Su respiración se volvió un jadeo roto.

—Grita, anda —se burló él en su oído—. Tus caballeros están ocupados. Santoro es un genio. La mano grande subió a su cuello y apretó, y Cassandra se resistió, pero él la apretó con el peso de su cuerpo, y la otra mano siguió tocando, rompiendo su blusa, y vino también a su garganta.

Su mundo se redujo a puntos blancos, a querer oxígeno. Intentó luchar, pero la fuerza se le fue como agua entre los dedos. El zumbido en los oídos aumentó. La vista se nubló.

—El señor S te quiere viva —dijo él, como si fuera un consuelo—. De momento. No ha terminado de jugar, y necesita tu empresa.

Soltó su cuello, la empujó, y su cabeza golpeó algo duro. La oscuridad se desplomó sobre ella.

Cuando despertó, estaba aquí. Con Nathan. Viva. Las lágrimas más gordas de su vida comenzaron a caer, silenciosas.

Él la consoló con caricias tibias y frases cortas, y Cassandra se regodeó en el brillo de esa mirada solo para ella.

Si él no se apartaba de ella, estaría bien. Pagaría lo que fuese, quedaría sin blanca, por esto.

++++

La Policía llegó al rato de recuperar conciencia. Respondió con seguridad, lo que pudo. El hombre tenía máscara. Hablaba del señor S, y si ella dijo con seguridad que era Santoro, que la amenazaba desde hacía meses, los oficiales fueron escépticos.

No había identificación segura, averiguarían de qué teléfono venían las amenazas, mirarían las cámaras e imágenes que el equipo Pipen les proporcionó, yada yada.

Nathan les dijo que su especialista había identificado al hombre con tecnología de reconocimiento, pero igual hubo escepticismo.

—Si no son pruebas admisibles, poco ayudarán.

La sensación fue que no podrían hacer mucho. Desencanto fue poco. Era víctima de un hombre que podía usar a otros para dañarla.

—No te caigas. Lo resolveremos, ¿vale? —dijo Nathan, que vino a ella apenas se fueron.

—Cassandra, ¿cómo estás?

Matt y Darius estaban aquí, y les sonrió como pudo.

—Jodida, al parecer.

—La cagamos, pero… Esto es más grande de lo que pareció al comienzo—dijo Matt, y ella parpadeó.

—¿Cómo?

—No deberían saber dónde estabas. Esa mujer que Frank nos dijo les llevó al sitio, Cassidy… No aparece. No hay información sobre ella, su ficha no es legal. La mujer que ha estado trabajando contigo no era quien dijo ser.

Ella se quedó muda de sorpresa.

—¿Quieres decir que…?

—Te llevó a una trampa. Santoro nos atrajo al frente, y Fabbri aprovechó el momento.

Helada era poco. ¿Cassidy era…? ¿No era…? No entendía.

—Pero, ¿qué está pasando?

—Esas frases que relataste… Lo que dijo tu atacante acerca de tu empresa… De que debías mirar para otro lado…—dijo Nathan, lento—. Esto es más que acoso a tu persona, Cassandra. Suena a algo más.

Ella parpadeó, y sacudió su cabeza. No entendía. No comprendía y quería que esto terminara.

Ella tragó saliva, sintiendo la quemazón interna.

—¿Debo esperar más ataques? Oh, Jesús… No podré pagarles por siempre. No tengo los medios

—¡Shhh, calma, calma! No te inquietes, respira—susurró Nathan en su oído, sus yemas acariciando su frente, su mejilla, y ella sintió el alivio de su cercanía—. Estaré aquí hasta que esto termine, te lo prometo.

Levantó la vista y Cassandra vio que hablaba en serio.

—Pero…—continuó, con la voz ronca—. Esta situación nos supera en este entorno. Necesitamos un impasse para que puedas recuperarte y para reagruparnos, para investigar sin que estés expuesta.

Ella lo miró, confundida.

—¿Qué… qué quieres decir?

Nathan respiró hondo, y por un momento, dudó.

—No puedes seguir trabajando como si nada pasara. Debes darte un tiempo.

Ella parpadeó.

—Hay eventos, compromisos asumidos. No puedo postergar… Mi reputación, mi ética de trabajo sería afectada. Mis ingresos…

—¿Dices que tus empleados no podrían hacerlo sin ti? ¿Que no podrías trabajar a distancia?

Ella se mordió el labio. Su empresa era ella, ¿o no? Aunque nada existiría si ella moría. Y su gente era eficiente, creativa.

—¿Dónde iría?

—Tienes familia, ¿no es así?—preguntó Darius—. Tal vez…

Negó, vehemente. Ni en sueños. No iría allá. Sería una tortura.

—Tengo un rancho, en Texas. De mi familia—dijo Nathan—. Es seguro. Entiendo que no es tu entorno, pero…

—Estarías a salvo mientras investigamos qué pasa—señaló Matt.

Ella les miró, pensando. No podía… ¿O sí?

—¿Cómo cambia esto el presupuesto?—dijo, encarando el punto que podría volver la propuesta prohibitiva.

—No lo cambia, señorita Marlowe.

La nueva voz la sorprendió. En la puerta había un desconocido. Un muy guapo, atractivo y enorme desconocido. Nórdico, eso parecía. Se tensó, pero vio que los tres no se alarmaron, por el contrario. Hubo satisfacción y saludos.

—Cassandra, este es Scott Pipen, nuestro jefe.

—Hasta que por fin me lo presentas—dijo ella, sorprendida, y hubo risitas.

—Encantado, señorita. Lamento las circunstancias, pero déjeme asegurarle esto: usted está bajo la protección de mis hombres, de mi empresa, y así será hasta que eliminemos la amenaza. Y no le costará un dólar extra.

Esto era inesperado. Miró a Nathan y su asentimiento fue lo que necesitaba. Irían a Texas, suponía.

Capítulo 14

El restaurante del hospital olía a desinfectante y a comida recalentada, y le traía los peores recuerdos. Nathan se sobrepuso al malestar y controló sus nervios, enfocándose en lo que debía hacerse.

Brenda estaba con Cassandra. Darius, Matt, Pipen y el mismo Nathan estaban aquí para analizar y planificar, y esto debía hacerse bien.

Con tazas de café que más parecía combustible, y los dispositivos abiertos con información enviada por Louie, imágenes de las cámaras, textos de diversas fuentes, trataban de armar el puzle que era el interés violento de Santoro sobre Cassandra.

Pipen lo evaluó de arriba abajo. Nathan sabía cómo debía verse: desvelado, desencajado, con ojeras marcadas como golpes.

—Te ves terrible—dijo su jefe, y Nathan resopló.

Así se sentía.

—No puedo con la culpa, Scott—respondió Nathan, la voz ronca—. La cagamos. Ella está lastimada, y es mi…

—Asumir la culpa de algo que está fuera de tus manos, o nublarte con emociones negativas no ayuda—cortó su jefe—. Ahora sabemos más; el panorama es más amplio del que tenían para actuar hasta ayer.

Eso era verdad. El costo lo sufrió Cassandra, pero… Pipen tenía razón, tenía que recuperar la calma.

—Louie está buscando referencias de esa pájara, Cassidy—añadió Matt, frustrado—. Es seguro que ella filtró dónde estarían, y me juego la cabeza que le facilitó la entrada al agresor. La puerta trasera se abre desde adentro, y los empleados de Cassandra dicen que la pasante se evaporó antes que su jefe fuera al baño.

—Hay que mirar más amplio—dijo Pipen, echándose atrás en la silla—. Hay que considerar que esos italianos están interesados en la empresa, no solo en Cassandra. Esto es más que obsesión física.

Nathan asintió.

—Los regalos, la vigilancia, la insistencia, eso encajaba. Pero esta escalada no. Acá hay varios actores, y la mafia italiana es una organización piramidal. No se plegarían al capricho de un hombre obsesionado—continuó Pipen, con la voz lenta, quirúrgica.

—Buscan amedrentarla, meterle miedo para manipularla. No van a cejar—murmuró Nathan—Aun así, la operativa falló. Yo fallé. Ella está aquí por mi error. Es de manual que no se deja descubierta a la persona que resguardamos.

Matt chasqueó la lengua.

—Nathan, no seas duro. Estamos evaluando qué pasó, y es un yerro grupal.

—Es mi responsabilidad —gruñó Nathan, levantando la voz —. Yo era la cobertura principal. ¡Yo dejé un hueco!

Pipen alzó una ceja.

—Lo has hecho personal—dijo, observándolo de hito en hito —. Esto sí que es nuevo.

—Lo es—dijo Darius—. Lo hemos visto, Cassandra no es la típica cliente para ti, Nate.

Nathan quiso negarlo, pero… No tenía sentido. Estos eran sus colegas, y sus amigos. Y mentirse o mentirles no ayudaba.

—Puedo ser profesional. No me quites de esto, Scott.

—Te ves y te sientes como la mierda. Llevas horas aquí sin moverte un centímetro. Nate, en este estado eres un mal jefe operativo. Demasiado implicado.

Nathan explotó.

—¡No voy a quitarme, Scott!

—No —dijo Pipen, con una calma cortante—. Pero vas a dejarle la tarea de planificar y coordinar a Darius.

Resopló, pero asintió. Scott tenía razón, se necesitaba lucidez, y su cabeza era un caos.

—¿Darius? ¿Qué dices?

Este asintió.

—Háblanos sobre Texas. ¿Por qué ir allá?

Nathan respiró hondo y tomó un instante para ordenar sus ideas. En su mente apareció con nitidez la imagen de la propiedad.

El rancho.

2.400 acres de terreno en el corazón del oeste de Texas, a una hora y media del pueblo más cercano, Palo Ridge.

—Es seguro, tiene espacio para el equipo, con comodidad. Los accesos son limitados y fáciles de vigilar. Mi familia conoce la región como la palma de la mano, y el sheriff es mi tío.

Un sitio tan pequeño que todo el mundo se conocía. La casa principal, construida por su abuelo, tenía habitaciones suficientes para recibir a medio pelotón.

Su padre vivía allí, igual que su hermano mayor, y entre la casa y las cabañas laterales había espacio de sobra para alojar equipo y carros.

El terreno colindaba con mesetas casi desiertas, un paisaje duro, hermoso, donde cualquier vehículo que se acercara levantaba polvo cinco minutos antes de ser visible; imposible que alguien llegara sin ser detectado.

Había un solo camino de acceso, y el resto era campo abierto, líneas de visión limpias, perfectas para vigilancia remota y puestos de observación.

Malik estaría seguro, y encantado de ir. Sería como respirar profundo para todos. Texas era su territorio, y el único en el que podía pensar donde Cassandra sería atendida con deferencia y calor, cuando vieran que él…

Que él se preocupaba por su bienestar. Tendría que advertirles que era una cliente, que no se hicieran ideas. Estaban siempre pendientes de si reconstruía su vida.

—Bien, me parece adecuado—dijo Darius—. Matt puede quedarse aquí y trabajar investigando en la empresa. Tenemos que entender por qué importa, qué buscan.

Matt asintió.

—Necesitaremos a Logan. Que instale su campamento en la llanura y patrulle. Estará fascinado. También a Louie para que ayude a Cassandra a trabajar remoto.

—Sí, eso es importante. Que vea que puede delegar sin que colapse su empresa. Necesita cumplir con contratos, y mantener el dinero ingresando.

Hubo un silencio.

—Voy a hacer de abogado del diablo aquí—dijo Pipen—. Darius me ha comentado que ella es obsesiva con ese tema. El dinero. ¿Estamos seguros de que esta situación no se generó por algún préstamo mafioso, por ejemplo?

Nathan contuvo el gruñido de protesta. Pipen cubría distintos ángulos, y tenía que hacerse. Pero no sabían lo que él.

—He escuchado a su familia demandando dinero. Le pedí a Louie que las investigara, no sé si ya consiguió la información. Creo que ella estudió con esfuerzo, se hizo desde abajo, y guarda para su futuro lo que no invierte en su compañía o envía a su familia.

—Correcto. Habrá que estudiar esa información, entonces. Muy bien, tenemos un plan. Nathan, ponte en contacto con los tuyos, y arregla todo. Nos vamos a Texas.

++++

El cuerpo dolía y mucho, pero había pedido que suspendieran los calmantes porque su cabeza se enredaba. Era su segundo día aquí y estaba que se salía por marcharse.

Necesitaba pensar, lamer sus heridas. Pero no quería estar sola, y por ello la visita de Frank y Lucy, que entraron a la habitación con flores y abrazos la conmovió hasta las lágrimas.

No se solía dar el espacio para ser consolada, para apreciar el soporte humano y regodearse en él. Eso estaba cambiando, claramente.

Punto a favor de la situación, suponía. Ver el vaso medio lleno era una manera de sanar.

—¿Segura de que quieres irte ya?—preguntó Lucy, inquieta —. Por favor, no quieras retomar el trabajo de inmediato, Cass.

—No lo haré, no en forma física—aseguró, y hubo suspiros de alivio—. Ey, ¿tan mala jefa soy?

—No, ¡qué va!—dijo Frank, cálido, tomando su mano—. Eres el cerebro y el corazón, aunque tengas este en stand by, querida. Pero tienes que tomarte el tiempo necesario. La joya de tus ojos no va a colapsar, puedes confiar en nosotros.

—Lo hago, lo hago—afirmó, y asintió con firmeza. Estos tres eran un equipazo, era ella la que no podía soltar—. Voy a necesitarlos más que nunca.

—Aquí estamos, Cass—dijo Brenda, sonriente—. Déjame a ese Montgomery a mí.

—¿Qué le diremos a los clientes? Siento que es como abandonar los proyectos en curso.

—Nada de eso—dijo Lucy—. Los eventos del próximo mes están listos, es cuestión de afinar detallitos. Y puedo actuar como CEO empoderada. Conozco la operativa al dedillo.

Asintió. No tenía dudas de ello. La posibilidad de alejarse un poco, de tomar distancia y dejar hacer era tentadora. Además de necesaria.

Nathan había sido claro, lo mismo los otros. La idea de que esos hombres pudiesen llegar a ella, otra vez, le ponía la carne de gallina.

—Confío en ustedes, son mi gente—dijo, y hubo Ahhh y Ohh.

—Lo somos. Ay, Cass, me siento culpable—dijo Lucy—. Yo contraté a Cassidy, y parece que es parte de esto… Del ataque.

—No, yo autoricé la contratación—respondió—. Necesitábamos ayuda, el problema con contaduría y el despido de Claudette…

El carraspeo grave anunció a Nathan, y Cassandra se sonrojó al percibir las miraditas que le lanzaron los tres, en especial el indiscreto de Frank.

Habían comentado lo atribulado que se veía él cuando la encontraron. Según Brenda, la cargó con un cuidado digno de un caballero, y no dejó su lado por horas y horas.

—Cassandra, están procesando los papeles del alta. Te llevaremos a tu piso para que puedas empacar lo esencial.

-Perfecto.

En media hora estaba saliendo en una silla de ruedas hasta el coche, y Nathan la ayudó a sentarse despacio, asegurando el cinturón con un cuidado casi reverente.

El alivio fue grande, aunque momentáneo. Pipen y Darius le explicaron detalles del plan, y ella pudo saber un poco más.

Irían al rancho de la familia de Nathan, y la idea de ir a sus raíces, de conocer su origen, su entorno, su familia, le picó la curiosidad. Claro que implicaba decisiones logísticas, como qué empacar.

Matt y Darius colaboraron, y Cassandra les observó. Algo había cambiado, decidió. El que hablaba más era Darius, la voz cantante.

¿Sería que Pipen había castigado a Nathan? Eso era injusto, ¿cómo iba a pensar él que una de sus empleadas colaboraría para atraparla?

Frunció el ceño y afinó su mirada. Sus dos maletas se cargaron y la condujeron al estacionamiento. Habría tenido nervios si no estuviese tan ansiosa de salir del radar de Santoro y sus mafiosos.

—Listo—dijo Darius—. Logan, Elijah y Louie nos esperan afuera, y nos custodiarán. Cassandra, Matt se quedará a investigar en tu empresa. Asegúrate de darle carta abierta—dijo, cortés.

—Bien. ¿Qué esperan encontrar?

—Lo sabremos cuando aparezca.

—Okay. Mm… ¿tú estás a cargo? ¿Por qué cambiaron las cosas?—interpeló, sin alzar la voz, pero con el ceño fruncido—. No creo que puedan culpar a Nathan por lo del bar…

—Cassandra, no pasa nada—dijo Nathan, calmo, pero ella miró a Darius muy seria.

El hombrón sonrió.

—¿Te resulta gracioso?

—No, pero quiero darte tranquilidad. Nadie culpa a Nathan, excepto él mismo. Esto es mero cambio operativo.

Ella se trepó al asiento trasero, y a su lado vino Nathan, que le sonrió y guiñó un ojo. Ella parpadeó, y miró adelante. La mirada de Darius en el retrovisor era penetrante sobre ella, pero lo ignoró.

Avanzaron en dirección de salida, tomando por las avenidas menos transitadas. Cassandra solicitó conectar su móvil al bluetooth

del vehículo para seleccionar música, y pronto estaban escuchando una de sus playlist.

Se recostó y cerró los ojos, y disfrutó unos minutos, hasta que llegó la llamada de Claire. La atendió sin desconectar, y por ello la voz de su hermana hizo eco en el interior del vehículo.

—Hola.

—¡Al fin! Pensé que me habrías bloqueado.

—No, para nada. Es que…

—He tratado de comunicarme contigo. Necesito más dinero.

Se quedó muda, y enrojeció. Darius y Nathan estaban en silencio, pero deseó que la tragara la tierra. Si desconectaba, seguro cortaba, y Claire se pondría como loca. Tenía que aguantar el chaparrón.

Capítulo 15

—Claire, estoy saliendo del hospital, no he tenido el móvil a mano. No puedo hablar.

—¿Por qué no? Estoy apurada, necesito… Espera, ¿dijiste hospital?—la voz de su hermana sonó indignada, no preocupada—. No me digas que te has hecho algún procedimiento estético. ¡No lo puedo creer! Aunque espera, sí lo creo. ¿Es una liposucción? Se te ve más gorda en las fotografías.

Cassandra se puso bordó.

—Me atacaron, Claire. Tengo hematomas por todo el cuerpo… Estoy en peligro.

Hubo un silencio breve.

—¡Siempre es el drama contigo!

—¡Joder, esto es increíble!

El sonido a su lado la sobresaltó. Nathan estaba muy serio, y había lanzado la frase entre dientes.

—Mira, mamá está fatal, llorando, dice que tienes dinero para caprichos y no para ayudar a tu familia-continuó Claire.

Las lágrimas empezaron a caer sin permiso. Lentas, silenciosas. La humillación de que otros escuchasen el tono, las palabras…

Nathan tomó el móvil de su mano, muy despacio, controlado, y ella batió sus pestañas, pero le dejó hacer.

—Soy Nathan Collins, guardaespaldas—dijo, con un filo helado en la voz—. La señorita Marlowe estuvo a punto de morir. No necesita reproches, necesita apoyo. Así que repita conmigo: *Voy a ser una buena hermana y un ser humano decente, y dejaré de hostigar a Cassandra. Voy a solucionar mis asuntos sin sangrar a mi hermana.* ¿Ha quedado claro?

Cassandra abrió su boca y la cerró, alelada. La animosidad en la voz, la impaciencia, la actitud combativa de Nathan era a su favor, no había doble lectura.

Se ponía de su lado y estallaba, dejando de lado cualquier tibieza, arriesgándose a que le mandara a tomar por culo.

—¿Quién te crees que eres? —chilló Claire—. ¡Cassandra! ¡Debes despedir a este hombre! ¡Es inaceptable! ¿Gastas dinero en protección? ¿Crees que eres una celebridad?

—¡Cállate, Claire! No vuelvas a llamarme, como no sea para comportarte como un ser con un mínimo de empatía. Y comienza a buscar trabajo,

Cortó. Por primera vez en años, fue ella la que dio la conversación por finalizada. Y se sintió brutal.

—Bien, bien—murmuró él.

—Van a explotar mi teléfono. Ella y mi madre—murmuró.

—Si me permite la intromisión—dijo Darius—. Para su salud mental, lo mejor es cambiar de número. Nos permitirá aislar problemas. Su familia la puede ubicar en la empresa, de ser necesario y vital. No parece ser el caso—murmuró.

—Sí, es cierto.—dijo.

Hubo un silencio por varios segundos.

—Cassandra, perdón. Me extralimité—dijo Nathan, pero ella lo miró y sonrió.

—Pues sí. Pero lo dejaré pasar. Nadie había puesto a Claire en su lugar antes.

—Es necesario que lo hagas, por lo que veo. No mereces que te maltraten.

Ella bajó la cabeza y asintió. No, no lo merecía, pero… Había inercias viejas difíciles de cortar. Tal vez cuando esto terminara se haría fuerte y pondría límites.

—Malik nos espera en el aeropuerto, me lo confirmó Matt, que habló con Isabel.

—¿Él viaja con nosotros? ¿No es peligroso?

—No, para nada. El rancho es zona segura, toda la región lo es—dijo Nathan con convicción en su voz—. Malik está muy entusiasmado, adora Texas. Será bueno para él, y para ti, ya verás.

++++

Avanzaban entre carriles congestionados camino al aeropuerto, pero ya se respiraba el aire diferente de la zona: menos peatones, más explanadas abiertas, hangares a la distancia, esa luz blanca y plana que dan las pistas.

Cassandra se aferró al cinturón cuando el coche aminoró para tomar la salida señalada por un gran cartel azul: AIRPORT ACCESS ROAD.

—¿Cuántas personas viajamos? ¿Vamos en vuelo comercial? —preguntó Cassandra, agitada.

Su cabeza estaba comenzando a sumar gastos, y solo los boletos ya era una cifra considerable. Sí, Pipen le indicó que no le cobrarían extra, pero imaginaba que los gastos sí correrían por su cuenta.

—No, es un vuelo chárter.

Abrió sus ojos grandes y se le enredaron las palabras. ¡Joder! Eso era prohibitivo.

—¿Rentaron un avión? ¿Cuánto cuesta eso?—preguntó, su voz más alta de lo necesario.

Darius y Nathan rieron.

—Tranquila. El avión es un préstamo, Pipen tiene amistades de alto nivel. Favores pagan favores.

—Okay, pero…

—Relájate, Cassandra. Pipen está furioso con lo que te pasó, y se considera en deuda. Disfruta de los beneficios—dijo Darius.

—No estoy acostumbrada—susurró.

En su mundo, conseguir algo tomaba tiempo y esfuerzo titánico.

—Relájate. No tienes que llevar las cuentas de Scott, se las apaña muy bien—le murmuró Nathan, acercándose.

—¿Qué cojones? ¿Qué mierda hace? ¡Cuidado!

El grito de Darius cortó el aire, y Cassandra levantó la cabeza con alarma, mirando afuera. Un coche venía disparado, salido como de la nada desde un acceso.

Fue como si un destello metálico se volviera gigantesco en milésimas de segundo. Lo siguiente que Cassandra supo fue que

Nathan se echaba sobre ella y el ruido de los motores, como rugido, lo llenaba todo.

—¡Puta madre!—El vehículo osciló, volanteado por Darius para tratar de evitar el impacto, y se sacudieron como muñecos—. ¡Cuidado, nos choca…!

No hubo más palabras. Sí el ensordecedor estallido del impacto directo en la parte trasera. De pronto, estaban dentro de una coctelera que giraba con violencia.

Cassandra sintió que se elevaba y caía, retenida por el cinturón, que le cortó el pecho. Su cabeza dio contra el reposacabezas. Fue como si el tiempo se detuviera, el mundo se inclinara, comprimiera, estirara.

Los airbags detonaron con un latigazo seco, y Darius gritó adelante. La luz se volvió blanca. Luego roja. Luego nada.

El chillido de las ruedas contra el pavimento dibujó un arco irregular que olía a caucho quemado y a gasolina. El auto se detuvo. O ella dejó de sentir el movimiento. No estaba segura.

Un zumbido llenaba sus oídos, era como si el aire temblara. Aturdida, trató de pasar revista a su cuerpo. Una voz sonaba, lejana, aunque acercándose. Entonces hubo un pop, y sus oídos volvieron a escuchar.

—¡Cass! ¡Mírame, Cass!

Nathan.

Intentó moverse. Un rayo de dolor le atravesó la clavícula. Dios, apenas se recuperaba, y zás, de nuevo. ¡Jodida suerte la suya! Mira que chocarlos cuando casi llegaban.

—Tienes que agacharte, cariño. Sí, sé que te duele, pero… Debes moverte… Al piso, Cass, ya vienen por nosotros.

—¿Quiénes?

Le miró, sin entender. Nathan sangraba en su frente, y su rostro era grave.

—¡Nate! ¡Atención, vienen armados!

Cassandra se movió con torpeza al piso del vehículo, y miró adelante. Darius cortaba el airbag a cuchillo y tenía un arma. Nathan peleó con la puerta, pero estaba trabada. Entonces tomó impulso y pateó. El metal cedió.

—¡Quédate abajo!—ordenó él, cubriéndola con su cuerpo mientras se erguía con el arma en la mano.

Cassandra gritó con terror cuando los disparos comenzaron. Primero, uno, que se convirtió en dos, tres, una ráfaga. El eco brutal rebotaba contra las paredes de hormigón del área de carga del aeropuerto.

Chispas volaron al impactar balas contra su coche, saltaron pedazos de vidrio. El aire se llenó de polvo, olor a pólvora y un pitido agudo que Cassandra no sabía si venía de afuera o de su propio cráneo.

Sondo de gritos, chillido de frenos, y más disparos.

—¡Llegó el apoyo, Cassandra! Tranquila, tranquila, estarás bien. Estaremos bien—murmuró Nathan, acomodándose—. Darius, reporte.

—En control. ¡Malditos hijos de puta! ¡Adoro esta camioneta, mira cómo la dejaron!—gruñó.

Cassandra parpadeó, y aceptó la mano de Nathan, que la ayudó a incorporarse.

—¿Estamos… estamos a salvo?

—Sí, tranquila.

Nathan la atrajo contra sí, y Cassandra cerró los ojos, y se dejó llevar. Su cabeza se posó en el hombro masculino, su cuerpo se apoyó en él, y la seguridad del abrazo fue tan divina como la calidez.

Era como una crisálida que calmaba, y olía jodidamente bien.

—Lo dicho. Esto no es simple acoso. La querían a toda costa.

Ella abrió los ojos y miró a Darius, que era el que habló.

—¿Dices que…?

—Hablaremos más tarde, debemos movernos—cortó Nathan, mirando a Darius con ceño fruncido—. Vamos a salir, Cass. Logan está aquí.

Se dejó guiar hasta el vehículo que les esperaba con las puertas abiertas. El llamado Logan tenía una expresión estoica, y también estaba Pipen.

—¡Vamos, vamos, vamos! El avión ya está listo y nos espera. Esos cabrones volaron apenas llegamos.

—¿Cómo sabían que veníamos aquí?—preguntó Cassandra mientras ascendía y se colocaba al medio del asiento trasero.

Darius y Nathan subieron a sus lados.

—Buena pregunta—masculló Pipen—. Lo averiguaremos. ¿Estás bien?

Ella parpadeó y se miró. Asintió. Sacudida, algo golpeada, con dolores viejos y nuevos. Pero viva.

—Esto sella el asunto, si tenías alguna duda, Cassandra. Te quieren a toda costa. ¿Por qué?

La pregunta de Pipen fue directa, y buscaba una respuesta que ella no tenía. Sacudió su cabeza.

—No lo sé, pero… No creo que sea porque Santoro quiere seducirme, ¿verdad?

—Tienes algo que él quiere—dijo Nathan, con suavidad.

Las miradas de todos estaban sobre ella. Acuciantes, hasta ¿sospechosas? Parpadeó.

—No sé qué quieren que diga. Organizo eventos, es lo que hago—se llevó una mano a la cabeza, temblorosa—. No entiendo, no entiendo qué está pasando.

—Vamos a calmarnos—dijo Nathan—. Cassandra ha pasado por mucho.

Su voz sonó final, y los demás asintieron, volviendo a mirar adelante. Ella llevó sus manos a su falda y las restregó una y otra vez, hasta que la palma de Nathan las envolvió, y apretó con tibieza.

—Todo va a estar bien. Ya llegamos.

Miró afuera y vio que pasaban por un gran portón y se detenían. El movimiento se duplicó: maletas que se cargaron al avión, la conducían por la escalera al avión, y Nathan la llevó a uno de los asientos.

Malik estaba allí, y le sonrió.

—Hola, Cassandra. ¡Nos vamos a Texas! Te va a encantar el rancho, ya verás. El abuelo es el mejor jinete de la región, y tengo un tío sheriff. Te enseñaré cada lugar, y te cuidaremos. Papá dice que los de ciudad son torpes…

—¡Malik!—dijo Nathan, y suspiró luego—. Eso no lo tenías que decir.

Cassandra sonrió, temblorosa, pero sentía que su estabilidad y calma volvían. Estaba a salvo. Estaba rodeada de hombres que la protegerían.

Urgía salir del radar de ese maldito hombre que le había vuelto la vida un infierno.

¿Qué quería con ella? ¿Por qué la perseguía? No podía entender, no podía.

Capítulo 16

—¡Llegamos!—dijo Malik, que se pegó a la ventanilla como una lapa, sus dos manitas sobre el vidrio.

Cassandra sonrió, y Nathan rio bajo, despeinando al niño al mesar su cabello.

—Acá estamos.

El coche redujo la velocidad al atravesar un arco de madera donde se leía *Palo Ridge. Desde 1893*. Las letras se veían gastadas por el sol texano y el tiempo, pero esto no le quitaba encanto.

Cassandra se reacomodó para observar la ciudad. La inquietud que le había invadido desde el atentado se había atemperado, pero su mente estaba alerta, expectante, esperando encontrar un escollo o peligro a la vuelta de cualquier esquina.

Aunque era difícil no ver venir algo en la diminuta población que se desplegaba ante sus ojos. Esta tenía que ser la calle principal. Un café con toldo rojo. una tienda de comestibles, una barbería, los comercios desfilaron rápido antes sus ojos al lado de casas y algún que otro edificio de pocos pisos.

Como era de esperar, los dos vehículos con vidrios polarizados llamaron la atención. Algunos hombres con sombrero, ocupados en cargar fardos o cajas en la parte trasera de sus camionetas, levantaron la vista un instante para seguir el paso del convoy antes de volver a lo suyo.

Una camioneta antigua, color óxido, se detuvo a un costado y el conductor asomó medio cuerpo por la ventanilla para mirar quién llegaba, más por costumbre que por verdadera curiosidad.

—¡El señor Reineer!—dijo Malik, y se volvió excitado para preguntar a su padre—. ¿Crees que el abuelo habrá podido comprarle el potro?

—No lo sé, pero lo dudo. Ese hombre es porfiado.

—¡Oh, espero que sí! El tío Sam me dijo que es de pura raza y sería muy buen semental.

El entusiasmo no solo era encantador, sino hasta un pelín contagioso. Mirar a padre e hijo interactuando era removedor, por otro lado. El amor que se leía en cada palabra, gesto… Maravilloso.

Los ojos grandes de Malik la miraron y sonriendo, le dijo:

—¡Te va a encantar aquí! Si quieres, le puedo pedir al tío que te enseñe a domar.

Se rio, aunque las risas de Darius y Nathan fueron más altas. Seguro se divertían a su costa.

—No creo que Cassandra pueda montar nada con esos tacones que usa.

Malik miró sus pies, calzados con unos Manolo de morirse, muchas gracias.

—Tendremos que conseguirte botas. Hay bonitas.

—Gracias, Malik, ya veremos—dijo, sin comprometerse.

Aunque no lo entendieran, ella podía caminar con diez centímetros sobre lava, así de entrenada estaba. De todos modos, había empacado un par de zapatillas, en una concesión extrema.

—¡Rollos de canela! ¡Compremos!

Dos mujeres salían de una panadería con bolsas de papel con la imagen de los rollos.

—Malik, siéntate, tendremos tiempo de venir otro día.

Cassandra sonrió más amplio ante el gesto de decepción del niño. Volvió a mirar afuera. Pickups entrando y saliendo de los estacionamientos, un chico cruzando con una caja de refrescos, otro regando la entrada de un local para bajar el polvo.

Normalidad. La escena tenía una serenidad difícil de explicar. No era el silencio; era la ausencia de prisa.

Ese ritmo pausado, orgánico, que contrastaba con el de Nueva York, donde hasta el aire parecía apurado.

Cassandra podía sentir la calma. La atmósfera del lugar, regando sus nervios exaltados. Este era un pueblo pequeño, vivo, sin pretensiones.

Un rincón de Texas con mucho encanto, admitió, sorprendida por pensar así en medio de un viaje que no había elegido.

—Es como entrar en una cápsula del tiempo—dijo Darius.

—Hay más actividad de la que parece—dijo Nathan.

En un tris tras estaban dejando atrás el pueblo, y el paisaje se abrió como un abanico ancho de pasturas doradas, robles retorcidos y cercas de alambre que se perdían hacia el horizonte.

—¡Abre, Dare! Vamos a oler.

Vaya si olía. A tierra húmeda, a resina, flores. Un viento cálido entró por la ventana entreabierta y le acarició la sien, tan distinto al filo grisáceo del viento urbano.

—Falta poco —dijo Nathan, su voz más tranquila que nunca.

Ella giró, asintió, y se le quedó mirando un instante. Se le notaba más suelto. Su postura distendida, sus hombros relajados, el rostro sereno. Estaba llegando a su casa, y su cuerpo lo sabía.

El camino de tierra terminó ante una reja abierta, y un rancho de dimensiones imponentes se reveló ante ella: casa principal de madera clara, porches amplios con mecedoras, dos graneros rojos, corrales, un tanque de agua elevado, y el sonido de relinchos al fondo. Una postal, pero viva.

Apenas el coche se detuvo, la puerta principal se abrió. Un hombre grande, de barba entrecana y ojos del mismo tono que Nathan bajó los escalones con paso seguro.

—¡Bienvenidos, mis muchachos!—tronó.

Abrazó a Nathan, que palmeó la espalda al abrazar de vuelta, y hubo palabras bajas que Cassandra no escuchó. Malik fue envuelto y elevado, y su rostro fue un poema.

—¡Abuelo, te eché de menos!

—¡Pero aquí estás! En buena hora. Necesito ayuda de un niño hábil como tú.

Era fascinante. Cassandra devoraba la imagen de estos tres… Cuatro ahora, porque un hombretón tan alto como Nathan salió y se unió. Una versión más joven de Nathan, con una sonrisa más abierta.

—¡Tío Sam! ¡Llegué!—gritó Malik, corriendo a abrazarlo.

—¡Eso veo, campeón!

Hubo un complicado saludo de manos de varias partes entre ambos. Darius, Logan, Pipen, Elijah, Louie y ella formaron la audiencia del reencuentro familiar. El padre de Nathan vino a ellos

—Muchachos, sean bienvenidos. Esta es su casa.

—Gracias por aceptar nuestra venida—Pipen estrechó su mano—. Veremos de no molestar.

—Para nada, para nada—La mirada profunda y evaluadora vino a ella, y la sonrisa franca se hizo más ancha—. Señorita Marlowe, Nate me habló de usted. Lamento mucho su situación, pero aquí estará en paz.

—Señor Collins…

—Jonas—dijo él.

—Jonas, gracias por su ayuda.

—Los amigos de Nate son los míos.

Detrás de él vino Sam, que saludó con simpatía y se quitó el sombrero frente a ella con galantería.

—Gracias—contestó emocionada.

Esta gente abría su hogar para ella, y lo hacían con alegría.

—Tenemos que enseñarle a montar, a pescar, a llevar el ganado…—Malik comenzó a listar actividades.

—Me veré mejor en esas sillas observando el horizonte—dijo ella, y hubo risas.

—Sam, muestra a los muchachos dónde dejar sus juguetes—dijo el mayor

La actividad les envolvió: el equipaje de mano fue clasificado para que el de Nathan, Cassandra y Malik quedase en la zona principal, y los demás llevaron el suyo, además de las maletas con tecnología y armamento, a una construcción enorme en las proximidades.

—Ven, Cassandra, vamos adentro—dijo Nathan.

La puerta volvió a abrirse. Una mujer de piel tostada por el sol, cabello recogido y sonrisa cálida apareció, limpiándose las manos en el delantal.

—Tú debes ser Cassandra. Soy June, la esposa de Sam—dijo —. Bienvenida, cielo. Aquí estás en casa.

Le cayó de maravilla. Saludó con cortedad, abrumada en parte por las demostraciones. La llevaron adentro, rodeada por conversaciones, risas y un murmullo amable que contrastaba con los últimos días de terror.

La habitación que le asignaron era amplia, luminosa, con cama enorme cubierta en un edredón azul, una cómoda blanca y una ventana que daba a un campo donde pastaban vacas tranquilas. Había una jarra de agua fresca y flores silvestres en un jarrón rústico.

Cuando la puerta se cerró, y quedó sola, se sentó en el lecho y apoyó las manos en los muslos. El silencio la envolvió, uno suave, que no oprimía. Esta soledad era momentánea. A su alrededor el rancho bullía con actividad y personas que estaban de su lado.

Capítulo 17

Se abocó a desempacar, con calma. Luego, se cambió. Jeans, una sudadera, y las zapatillas. Una versión sencilla de sí misma. Tal vez la real. Aquí no necesitaría trajes sastre y taco aguja.

Un golpe leve en la puerta llamó su atención.

—¿Puedo pasar?

Era Nathan. Se apuró a dejarle entrar.

—¿Cómo te sientes?—preguntó, acercándose despacio.

—Estoy bien. Es hermoso aquí. Entiendo lo emocionado que está Malik.

Nathan sonrió y meneó la cabeza.

—Venimos menos de lo que deberíamos. El tiempo pasa rápido.

—Sí—Hizo una pausa, y por un instante pareció que ninguno sabía que decir—. Gracias por esto. Por protegerme, por traerme a tu hogar.

—No tienes que agradecerme. Lo hago con gusto. No quiero que nada te pase.

Ah, esa intensidad de mirar. Cassandra podía imaginarse cosas… Que no tenían razón de ser, se fustigó. *Lo contrataste, está siendo profesional y más*.

—¿Cómo estás, de verdad?

Se sentó en el lecho, y él vino más cerca.

—Confundida. Con la mente enredada. El atentado, Santoro, lo que pasó en el bar…

Movió su cabeza, y le miró. Error, no era buena idea. Esa expresión reconcentrada en ella, que la evaluaba y parecía tan enfocada, interesada…

Cassandra podría caer por esas pequeñas demostraciones de empatía, confundirlas. No sería la primera vez.

Recuerda Boston, y a Zack. Creíste que estaba interesado, que te cortejaba. Resultó que te necesitaba como tutora para salvar

cursos. Así que espabila, tonta.

—Has pasado por mucho, pero… Va a terminar, y estaré… Estaremos a tu lado hasta que eso ocurra.

Ahí estaba, el plural. Clarísimo. Él era la Agencia Pipen, nada más. Nada menos. Le estaban salvando el pellejo.

—No entiendo qué quiere de mí. Me doy cuenta de que ustedes creen que podría estar ocultando algo, pero…—Se le quebró la voz—. De verdad no sé qué pasa.

Nathan dio un paso más y se acuclilló. Le tomó el mentón para elevarlo. Joder, esto no colaboraba. Su piel no razonaba, y a la jodida le gustaba que la tocara.

—No creo que ocultes nada, Cass. Algo ocurre, pero sé que no sabes qué es. Lo descubriremos.

Su pulgar acariciaba la línea de su quijada, un masaje suave del que tal vez él no era consciente en su intento de llevar calma. Tortura y gusto, eso le provocó, y le dejó hacer.

Pequeños gestos como eso eran escasos en su vida, ¿cómo no atesorarlos, aunque fuesen confort al saberla frágil?

Por alguna razón su psiquis eligió este instante para revelarse, y un sollozo la ahogó, y luego otro y otro, que no pudo contener. Su cuerpo se sacudió y se abandonó, sin hacer caso a su mente que gritaba:

¡Contención! ¡Contrólate! ¡Eres una mujer grande, no llores como una niñata!

Nada, nada de caso. Sus lagrimales secretaban como si fabricaran en serie y en cadena. Tal vez tenía muchas lágrimas en stock, acumuladas, reprimidas.

Lo siguiente que supo es que él la abrazó, y el calor de esos brazos fuertes la envolvieron. El pecho era firme, sólido, un refugio inesperado.

Se sintió divino. Quiso perpetuar la sensación, embotellarla para saborearla luego. Los espasmos disminuyeron de a poco, sus ojos se fueron secando, y un suspiro largo dio cierre al espectáculo de sí misma que acababa de brindar.

—Ey, tranquila, Cass… Desahógate, sí, así… Estás bien, estás conmigo. Aquí estás segura—susurró él—. No voy a dejar que te

pase nada.

Consuelo físico, frases comprensivas, oído atento y espacio para quebrarse y recuperarse, eso le brindó Nathan, y ella dejó que ocurriera. Se dejó consolar.

—No quiero sonar como una niña—dijo en voz baja—. Seguramente estás pensando que soy frágil, inútil…

—No, y no digas eso de ti misma. Eres fuerte, decidida, enérgica, pero estás bajo amenaza y presiones. Has resistido.

—No soy tan fuerte como pretendo, y pedir ayuda es… Brutal.

—Necesario. Diste el paso, nos contrataste. Toda la Agencia está para ti. Yo estoy para ti.

—Eso es bueno. Solo me siento segura contigo.

No debió decirlo. No pretendió hacerlo. Se le escapó esa verdad. Él solo asintió, como si fuese natural.

—*Estás* segura conmigo.

Acercó su rostro, y las respiraciones se mezclaron. Sus miradas se pegaron, el ritmo de sus pechos se acompasó al pegarse. Un movimiento pequeño, ínfimo, que bastó para electrizarla.

Sus labios estaban peligrosamente cerca y sintió que le vibraban. ¡*Bésame, bésame, bésame!* parecían decir.

Nathan inclinó la cabeza, se acercó más, y Cassandra cerró sus ojos, esperando la boca sobre ella, desesperada.

No llegó. En el último instante él retrocedió. Cassandra le miró, sorprendida, frustrada, y luego avergonzada.

¿En qué estaba pensando, provocándolo? *No estabas pensando, querías… Te ganaste esta pequeña humillación.* El rostro masculino estaba tenso. *Bonito, Cass. Hiciste las cosas raras.*

—Lo siento—murmuró él, pasándose la mano por el cabello con frustración feroz—. No sé qué me pasó. Esto… No es profesional. No estoy pensando. Lo siento, Cassandra.

Ella asintió, aunque algo dentro de su pecho se encogió. Eso era ella, una tarea profesional. La cliente. ¡Qué ridícula al pretender más!

—Lo entiendo—dijo, forzando un tono neutro—. Descuida, estoy con las emociones a tope.

El golpecito en la puerta los interrumpió, y disolvió la situación, para su alivio. Nathan se incorporó, y ella dio permiso para ingresar.

—Cass, ¡ven! —Malik irrumpió feliz—. Te quiero enseñar a Luna, mi yegua. Te va a gustar mucho.

Cassandra sonrió, agradecida por el respiro, y asintió. El niño la tomó de la mano y la tironeó, impaciente. Salieron juntos, la situación quedó atrás, y Cassandra se dejó envolver por el entusiasmo infantil.

Malik la llevó al corral, orgulloso. La yegua era blanca moteada de gris, dócil, de ojos grandes. Cassandra la acarició con suavidad, sintiendo por primera vez en días un destello de paz.

El abuelo Collins apareció para apoyarse en la cerca.

—Esa yegua escoge bien a la gente—dijo, guiñando un ojo —. Si te deja tocarla, vas por buen camino.

Cassandra sonrió, ruborizada, agradeciendo la calidez. Miró y vitoreó a Malik, que montó con soltura, lo ayudó a cepillarla. Luego, caminó por el rancho. Era un mundo distinto, pero no le disgustaba.

Vacas en la distancia, vaqueros trabajando, voces mezcladas con acentos suaves. El cielo se extendía como una bóveda inmensa que no conocía edificios. Luego de un rato, dio la vuelta.

Divisó a Logan, Darius y Pipen reunidos, conversando en voz baja. Junto a ellos, Louie escribía frenéticamente en una láptop.

—Cassandra—la invitó Pipen al verla—. Necesitamos hablar un momento.

Ella avanzó hacia ellos.

—¿Estás bien?

—Sí. Todavía un poco sacudida, pero bien.

Pipen apoyó las manos en la mesa.

—Tenemos que revisar algo que mencionaste hace días. Tu ex contadora. La denuncia interna que presentaste.

Cassandra frunció el ceño.

—No entiendo qué tiene que ver la situación de Claudette con Santoro. Fue hace meses—Suspiró—. En verdad fue feo, y nos dejó un caos administrativo. Pero la denunciamos y frenamos el problema. Supongo que en algunos meses deberé declarar.

Louie negó con la cabeza.

—No fue solo caos. Estuve buscando, indagando. Esa mujer no está en prisión, ni hay denuncia.

-¡La hice!

-La barrieron los federales. Parece que ella fue más que una contadora que hizo fraude a tu empresa.

—Pero… No puede ser. Es decir, era poco ortodoxa, y la descubrí modificando boletas, inflando costos, pero…

—Fue mucho más que eso. El FBI la detectó como parte de una operación más grande. Creemos que lo está indagando más. El punto es… Tu empresa fue usada para mover fondos triangulados. Es un patrón que encaja con operaciones de lavado.

Cassandra se quedó helada.

—Pero yo… yo corté eso. Cambié las políticas, exigí nuevas auditorías…

—Y ahí—interrumpió Darius, serio— es cuando Santoro empezó a interesarse en ti.

Parpadeó. Sí, los tiempos coincidían. Pipen la miró con gravedad profesional.

—Cassandra, puede que no seas un capricho suyo. Puede que seas un obstáculo muy caro.

Ella sintió cómo se le aflojaban las rodillas, y se sentó en el escalón del porche. Su empresa… La compañía que era su creación, el esfuerzo de su vida… ¿Usada para lavar activos?

—Pero… ¿Cómo puede ser? Soy exitosa en mi ramo, pero es una empresa pequeña.

—Ideal para utilizar como pantalla. Con el plus de que ni te enteras, y no levantas sospechas.

—Entonces, todo este tiempo… ¿Lavé dinero para esos italianos?

—Sospechamos que sí.

Su cabeza daba vueltas. Era una criminal, entonces. La iban a descubrir, iba a ir a prisión.

—Respira, respira—la voz de Nathan, que no supo de dónde salió, la urgió a tomar aire.

No se había dado cuenta de que no estaba oxigenando. En su defensa, parecía que la habían metido en una peli de suspenso constante con ella como bolsa de boxeo.

Capítulo 18

Nathan inhaló hondo el aire tibio de la mañana. Ese olor que lo remontaba al pasado. Polvo, heno fresco, cuero curtido y un leve rastro de sol tostando la madera del corral.

Texas tenía un modo de meterse bajo la piel. Le aflojaba los hombros, le bajaba la guardia, le devolvía una paz básica, elemental, que Nueva York jamás lograría.

Se apoyó en la cerca mientras su padre y su hermano guiaban a las reses hacia el pequeño redil. Hoy tocaba revisión de marcas y vacunación, tarea simple pero que exigía manos firmes y reflejos atentos.

—¿Cómo van, hijo?—preguntó su padre sin mirarle, agarrando al ternero por la grupa y sujetándolo con una habilidad que el tiempo no diluía.

—Bien—respondió Nathan, cogiendo una jeringa y preparándola—. Ya viste a Malik. Está enorme, además de feliz.

Su hermano soltó una carcajada breve.

—Crece como los hongos. Y ese carácter… —chasqueó la lengua—. Es un Collins por tres costados. La herencia de Amira crece en él con gentileza. La manera en que trata de ayudar a esa mujer.

Nathan sonrió, y asintió con orgullo. Así era su hijo, sí.

—Jodido asunto con esta mujercita, ¿eh? —añadió Sam, apoyando el antebrazo sobre el lomo de una vaca adulta mientras su padre avanzaba hacia otra.

Nathan asintió, más serio. Los problemas de Cassandra crecían, y con ellos su necesidad de cuidarla. Y de besarla, al parecer.

No, no iba a ir a eso. Tenía que concentrarse. Quería, pero no se podía. Ahí estaba, reconociendo las cosas. Maduro, profesional.

—Bonita mujer —añadió su hermano, tono neutro, como quien comenta el tiempo.

Hundió la jeringa en el flanco del animal, sin contestar. Este cateto estaba de pesca, y quería averiguar. No le daría el gusto. Pero Sam era imparable cuando quería saber.

—Te he visto muy protector con ella.

Sopló. *Cotilla.*

—Malik cree que te gusta —remató Sam, dándole un pequeño codazo en el costado.

Nathan resopló, irritado.

—Es una cliente.

Su padre alzó la vista por primera vez. Ojos penetrantes. No necesitó más de tres segundos.

—Siempre has mentido mal—sentenció, ajustándose el sombrero—. No pasa nada si te gusta, Nate. Ya es tiempo, hijo.

Un golpe, seco, directo a donde dolía. A su memoria, a su pasado. Nathan tensó la mandíbula.

—No mezclo mi vida personal con el trabajo.

—¿Trabajo? —Sam soltó una risa incrédula—. No le quitas los ojos de encima. Ni siquiera lo intentas. Y ella te mira como si fueras el único capaz de mantenerla en pie. June ya se dio cuenta.

Nathan no dijo más, e hizo el gesto para que dejaran pasar más ganado. Su cabeza, no obstante, no abandonó el tema.

Había verdad en cada palabra, maldita sea. Ayer, cuando casi la besó, cuando sintió su respiración en su boca, casi claudicó.

Ese segundo suspendido en el que su cuerpo clamó por acercarse. Esos labios suaves, temblorosos, que parecían pedir refugio. El deseo ardió como un latigazo. Ayer y ahora. Se obligó a apartar la mirada del recuerdo.

—No voy a proceder—dijo, más para convencerse a sí mismo que a ellos—. Sí, me gusta, me interesa, pero… Tengo que pensar en mi labor, en Malik. Es pequeño, no quiero llevar a otra mujer…

Su padre volvió a su tarea.

—Amina descansa en paz—murmuró, sin dureza—. No la traicionas por seguir vivo. Ni por querer algo bueno para Malik. Hijo, tu vida no terminó con la suya. Es humano querer.

Nathan cerró los ojos un instante. El nombre de Amina aún tenía filo. Pero no dolía como antes. Era una cicatriz, no una herida abierta.

—El sheriff dice que está tranquilo el pueblo—dijo Sam, cambiando de tema—. Si Santoro quiere acercarse, lo sabremos en un santiamén.

Nathan asintió, agradecido por el cambio de tema. Sam presionaba, pero sabía cuándo dejar de hacerlo. Pero mientras terminaban la revisión del ganado, la certeza se asentó.

No era solo su trabajo o su instinto de protección lo que sentía por Cassandra. Eran emociones más personales que crecían en silencio, como la hierba en las grietas del concreto, inevitables.

Cuando dio por terminada la labor, se acercó a la construcción que sus colegas habían tomado como oficina. Había estado más temprano pero les encontró en tarea de búsqueda de datos y organización.

Louie, Pipen y Elijah. Darius y Logan estaban en terreno, reconociendo. Pero Pipen había establecido que las 16.00 era el horario de reunirse. Cuando llegó, encontró a Cassandra al borde del ataque de pánico, y se apuró a su lado, alarmado.

—Respira, hondo. Eso, vamos otra vez.

Cuando logró que recuperara ritmo, su mirada ceñuda se posó en los tres que estaban en distintas poses de alarma, y Pipen hizo un gesto de preocupación.

—Vamos adentro—indicó, y la ayudó a subir.

Ella se desprendió con suavidad, recomponiéndose con celeridad, y su rostro granate mostró que estaba avergonzada. Otra vez volvía a mostrar inquietud por dejar que las emociones la ganaran.

Y levantó su pared de mujer dura, su faz muy seria, el mentón elevado en porfiado gesto.

—Quiero saber todo con detalle—dijo, demandante.

Pipen elevó la ceja y Logan carraspeó, mientras Darius miraba a Nathan y le hacía un gesto, e igual Louie.

—Debes aplacarla. Se enteró del lavado de dinero.

Así que lo veían como el encargado de calmarla. ¡Cómo si pudiese domar sus emociones! Eso le gustaría, pero ella haría lo que quisiera.

No, no. Sabes que está asustada y no reacciona bien. Has visto cómo es debajo de esta actitud. *Como es de verdad.*

Nathan sopesó su estado de ánimo, sus emociones. ¿Se retiraba, y se proclamaba uno más en la Agencia? ¿Se apegaba a su rol y dejaba que Pipen se encargara? Sería lo correcto. Lo lógico.

Pero no era lo que quería. Su padre tenía razón. Había pasado mucho tiempo solo, creyendo que se lo debía a Amina, a Malik. ¿Quién podía llenar ese hueco? La había querido, la echaba de menos. Le había dolido.

Tuvo ligues sin consecuencias; el sexo no había sido problema, no había faltado. Era desahogo sin hondura. Sin conexión. Nadie destacó. Solo esta mujercita que se atrincheraba detrás de una persona engreída que bordeaba la rudeza lo había conmovido.

Le había hecho sentir que quería, que deseaba, que necesitaba más. ¿Renunciaba, lo negaba?

Sería tonto, además de inútil. Ya la tenía bajo la piel.

—Cassandra, vamos a hablar con claridad. No tienes que sentir que te presionamos o te culpamos de nada.

—¡Obvio que no siento eso! No hice nada malo, y…

Le tocó el brazo, suave, y le sonrió. Ella pareció desinflarse, y aceptó la silla que Louie le alcanzó, así como el vaso de agua que Darius colocó en su mano. Bebió unos tragos y le miró, asintiendo.

—Okay, Okay. Disculpen—dijo con contrición—. Me exalté.

—Nada que disculpar, es natural que te sientas desbordada —dijo Nathan, que se sentó a su lado, y no soltó la mano que todavía tenía sobre su brazo.

Miró a los otros, y les vio focalizados en el contacto, sus miradas sobre los dos.

Elijah, que había entrado en algún momento, y estaba fuera de la vista de Cassandra, hizo gestos ridículos, abrazándose y tirando besos, y lo asesinó con la mirada, para luego ignorarlo.

—Cassandra, no debes preocuparte. Si el FBI tuviera un caso contra ti, lo sabrías. Habrían golpeado a tu puerta. Les habríamos

visto vigilando—dijo Pipen.

Ella asintió.

—Es probable que tu ex contadora tenga las pruebas que necesitan, y por ello no consideraron ir por ti. O tal vez esperan a la reacción de Santoro para actuar.

—¡Pues se toman el tiempo del mundo! ¿Es que no es suficiente con lo que ha pasado?—dijo, indignada.

—Difícil saber qué hacen. Lo que si creemos es que Santoro tiene la idea de que tu ex contadora desapareció, y que dejó pistas de cuentas en tu empresa.

—Yo no sabía qué hacían a mis espaldas. ¿Pistas en el sistema? ¿Cómo no lo hackearon, simple como eso?

Louie rio, y las miradas fueron a él.

—No hay simpleza en hackear. Tienes muy buenos firewalls, los comprobé.

—Contraté al mejor. Siempre hago eso, para todo. Es la manera de lograr buenos resultados.

—Por eso nos elegiste, claro—dijo Elijah, guiñando un ojo, y Cassandra sonrió.

Punto para el insufrible cateto, pensó Nathan.

—Santoro necesita algo que cree que tú tienes—sentenció Pipen—. Hemos de averiguar qué es.

—Y es lo que haremos. Matt se encarga en Nueva York, haremos desde aquí el resto. Cassandra, aprovecha para descansar. Más tranquila tal vez recuerdes algo, un detalle, un comentario, de esa contadora y el momento en que la pescaste en manejos turbios —determinó Nathan.

Ella asintió, pensativa.

—Bien, no hay mucho más por hacer. Salvo disfrutar de esa comida texana que nos prometieron—señaló Darius, frotándose las manos.

—Oh, lo harán. No hay nada que mi padre y mi hermano disfruten más que deslumbrar con su encanto texano—aseguró.

Capítulo 19

El gran galpón estaba iluminado con calidez, lámparas de metal colgadas de vigas gruesas. Sobre las mesas largas había bandejas con brisket ahumado, costillas que se desprendían del hueso, frijoles especiados, pan de maíz dorado y ensaladas frescas servidas en cuencos enormes.

El aroma del ahumador entraba como una caricia pesada y deliciosa. Había cerveza artesanal, té helado, y una botella de whisky que alguien había puesto en el centro, por si las historias lo ameritaban.

Y sí, lo hacían. Elijah y Sam se enzarzaron en una discusión sobre pesca, cada uno exagerando sus hazañas hasta niveles casi mitológicos. La cabeza de Malik iba y venía como si presenciara un partido de tenis.

—Yo una vez pesqué un bagre tan grande que casi me arrastra hacia el fondo del río—decía Sam.

—Por favor—bufó Elijah—. Ese *bagre*—Hizo gestos de entrecomillado—*,* seguro era la tapa del contenedor de basura del rancho.

—Ya quisieras. Comimos por una semana, ¿no es así, June?

La mencionada revoleó sus ojos, y sonrió, sin comprometer testimonio. Las risas estallaban en oleadas. Cassandra, que comía despacio, se divertía como nunca.

De vez en cuando, alzaba la mirada para observar a Nathan, que estaba a unos metros, conversando con su padre. Y que la miraba de vuelta vez tras vez, como si adivinara que sus ojos lo enfocaban.

El ruido, la comida, el calor del lugar, todo contrastaba con su vida agitada, con Nueva York y sus exigencias, con su familia que demandaba mucho y le daba nada, con Santoro y sus maniobras oscuras.

Era muy distinto aquí, y le gustaba. O le gustaba la gente. Abierta, directa. Familia de sangre o elegida que se cuidaban. Porque los hombres de la Agencia eran colegas, pero se les notaba que la amistad entre ellos era estrecha.

Se cuidaban las espaldas. Se divertían, bromeaban, colaboraban.

Estaba tan cómoda. Rodeada de gente que era desconocida hasta hacía bien poco. Pero no podía pensar en un lugar mejor. Así que comió, rio, y disfrutó.

Esa noche durmió profundamente. Por horas. Sin sobresaltos. La mañana siguiente la encontró descansada y con hambre.

Bajó la escalera, bostezando, y encontró silencio. Cuando vio la hora, se dio cuenta de que era tarde. Aquí la gente salía a trabajar al alba.

En la cocina grande del rancho estaba June, lavando trastos.

—Buenos días.

—Hola.

Le trajo la jarra y le sirvió café caliente en una de las tazas grandes. Además, le acercó un platillo con dos bollos caseros que parecían recién salidos del horno.

Luego, se sentó a su lado y charlaron. June era cálida, directa, encantadora, y le hizo muchas preguntas acerca de su vida en Nueva York.

—Es mi sueño ir allá algún día. Como turista, por supuesto. No me veo viviendo en una ciudad tan grande donde estás rodeada de desconocidos apurados.

Tenía un punto muy válido. Después de platicar un rato y ante la pregunta acerca de dónde podía comprar algo de ropa más adecuada al sitio, June se ofreció a llevarla al pueblo.

—No quiero hacerte perder tiempo.

June negó, con una sonrisa.

—Para nada. Me encanta la idea. Te asesoraré, porque esas zapatillas de ciudad no te van a durar un día acá.

En una hora estaban entrando a una tienda con un gran letrero metálico. Cassandra probó jeans más resistentes, una camisa

de franela que le quedaba sorprendentemente bien y unas zapatillas cómodas.

June la convenció de mirar botas y sombreros. Se resistió dos minutos, pero se rindió.

Hicieron una parada en un local pequeño lleno de plantas colgadas y mesas de madera clara, sede de los mejores batidos y jugos de la región, a decir de June.

Cotillearon con humor suave, y luego de un ratito, el tema se movió de personas del pueblo, de la propia June y su esposo, a Nathan.

—Mi cuñado es un hombre estoico, pero ha sufrido. Ha criado a Malik con amor y responsabilidad, a pesar de su soledad. ¿Sabes que no ha tenido una relación estable desde que Amina murió? ¡Tan triste!

—Malik es encantador, un dulce.

—Me parece que piensas igual de Nathan—le dijo, observándola.

No había mala intención en la frase, pero Cassandra se sonrojó.

—No… Somos… Es mi guardaespaldas.

—Pero te gusta.

Suspiró, y dudó antes de asentir. Pero lo reconoció.

—Sí. Mucho más de lo que debería. Estoy un poco vulnerable, sé que es tonto…

—¿Por qué? Hay personas que nos impactan de entrada, y por algo es, creo yo. Como si estuviese destinado a ser.

—Suena romántico, e irreal. Sé que él es totalmente profesional y no…

—Oh, por favor—dijo, sonriendo—. No hay nadie alrededor de ustedes que no esté esperando a que se den cuenta de lo que les pasa.

Sorbió su batido con lentitud, pensativa.

—¿Tú crees que él podría estar interesado? Porque no quiero crearme falsas expectativas, con su pasado, su hijo y el contrato de protección de por medio.

—Sí que lo creo. Sam dice que lo nota más abierto, mirando adelante y no atrás. Y no deberías inquietarte por Malik. Le escuché ayer hablar con mi suegro, y decirle que su padre está tardando demasiado en conquistarte.

—¿¡Qué!?—abrió su boca grande.

June rio ante la expresión azorada de Cassandra.

—Ese niño va a ser un hombrecito seductor. Está convencido de que lo que conquista a una mujer son los detalles.

—¿Malik dice eso?

—Lo dice demasiado. Y no sabe guardar un secreto —rio June—. Nathan es sólido, como todos en su familia. Vale la pena conocerlo de verdad.

Cassandra bajó la mirada a su café, sintiendo una oleada tibia en el pecho. Ella quería eso. Tal vez June tenía razón. Y Malik.

++++

Al regresar al rancho, Nathan la estaba esperando, y puso las manos en las caderas al mirar las bolsas. Cassandra abrió la que tenía las botas, que le mostró, y él asintió.

—Bonitas, y adecuadas. Perfectas para la salida a la que te venía a invitar: un paseo por el rancho.

—Excelente—dijo June, que sacó el sombrero de otra bolsa de papel—. Aquí, para que tengas el estilo completo.

—Bien, voy, a menos que sea a caballo—contestó, y él negó.

—Usaremos una de las pick-ups.

Fue a cambiarse el calzado y la blusa, felicitándose por lo oportuno de sus compras. Cuando salió, él la miró con intensidad de cabeza a pies, como si no pudiese evitarlo, y un calorcillo bonito nació en el pecho de Cassandra.

June tiene razón, lo has visto, aunque quieras poner distancia con excusas. Él te mira con un interés que excede al de un guardaespaldas. Date la oportunidad de ver si esto avanza.

Subió al vehículo y avanzaron entre los caminos de tierra que serpenteaban entre praderas abiertas.

El paisaje cambiaba con cada curva: campos ondulantes, arroyos estrechos que brillaban como espejos rotos, encinas retorcidas que parecían esculturas naturales. Los pájaros cortaban el aire con chillidos secos, y el viento llevaba olor a pasto, tierra y sol.

Minuto a minuto, la tensión de Cassandra se iba disolviendo. Aquella belleza áspera tenía efecto medicinal.

Llegaron a una elevación natural desde donde se veía el valle extendiéndose hasta tocar las colinas lejanas.

—Acá estamos. Mi lugar más preciado.

Cassandra bajó del vehículo despacio, girando sobre sí misma como si buscara almacenar cada imagen.

—Es precioso —susurró—. ¡Qué lugar para crecer!

—Sí. Sam y yo tuvimos una infancia y una adolescencia soñada. Yo decidí probar otras sendas, pero siempre vuelvo.

—Cuando las raíces son tan buenas, ¿cómo no?—susurró ella.

—No es tu caso—afirmó él más que preguntó.

—No, no lo es. Tú escuchaste a Claire. Es mi hermana menor. Cree tener derecho a todo.

—Y eso incluye al fruto de tu trabajo.

—Es… complicado. No quiero sonar como una quejica.

—Como dijiste, la escuché. Y no fue la primera vez. En ambas ocasiones me pareció insufrible.

—Mi madre la malcrió. Hizo lo contrario conmigo. Somos hijas de distinto padre, pero ninguno de los dos se mantuvo en contacto. Nuestra madre es… Difícil.

—Vi cómo te afecta. Tú vales muchísimo, Cassandra. Mereces el respeto de ambas. Máxime cuando viven de tus aportes.

Sí, ya lo pensaba ella, pero se le complicaba cortar, poner límites con ellas.

—Cuando Claire termine sus estudios podrá trabajar y mantenerse. Mientras tanto…

—Cassandra, habla con Louie. Él tiene algunos datos que te van a sorprender.

Parpadeó.

—¿De qué hablas?

—Ve con él. No te traje acá para hablar de eso. Ven, sentémonos. Este aire no existe en la ciudad.

—Es tan sano que temo afecte a mis pulmones—sonrió ante su tonto intento de chiste—. La verdad es que no la echo de menos. Para nada.

Cerró los ojos y dejó que las fragancias de flores silvestres, de los árboles en floración, le llenaran los pulmones.

++++

Nathan no respondió. La observaba. Encantadora, así se veía. Camisa de franela que destacaba su piel, que ya tenía un ligero bronceado en rostro y brazos. El sombrero cubriendo su cabello suelto, y las botas que la elevaban menos que los tacones, pero le sentaban tan bien.

El rancho ya estaba haciendo maravillas con ella. La gente, también. ¿Cómo no relajarse en este sitio? ¿Cómo no divertirse con las ocurrencias de Malik, con la calidez de June, la hospitalidad de los suyos?

Se sentó sobre la hierba y él se tendió sobre su costado. Estuvieron en silencio unos segundos.

—Te quería decir…

—Quiero que sepas…

Las frases chocaron, y los dos se detuvieron.

—Tú primero—dijo ella, y él negó, dándole prioridad.

—Mm. Okay… Aquí voy—Pareció que se aleccionaba, y sus mejillas se colorearon—. El otro día, cuando casi—carraspeó. Él asintió, solemne. Parece que estaban pensando en lo mismo—. Me sentí… Me fustigué un poco, no pretendí hacerte sentir incómodo, o que pienses que soy una descarada que no sé mi lugar.

¡Oh, joder, no, no! No la iba a dejar pensando esto. Se incorporó rápido y le tomó la mano.

—No, Cass, no sentí incomodidad. Sentí deseo, simple y llano—Ella abrió su boca, y su mirada se fue allí, a esos labios tentadores—. Me gustas, ¿está bien? Mucho, y me frené porque no era apropiado. Es cruzar un límite, y no quiero faltar a mi deber.

—Puedes faltar sin problemas—susurró ella, y se encarnó—. Si quieres…

¿Quién era esta mujercita tímida que afloraba y eclipsaba a la engreída? Esta era la mujer real, que pretendía ser, y que se exponía para él.

Y le daba acceso, permiso, así que no tenía más que pensar. A tomar por culo la profesionalidad.

—Cass, voy a besarte.

—Bien.

Se movió por el pasto hasta que sus muslos chocaron con las rodillas de ella, que estaba sentada con los pies cruzados. Sus miradas se pegaron, y él coló una mano por detrás de su cabeza y otra por su espalda, atrayéndola a su pecho, elevándola.

Una posición tal vez incómoda, pero que puso sus labios a su disposición. Y los besó, vaya si los besó.

Su boca devoró la femenina, sin perder tiempo. Era tibia, pulposa, húmeda, y con cada segundo que sus labios se sorbieron, su cuerpo vibró.

Ella besaba de vuelta, y hacía sonidos pequeños de placer que elevaron el momento y lo hicieron sensual de cojones. El cuerpo prendido, así se sentía, encendido como un árbol navideño.

Su lengua ingresó suave y acarició la de Cassandra, la exploró, y que gustaba lo demostró que ella estaba casi en su falda, abrazada a su cuello.

Nathan se abandonó a sentir, como no hacía desde hacía mucho tiempo.

¿Cuánto tiempo sin besar? Cinco años, ni más ni menos. Desde Amina.

La rodeó por la cintura y la atrajo hacia él, decidido a hacerlo valer. Ella se aferró a su camisa, buscando más, abriendo el pecho para él.

No supo cuánto duró, pero no fue breve. Ni casto, ni tibio. Fue calor devorador. Cuando se separaron, respiraban como si hubieran corrido kilómetros.

Eso no impidió que las bocas volvieran una sobre la otra, como si ahora que se conocían a fondo, encontraran más motivos

para aliarse.

—Nathan… —susurró ella, luego de un rato—. Me gustas muchísimo.

—Perfecto. Somos dos.

Él apoyó la frente en la de ella, cerrando los ojos. Esto se sentía bien, muy bien. Acarició su cabello, y su boca fue al cuello de Cassandra.

—Tu piel es tan suave. Quiero…

El sonido del móvil los interrumpió, y él suspiró al revisarlo.

—Malik quiere ir a pescar. Dice que Elijah le dio unos consejos—suspiró, y meneó su cabeza—. Esto va a ser bueno.

—Debes ir—susurró ella, y él asintió, incorporándose, y le tendió el brazo.

Cuando ella le tomó la mano, él la tironeó con suavidad y la apretó contra sí.

—¿Vamos? A Malik le va a encantar que lo veas.

Esperaba que su voz no demostrara su esperanza, pero tal vez su expresión lo hizo. Quería que Cassandra y Malik se entendieran. Si esto entre ellos iba a funcionar, si tenían una chance de algo duradero, eso no era negociable.

Cassandra asintió, sonriendo, y Nathan sonrió con satisfacción.

Capítulo 20

La mesa larga del comedor había quedado convertida en un centro de operaciones improvisado: portátiles abiertos, cables, auriculares, una pizarra y el zumbido constante del rúter rural que apenas podía con todo aquello.

Louie tecleaba como poseído. Pipen observaba en silencio, brazos cruzados. Logan y Darius revisaban las armas y la lista de turnos de vigilancia. Cassandra estaba sentada al lado de Nathan, expectante.

Matt estaba en la pantalla, en una conexión desde Nueva York.

—¿Me oyen?—preguntó, con el ceño partido en una línea preocupada.

—Alto y claro —respondió Logan.

Matt soltó el aire con un gesto que no auguraba nada bueno.

—Vale. Me temo que tenemos un problema. Y es gordo.

Cassandra sintió que el estómago se le anudaba. Nathan, sentado junto a ella, ladeó la cabeza, atento.

—Anoche —continuó Matt— alguien entró por la fuerza a la oficina de tu empresa. Las alarmas no sonaron, y no hubo guardia nocturno por dos horas. Algo que fue premeditado, porque investigué. El guardia fue atacado cuando entraba. Pero eso no es lo más grave.

El pulso de Cassandra comenzó a golpearse contra su cuello.

—¿Qué… qué se llevaron? —preguntó ella.

—Nada físico —explicó Matt—. Pero accedieron a tu servidor, y lo supe porque fui el primero en llegar luego de Frank, que se encontró el desastre en la mañana y me llamó. Escuchen, accedí al historial. Intentaron ingresar a tus cuentas. No es buena cosa tener un cuaderno de claves en el escritorio, Cassandra.

Ella se encarnó.

—Las más importantes no están ahí.

—No, pero te limpiaron veinte mil de la que accedieron. E intentaron usar esas claves para ingresar a una cuenta espejo en un banco extranjero.

—Yo no tengo un tipo de cuenta así—negó.

—Oh, sí, y aquí van los datos.

Todos miraron a Louie, que miró el chat de la llamada y copió datos en su dispositivo.

—Lo tengo… —murmuró, luego de segundos, moviendo la pantalla para que vieran los gráficos.

—Habla, Louie, ¿qué estamos viendo?

Louie se pasó una mano por la cara.

—Es una cuenta de respaldo. Creada hace unos tres años por alguien de administración.

—Claudette. Mi ex contadora… —susurró Cassandra, sintiendo que un escalofrío le bajaba por la espalda.

—Sí —confirmó Louie—. Miren, muestra unos cientos de dólares. Pero el historia—Una serie de números aparecieron, y Cassandra abrió sus ojos muy grandes—. Se utilizó para mover dinero. Mucho dinero.

—¡Dios! Esas cifras son siderales. Mi empresa está muy, muy lejos de eso.

—Acá pueden ver las transferencias trianguladas desde proveedores y eventos.

—Esos no son proveedores que conozca. Y esos eventos… No existieron—confirmó Cassandra.

—Hubo un retiro masivo hace cuatro meses. En setiembre. A una cuenta de las Islas Caimán.

—Por esa fecha fue que comencé a sospechar de ella, la confronté…

—Y la pájara vació la cuenta. Seguro que pensó que podía irse con el dinero y dar esquinazo a Santoro.

—La denuncié de inmediato, la sorprendí—murmuró Cassandra.

—Eso es, se quedó con el dinero de Santoro, y este cree que lo tienes tú—dijo Darius.

—Dios mío. ¡Si cree que tengo esos millones de dólares, va a buscarme por cielo y tierra!—Ella se cubrió la boca con la mano, los ojos abiertos de puro pánico—. Tengo que volver —dijo de pronto—. Tengo que aclararlo, tengo que explicar al FBI, a la Policía. No pueden pensar que tengo ese dinero.

Nathan sintió un pinchazo en el pecho. Había puro terror en su voz.

—No vas a volver—dijo, más firme de lo que pretendía.

Ella lo miró, herida, desafiante, vulnerable.

—Es mi empresa, Nathan. Mi carrera. Y está en juego mi vida. Tengo que aclarar.

—Eso no tiene sentido—dijo Nathan—. Si Santoro te atrapa, no va a creerte.

—Cálmate, Cassandra—intervino Pipen—. Nate tiene razón. Tú no puedes volver a Nueva York mientras ese cabrón te tenga en la mira. El lavado de dinero, las cuentas en el extranjero, eso es crimen organizado. No van a creer en tu transparencia, a sus ojos tienes ese dinero.

Cassandra pasó una mano por el cabello, respiración agitada.

—Esto es un desastre. ¿Qué voy a hacer?—musitó.

Nathan se inclinó hacia ella y tomó sus hombros con gentileza, sin importarle que los demás miraran.

—Cass—susurró—. Acepta que tienes una diana en tus espalda. Y no voy a llevarte de vuelta para que ese hombre te atrape.

Ella apretó los labios. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero las contuvo a pura voluntad. No caerían en público, lo sabía Nathan; era demasiado orgullosa, demasiado entrenada para no mostrar grietas.

Louie volvió a hablar, más serio que nunca.

—Lo que está claro es que Santoro y la ex contadora estaban conectados. Él lavó dinero a través de tu empresa sin que lo supieras. Y cuando cortaste la situación de cuajo, ella transfirió los fondos. Y los va a tener escondidos tanto como pueda, amparada por el FBI.

—¡El FBI tiene que saber que su presunto testigo es una ladrona, que me metió en esto!

—Probablemente lo sepan, pero les sirve Santoro, el premio mayor.

—Seguro que no están ni cerca de atraparlo—gruñó Elijah.

—Está bien claro por qué escaló la violencia. No era acoso ni obsesión romántica. Era pura codicia.

Cassandra apretó su mano con fuerza, aferrándose como quien evita ahogarse.

—Vamos a neutralizar esto. Contactaré al FBI. Louie, rastrea ese dinero. Necesitamos saber adónde lo transfirió la ex contadora. Matt, Louie te enviará datos para que vigiles los lugares donde Santoro podría estar. Tenemos que saber si sigue allá. Por acá, reforzaremos la vigilancia. Solo por las dudas.

La reunión terminó cuando ya anochecía. Nathan salió, y esperó a Cassandra, que hablaba bajo con Louie.

La esperó en el porche del rancho, y cuando la vio venir, le sorprendió verla tan furiosa. Su rostro la denunciaba, el paso veloz.

¿Por qué pasó de abatida a furibunda en un tiempo tan corto? Algo no estaba bien.

—Cass… —dijo él, despacio.

Ella le miró. Tenía el gesto duro, y las manos le temblaban.

—No sé qué te dio derecho a hacer que investigaran a mi hermana, pero…

No se dejó amilanar por el tono, porque supo de inmediato qué le pasaba. Él se alistó para más. Más frases cortantes, más indignación, más…

Empero, ella pareció sin palabras, superada. La información hablaba de traición, de abuso y deshonestidad, y dolía mucho.

Ella parpadeó, abrió y cerró sus puños, agitada. Debajo de la ira vio la herida. Así que hizo lo único que podía.

La abrazó, fuerte, brindándose para ella. Si quería golpearlo, desquitarse con él, decirle frases hirientes, que así fuera.

No pasó, porque ella se quebró casi de inmediato.

—¿Cómo pudo hacerme esto?—Su voz era un susurro pleno de desencanto—. ¡Engañarme así, usarme! Y mamá fue su cómplice

todo el tiempo. ¿Por qué? ¿Por qué?

La atrajo más, contra su pecho, dejando que empapara su camisa. Angustia. Desazón. Corazón roto por aquellas que debían cuidarla más.

Nathan apretó sus dientes y lamentó haber traído esto a Cassandra. Si él no hubiese pedido a Louie…

Le tomó la mano y la tironeó con cuidado. Estaban en exposición aquí, y si la gente que les rodeaba era discreta, ella se sentiría avergonzada cuando volviera a tener control de sus emociones.

Lo siguió por la escalera arriba, y vio que su padre les observaba desde la puerta de la cocina, e hizo un gesto de entendimiento.

Llegaron al pasillo, y la condujo a la habitación, cerrando tras de sí. Solo entonces le habló.

—Lo lamento, Cass. No debí inmiscuirme, tienes razón. Me indigné cuándo la escuché la otra vez, y quise comprobar… No tenía el derecho, dices bien.

El llanto quieto empezó a medrar, hasta que ella suspiró y apartó su cabeza de su pecho, y le miró. La decepción hablaba volúmenes en sus ojos.

—Todo este tiempo, creí que estudiaba. Esperaba con ansias el día en que culminara la carrera. No es que lo esperara pronto, imaginé que con su dinámica le tomaría tiempo, pero… ¿Que no hubiese superado el primer año y abandonara? ¿Que ni siquiera buscase un empleo y se dedicase a nada?

Louie había sido exhaustivo, y le fue fácil determinar que Claire Marlowe no estudiaba ni trabajaba, y algunas de sus redes sociales (las que Cassandra no miraba, probablemente), mostraban su vida de fiestas, las compras de lujo, incluso viajes.

—Que nos engañen es doloroso—dijo él, acariciando su cabello con ternura.

Esta emoción tan fuerte que le hacía querer disolver su dolor, llenar su decepción, le era desconocida. Era necesidad, pura y llana.

—Es más que eso, Nathan. Es abuso. Se prendió a mi como una garrapata, succionando, exigiendo, demandando, haciéndome sentir que se lo debía porque soy rica, según ella, y eso es porque ella cuida a mamá.

—Tu madre es habitué de casinos, Cass.

—Me lo dijo Louie. Comen en restaurantes, viajan… ¿Sabes lo peor?—Levantó su rostro y movió su cabeza lento—. Si me hubiesen dicho que querían hacer algún viaje, o que Claire no quería estudiar, lo entendería.

—Oh, pero no enviarías tanto dinero, y se acostumbraron a vivir de ti. Pero escucha, escucha—Le tomó la cara entre sus manos, gentil, y la besó con suavidad para enfocarla—. Tú estás pasando por una situación muy jodida, tienes que centrarte. Esta es tu vida, y la decepción es grande, pero lidiarás con ella más adelante. Estás desconectada de ellas, y puedes estarlo tanto como quieras. Ellas dependen de ti, no al revés. Que se cocinen en el caldo de la inseguridad y la necesidad. Son mujeres sanas y fuertes, es hora de que trabajen por lo que quieren o desean.

—Increíblemente, en el fondo me pesa, me siento… Culpable.

Negó, vehemente.

—Has sido la mujer más buena, pero hay que poner límites. Pero no hoy, ni mañana. Tómate tiempo, Cass.

Ella asintió, e inspiró hondo, haciendo un mohín.

—Gracias. De verdad, gracias. No sé cómo has sido tan comprensivo, dulce incluso, con la manera tan agresiva como me comporté al inicio.

Él sonrió, e hizo un gesto.

—Mm, cuando te vistes de prepotente engreída, eres difícil. Pero me bastó estudiarte un poquito para ver que eres pura fachada para cubrir tu sensibilidad.

Ella tragó saliva.

—Comportamiento aprendido. Necesario para conseguir mis metas.

—Pero has aprendido que no necesitas ser así conmigo. O con mis colegas.

—No, no lo necesito. Tú, los otros agentes, tu familia… Me hacen sentir cómoda. Tú me haces sentir segura.

—No tienes que pretender conmigo. Te veo, y me gusta lo que percibo.

Cassandra tragó saliva. Esa frase era una declaración, y le hacía sentir entera. La mujer insegura en ella, la que vivía escondida, se solazaba en la sensación hermosa de ser vista y apreciada por Nathan Collins. Demasiado.

—Estoy cansada de pretender, de fingir que puedo sola.

—No estás sola —dijo, con certeza profunda.

Sus ojos conectados brillaban, y los brazos eran un cepo del que Cassandra no tenía intenciones de escapar. Quería olvidarse del entorno, de los problemas, del miedo y la decepción.

Quería que Nathan continuara explorando facetas suyas que habían quedado a un lado, fruto de las decepciones románticas, laborales, mundanas. Quería sentir, con él.

No quería salir ilesa de él, así el dolor viniera al final. No podía pretender un mañana con un hombre consagrado a la memoria de su esposa y con un hijo pequeño.

—Nathan… Quiero sentir. Quiero olvidar esto—susurró—. Ayúdame.

Los pulgares acariciaron sus pómulos, uno de ellos delineó su boca, y él miraba tan intenso que Cassandra temió quemarse con ese fuego, y bajó los suyos.

—Mírame —pidió él.

Ella obedeció.

—Dime lo que quieres —susurró, último intento inútil.

Ella respondió sin dudar.

—A ti, completo. Quiero que me folles.

Capítulo 21

Nathan hizo un sonido que fue como un gruñido, y su boca respondió con acción, no con palabras. La besó con hondura, usando su lengua como estilete para abrir sus labios. Sabía besar, vaya que sí.

Su boca la invadió al completo: sus dientes mordisqueaban, su lengua suavizaba el abuso, sus labios succionaban los suyos, y el proceso recomenzaba. Encendía. Revivía. La ponía incandescente y necesitada, y eso era perfecto.

Cassandra se aferró, lo atrajo hacia sí, como si temiera que fuese a desvanecerse. Su boca respondía con hambre, con urgencia, con gratitud. Nathan deslizó una mano por su cintura, ascendiendo por la curva firme de su espalda.

—¿Estás segura?—susurró.

—Es de lo único que estoy segura—respondió.

Nathan llevó sus manos a los glúteos firmes, que apretó con suavidad, y luego acarició sus caderas y su abdomen, para llegar a sus senos.

Sus dedos desabotonaron mientras sus labios se regocijaban con la piel de su cuello, su lengua dibujando su clavícula derecha, luego la izquierda.

—Preciosa—murmuró al abrir la camisa y dejarla expuesta a su mirada.

El sostén de encaje hacía un trabajo maravilloso levantando los pechos medianos, y la boca quiso probar. Pero sus yemas se adelantaron, ágiles para ir a la espalda y desabrochar.

Quitar las prendas fue un instante, y Cassandra quedó desnuda de cintura para arriba. La mitad perfecta de reloj de arena se le pegó a los ojos, y la necesidad aumentó. La polla pulsaba en su pantalón, lo urgía a seguir, demandaba satisfacción.

Sus manos fueron a la base de los senos, y los elevó un pelín, mientras su cabeza bajaba. La diferencia de altura era notoria,

así que sin más, la elevó, y ella rodeó su cintura con las piernas como si llevara años haciéndolo.

La llevó contra la pared y pegó sus pelvis, frotando con suavidad mientras su boca se hacía una fiesta con los pezones de color rosa viejo que se convirtieron en un fiero moka, humedecidos e imposiblemente duros.

Ella gemía. Las terminales erógenas en sus picos debían estar despertando otras, y redobló esfuerzos. La quería desatada, desesperada, como lo estaba él por follarla, por hacerla suya. No haría las cosas a medias, sin embargo. Nathan era un perfeccionista.

—Nate…—gimió ella, y él se apartó un momento.

Era la primera vez que usaba el nombre por el que la gente que lo quería lo hacía, y se sintió especial.

—Cass…

La dejó resbalar por la pared hasta que tocó el piso, y aprovechó para quitarse la camisa por la cabeza, y luego sus manos forcejearon con el cinto, torpes. Estaba más nervioso de lo que creía.

Cuando tuvo éxito, fue ella la que tomó la iniciativa y le bajó jeans y bóxer, quitándoselos de las piernas, y los colocó en el piso, arrodillándose sobre ellos.

Nathan desmesuró sus ojos al sentir los labios deslizarse por su glande y luego por el largo de su polla dura como roca.

Cerró sus ojos, inspiró y los abrió de nuevo. Ni en sueños se perdería el espectáculo de Cassandra succionando su miembro con ritmo suave y un poco inseguro.

No era una fellatio profesional, ella no podía ir más allá de la mitad de su verga, pero se sentía como el mejor oral de su vida.

Graznó al sentir sus manos en sus muslos, anclándose para mejorar la postura. Nathan acarició su cabello, suave, y la dejó hacer.

Las sensaciones tenían a sus testículos en alerta máxima, y no pudo controlar sonidos, aunque los suavizó. No había necesidad de enterar a todos de lo que pasaba aquí.

Pura magia sexual, pero rodeada de emociones que la hacían más profunda.

Se iba a correr, y no servía. Sería puta gloria, pero era ella la que necesitaba ser agasajada, mimada, follada.

—Cass… Oh, joder, me estás llevando al límite. Cariño, quiero hacerte lo mismo, te dije que te ayudaría.

Ella parpadeó y la retirada de su boca fue una pena, pero Nathan tenía el próximo paso en mente. La tomó por la cintura y la llevó a la cama, donde la depositó, y se acuclilló, volviendo a sus pechos para adorarlos con su boca.

Pero se conminó a buscar el premio mayor, y su lengua trazó la recta desde el escote a su ombligo. Cuando sus dedos abrieron el pantalón y bajaron este, el tanga más sexi emergió.

Gruñó, como un animal en celo, y elevó sus piernas, quitando el jean. Luego, le dio la vuelta y amasó sus posaderas. Tentadoras, pálidas, apenas cubiertas por la prenda diminuta en rojo sangre.

Sus dientes marcaron uno de los globos, sin apretar, y sus manos desgarraron la prenda. Ahora sí, estaba desnuda al completo, un plato delicioso que comenzó a degustar sin pausa ni prisa.

Su lengua fue a la base de los glúteos, y llegó a la zona posterior a la vulva. Pasó un brazo por debajo de su abdomen para que elevara sus caderas. Tuvo visión del canal rosa en toda su gloriosa extensión.

—¡Ahhh, Nate, Jesús!—gimió, y él sonrió con placer.

Su lengua no era tímida, y trazó el largo tibio de su intimidad, pasando lento por su vagina, rodeándola, entreabriendo los labios mayores y explorando los menores. La zona palpitaba, húmeda, cálida, abrazando su boca, recibiéndola.

Los jugos aumentaron, y le supieron divinos, porque hablaban de una excitación que crecía y crecía.

La dio vuelta con habilidad, y ella, dúctil en sus manos, se abandonó a ser manipulada con cuidado. Tuvo primer plano de su pubis, que estaba depilado sin exceso.

Deleite mayor, porque enredó algunos dedos en los vellos y estiró la zona. Allí, escondido como una gema, estaba el premio. El clítoris.

Lo dicho, él era un perfeccionista. Solo las más exquisitas sensaciones para esta mujer que le comía la cabeza y lo ponía a diez mil.

Su lengua, que había sido pala, se volvió estilete, y punzó en el pequeño bulto, con ritmo cierto. Los gemidos aumentaron, y le encantó sentirla desarmarse.

—Nate… Si sigues…

Oh, podría seguir, pero…

—¿Quieres que lo haga?

Ella tragó saliva, pero negó.

—Fóllame, Nate. Quiero el paquete completo. Lo necesito.

¡Dios, lo que le hacía! Se incorporó, y ella reptó hacia el centro del lecho, su mirada brillante, loca.

—No tengo condón, Cass. Hace mucho que no… No tengo.

—No importa. Tomo la píldora. Para estabilizar mis períodos.

—Estoy limpio, aunque hace mucho que…

—Menos charla, más follar, Nate—susurró ella, y sonrió.

Nathan entrecerró sus ojos y avanzó sobre ella como un cazador lo haría sobre su presa inerme. Salvo que por un momento él se sintió como el cazado. No le molestó, empero.

Su polla dolía de tan tiesa, y gotas de semen humectaban su glande. Antes de tomarla, preguntó:

—¿Cómo me quieres, hermosa?

—Abajo mío.

El comando suave lo incitó a obedecer. Nathan era un exsoldado, acostumbrado a la dinámica, y esta era la más dulce de las batallas.

Sobre su espalda, con la polla como un mástil, la recibió. Ella abrió sus muslos como alitas que rodearon sus caderas, y bajó su pelvis lento.

Se restregó contra su largo, aplastándolo contra su bajo vientre, y luego se elevó otra vez y lo trajo a su entrada.

Bajó moviéndose para que la verga ingresase en su vagina, abriendo la casi imposible estrechez que era su intimidad. Él gimió, apretando los dientes, controlando el deseo de moverse para penetrarla hasta el fondo y sin escalas.

Se contuvo, la dejó bailar sobre él, y se distrajo en la contemplación de los senos que oscilaban sobre su pecho. Sus palmas acariciaron, y la trajo contra él, besándola duro, hasta que ella pudo tomarlo al completo.

Hubo un instante de quietud, pero luego la acción se tornó frenética. Nathan pujó hacia arriba, embistió, y ella danzó sobre su polla, arrastrándolo a una zona de delirio donde solo había placer.

Las bocas apagaron los sonidos mutuos en un pacto de silencio que mantuviera al mundo exterior ajeno a lo que ocurría. A la perfecta combinación de dos vueltos uno, que se comían sin límites.

El orgasmo vino demasiado pronto, encendidos como estaban, y fue vibraciones y colores. Cassandra no había vivido uno así; era un rara avis en su mundo quieto. Sus romances cortos y sin fondo habían estado desprovistos de esta pasión que arrollaba.

Para Nathan, fue revivir la magia de la pasión emocional, pero también fue diferente. Soltó y disfrutó, y su correrse fue liberación, pero a la vez atadura.

Tal parece que él, que no tenía una sola adicción, acababa de adquirir una, se percató apenas bajó de la cima de placer sexual.

—Perfecto—dijo ella, tan bajito que no pareció dicho para él.

Por ello, se sintió más real, y él lo vivió como la colocación de una medalla invisible sobre su piel. La atrajo contra sí, su miembro perdiendo tensión, aún adentro, negándose a abandonar la cueva mágica que lo hizo vibrar.

—Fue lo que imaginaba, y más—dijo él.

—Me alegra saber que no solo yo lo fantaseaba—susurró.

—Traté de controlar mi atracción, no parecía profesional.

—Sin duda no lo es—murmuró—. Y no me importa. ¿Crees que los otros…?

—Importamos tú y yo. Y Malik—agregó, pero sacudió la cabeza—. Si es que deseamos que no sea solo esta vez.

Exploraba, tentando a la suerte.

—No soy del tipo que disfrute las muestras únicas—dijo ella, y rio.

Nathan la observó, y algo en su pecho creció. Ternura. Pasión. Esperanza.

—Nunca me sentí así con nadie—confesó ella.

Nathan pensó en Amina. En el dolor de perderla. En el miedo a sentir algo de nuevo que lo acució desde entonces.

—Yo tampoco. Amé a mi esposa, la adoraba, éramos más que compatibles. Pero esto que me haces sentir… Es único.

Ella levantó la cabeza, sorprendida, y un brillo de esperanza llenó su expresión. Él no añadió más. No hacía falta. La verdad estaba en su mirada.

Capítulo 22

La luz entraba suave por la ventana, tibia, dorada, casi insolente en su tranquilidad. Cassandra pestañeó lentamente, sintiendo primero el peso agradable de una manta y luego algo caliente, sólido, respirando contra su clavícula.

Alguien. Nathan. Estaba medio recostado sobre ella, un brazo firme abrazándole la cintura como si durante la noche hubiese querido asegurarse de que no desaparecía.

El corazón le latió en el pecho como si aleteara, y una emoción difícil de describir, pero bonita, nueva, le apretó la garganta.

Se le desplegó una sonrisa que no recordaba haber usado jamás al despertar. No había soledad, no había sobresalto. Solo paz. Una paz que le sorprendió tanto como la complació.

Su mano se elevó para acariciar su cabello, apenas, por encima, para evitar despertarlo y romper la magia. No podía durar, pensó, adormilada, pero unos minutos más no harían mal.

Mas la realidad era agridulce. Golpes apurados sonaron en su puerta, y antes de que pudiera reaccionar, la puerta se abrió de golpe.

—¡Malik, espera!—se escuchó la voz de June y sus pasos por la escalera, pero no tuvieron efecto.

—¡Cassandra, el abuelo dice que puede enseñarte a montar! Y te quiero prestar a Luna para…—El niño se paró a un metro del lecho y parpadeó, confuso—. ¿Por qué está papá en tu cama? ¿Estás malita?

—Yo… No, es que…

—Malik, hijo—Nathan tuvo un despertar abrupto, y el tinte rojizo en su rostro mostró su turbación, pero se recompuso—. Debes esperar a que te autoricen a entrar.

—Oh, lo siento, Cass. Papi, ¿tú y ella…?

—Ve y espera afuera. Cierra la puerta—ordenó Nathan con suavidad, acariciando el cabello del niño.

Él asintió, pero no dejó de mirarlos. Vaya imagen debían dar: Nathan sin camisa, ella tapada hasta el cuello con la sábana.

—¡Lo siento!—Se alzó la voz de June, y Cassandra se tiró atrás y se cubrió por completo.

La puerta se cerró, pero no antes de que escucharan a Malik:

—Tía, creo que papá por fin habló con ella. ¡El abuelo tenía razón!

El movimiento en la cama la intrigó, y se destapó. Nathan reía, tentado a más no poder. Ella parpadeó, pero se distendió.

—Todos van a cotillear de esto.

—Sí, pero sin mala intención.

—Lamento que tu hijo nos viera, debí haber cerrado. Pero me dormí.

—También yo. No te preocupes, mi hijo es inteligente, y te ha tomado muchísimo cariño. ¿O no escuchaste que está contento?

—Eso parece.

Él bajó de la cama y fue hasta el baño, exhibiendo su cuerpo sin problema, y sin pensar en la salud mental de Cassandra, que casi tuvo que levantar su quijada del lecho.

Era tan guapo, tan grandote. Se mordió el labio, y su mente rebobinó imágenes que se volvieron a proyectar. ¡Qué noche! ¡Qué placer en cada beso, caricia, empuje!

Regresó luego de lavarse los dientes, y vino a ella para besarla, ignorando sus protestas. Lento, suave, un beso de esos que daban ganas de no salir nunca de la cama.

—Buenos días —susurró él, rozando su nariz con la de ella.

—Buenos días —respondió sin evitar sonreír.

Él se incorporó, apoyando un antebrazo en la cama mientras la observaba. Sus ojos la recorrían con ternura y con deseo.

—Estás guapísima… —murmuró él.

Ella se llevó una mano al pelo hecho un desastre.

—Estoy horrible—rio nerviosa.

—Estás preciosa —corrigió, y le besó la mejilla antes de levantarse.

Se vistió sin prisa, pero con esa eficiencia militar que parecía una marca registrada. Antes de irse, se detuvo en la puerta, apoyando una mano en el marco.

—Voy a reunirme con los demás. Tú descansa, tómate tiempo. Estoy seguro de que estas han de ser las primeras vacaciones…

—En años—asintió ella—. Veré si acepto la invitación de Malik, aunque me da miedo lo que me pueda preguntar.

—No te preocupes. Seguro que June y papá lo están aleccionando justo ahora, entreteniéndolo para distraerlo.

Volvió a inclinarse y le dio un beso breve, dulcísimo, como una palmada al corazón.

—Podría besarte el día entero y no saciarme—susurró él.

La puerta se cerró, y ella quedó alelada. Feliz. Saciada. Jodida distracción había creado él jugando con su cuerpo. Se regodearía en el disfrute de recordar en *loop* la pasada noche.

Era mucho, mucho mejor que pensar en lo que su madre y Claire le habían hecho.

++++

Bajó después de un rato, nerviosa como una niñata sorprendida en una falta. En realidad, había sido algo similar. De lo que no se arrepentía, para nada.

La cocina olía a café recién hecho, pan casero y algo con bacon. June usaba la espátula como una batuta, y tarareaba. Su sonrisa amable se extendió al mirarla, y le guiñó el ojo cómplice.

—Buenos días, cielo. ¿Dormiste bien?—preguntó con una sonrisa que decía que estaba segura de que así era.

—Mmm—Suspiró hondo—. Todos lo saben, ¿no es así?

June soltó una risita suave.

—Oh, sí. Malik está muy contento, querida. Ese niño desea que su padre tenga una esposa. Está en la edad en que se cuestiona sobre su madre, ve a los demás compañeritos y desea.

-No quiero lastimarlo.

-Nah. Es maduro y sabe bien lo que quiere para él y Nathan. Una mujer que sea bonita por fuera y por dentro y haga sonreír a su papá. Ve eso en ti, Cassandra.

Hostia, ¡qué fuerte! Se emocionó, y tragó saliva mientras se servía café. No quería dañar al niño, que era un dulce.

La idea de probar, de avanzar con esto que recién nacía era tentación sublime. Ella quería una familia que llenara sus vacíos y en la que volcarse de lleno.

¿Podía ser? ¿Quería eso Nathan? La fantasía tenía que ser controlada, o peligraba su corazón.

Ya lo tenía lesionado. La imagen de Claire y su madre campeó por su mente, pero las apartó. No. No quería pensar en ellas.

—No voy a adelantarme a nada. Tengo que sobrevivir al desastre que es mi vida para poder ofrecer algo… Y no es seguro que Nathan tenga un hueco permanente para mí.

—Ya veremos. No hay prisa, y no te inquietes por Malik. Está contenido. Los colegas de Nathan son buenos, y la hermana de Matt como Bianca, la esposa de Pipen, lo adoran y consienten.

Cassandra asintió y bebió su café, pensativa. Un golpecito en la puerta de la cocina atrajo su mirada.

—Pasa, cariño, está abierto.

La que entró debía ser unos centímetros más alta que ella y sus ojos ámbar eran intrigantes. Tenía el aspecto mediterráneo, y su acento confirmó que era extranjera.

—Ciao. Nathan me dijo que estarían aquí—dijo—. Soy Bianca.

—¡Hola, sí! Pipen me dijo que vendrías. Bienvenida, pasa. Soy June, y esta es Cassandra.

—¡La famosa organizadora de eventos! Tú y yo tenemos que hablar—Se contuvo, y sonrió—. Lo siento, me dejo llevar un poco. Encantada.

—Igual—sonrió Cassandra—. Así que estás con el jefe.

Asintió, y tomó la taza que le alcanzó June.

—Grazie. Sí, así es. Hemos saltado directo de la declaración y el anillo al viaje de bodas, pero queremos una ceremonia que celebre nuestra unión con amigos. Si por mi fuera, lo hacíamos en Las Vegas y ya. Pero…

—Una ceremonia pequeña puede ser encantadora. Intuyo que no te gusta pensar en lo que hay que hacer.

—¡Para nada!

—Para eso estoy yo. Me encantaría encargarme. Tu esposo y sus hombres me están manteniendo segura, así que mi manera de agradecerlo será darles la fiesta más bonita que pueda.

La italiana elevó sus brazos al aire y festejó, y las otras dos rieron.

—É fantástico!—Pareció desinflarse y se llevó una mano a la boca—. ¡Oh, pero qué desconsiderado de mi parte, monopolizar el momento! He oído lo que estás pasando. Te juro que estás con los mejores. Estos hombres pueden hacer llover fuego si hace falta. Créeme, soy la primera en testificarlo.

—Gracias. Se siente abrumador, sí. Tengo miedo, pero también me siento culpable por dejar a mi gente allí, por mi empresa. Mi trabajo depende de mi reputación, y…

Bianca negó con firmeza.

—Escúchame bien: vas a salir de esto como el puñetero fénix. Y cuando lo hagas, tendrás clientes firmes. Yo la primera… Pipen tiene muchos conocidos influyentes. No dejes que eso te carcoma

—Es cierto. No dimensiono que me persigue un mafioso.

—Sé lo que estás pasando. Mi vida estuvo al borde también, pensé que no saldría. Y aquí me ves, sonriente y enamorada. Esa serás tú.

—Ojalá—susurró.

—Vas a superarlo, claro que sí. Y estoy convencida de que lo tuyo y…—June miró a Cassandra, que hizo un gesto positivo, habilitando el comentario. No iba a pecar de obtusa, Pipen debía saber lo que pasaba, tenía el tipo de hombre eficiente e informado —. Nathan va a prosperar.

Bianca abrió sus ojos, y luego sonrió.

—¿De verdad? Pues esto sí que es un notición. Malik va a estar…

—Está exultante, adelantándose a los hechos—dijo June.

—No quiero hacerme ideas ni anticiparme. Hay mucho por solucionar en mi vida—murmuró.

—Paso a paso. Así saldrás. Pero el camino se hace más fácil si tienes esperanza en que al final encontrarás lo que añoras.

Capítulo 23

Nueva York – despacho privado en el piso superior de un garito clandestino

Luca Santoro odiaba esperar, pero eso parecía irremediable estos días. El reloj marcaba las 23:17 y el sonido intermitente de una gotera en la tubería oxidada le perforaba la sien. La ciudad le exasperaba, le impacientaba.

La sofisticada prepotencia de Nueva York le desagradaba, iba contra lo que adoraba: las ciudades que hundían sus raíces en la historia, como en su Roma natal, con callecitas estrechas, con buen café, con pastas.

Ser eficiente tenía sus ventajas, y por ello tenía la confianza de los jefes. Para su fastidio, esto le trajo aquí. Golpeó la mesa con el puño, iracundo.

Por primera vez había perdido la delantera en un asunto de importancia para la organización, y dos mujeres eran las responsables.

Esa hija de puta, la contadora, un peón menor en la organización que resultó una ladrona de guante blanco con capacidad para escurrirse, como las ratas. Había estado demasiado confiado, y demoró en percatarse del fiasco.

Cuando quiso tomar recaudos, había desaparecido. Como si la tierra se la hubiese tragado. Así que su opción fue la organizadora de eventos. Acercarse no le fue difícil, pero no contó con su resistencia a su encanto.

Era un hombre de buen ver que desprendía poderío, y dinero. No era habitual que una mujer le rechazara. La idiota lo hizo, sin mirarlo dos veces. Había debido recurrir a la intimidación, y esto tampoco funcionó.

Ella estaba protegida, y los hombres que la rodeaban eran guardias de élite. Todo salía mal estos días. Las incursiones en procura de acceder a los códigos y a las cuentas que debían tener su dinero. El de la organización, mejor dicho… Puras chapucerías.

Estaba que trinaba, y eso no solía salir bien. Cuando su temperamento se salía de carriles, corría sangre. Tenía que controlarse. No podía joder la operación o volar las fachadas de los negocios de la familia.

—Luca…—la voz lo sacó de su cabeza, y dio la vuelta para confrontar a Fabbri.

—Dime que tienes buenas noticias—ladró.

Fabbri negó. Su rostro, de habitual estoico, estaba crispado.

—El FBI tiene a la contadora, jefe. Creímos que se había escurrido, pero no es así. Es su puto testigo estrella contra la organización.

Santoro estalló, su pierna golpeando una cesta con tanta fuerza que impactó contra la pared.

—¡Mierda, mierda! ¿Cómo es que la atraparon? Eso quiere decir que los tenemos más cerca de lo que pensamos.

Peinó su jopo, ordenándolo, mientras pugnaba por el control. Pensar. Tenía que pensar.

—Si habla, puede hacer caer una parte de la estructura, pero es menor. Debemos enviar a los hombres que conoció a Calabria. Encárgate de que destruyan cualquier prueba que esté en las oficinas que ella conocía.

—Sí.

—¿Cuánto falta?—dijo Luca, con voz plana.

Fabri bajó la mirada al suelo.

—Faltan tres millones, jefe.

Tres millones. Deberle tres millones a Amedeo Mariotti, su superior dentro de la ‘Ndrina calabresa, era una sentencia. Si no aparecía, significaría dos cosas: un *desangramiento lento,* o un *agujero en el desierto*.

—Tenemos que encontrar ese dinero. Se nos va la vida.

Fabri asintió. Santoro se volvió hacia la ventana. Nueva York brillaba como una serpiente de vidrio. Cassandra Marlow tenía que saber dónde estaba su dinero.

La había subestimado, al parecer. Parecía inocua, aunque eficiente y precisa en lo suyo. Una empresa pequeña, perfecta como tapadera para lavar dinero sin levantar sospechas.

Y durante meses funcionó como un reloj. Hasta que la idiota contadora se puso nerviosa con una auditoría y decidió cerrar accesos, ajustar números y desaparecer.

Pagaba el precio de creer que estas mujeres eran tan sumisas como las que acostumbraba a tratar. Malditas perras independientes y astutas. Poniendo su reputación, su vida en riesgo.

Esta pendía de un hilo invisible, sostenido por los caprichos de hombres mucho peores que él.

—¿Qué sabemos?—preguntó sin volverse.

Fabri tosió, y luego habló:

—No está en Nueva York. La tienen en algún lugar que no es la sede de su empresa. No hemos podido rastrear nada desde el ataque fallido.

Luca asintió, pensativo. Dar golpes a tientas, correr detrás de la mujer no serviría. Tenía que lograr que viniera a él. Atraerla. Pero, ¿cómo? ¿Qué podía ser tan importante para ella como para dejar su escondrijo?

Sopesó lo que sabía de ella. Poco.

—¿Qué sabemos de la mujer Marlowe?

—No tiene esposo, novio o amante. Ni mascota. No sale mucho. Vive hace años aquí, aunque es de la costa Oeste.

—¿Familia?

—Madre y hermana. Su padre murió cuando niñas, y…

—Localiza a la madre y a la hermana.

Fabri tragó saliva.

—¿Quiere que las traigamos?

—Quiero que las traigáis a Nueva York—afirmó Luca Santoro —. Lo más rápido que puedas. Son nuestra única opción, y tiene que ser rápido. Si el FBI nos pisa los talones, tenemos que adelantarnos. Cuando tengamos el dinero, nos vamos de este país de mierda.

—Sí, jefe.

—Sin errores.

Santoro se acercó despacio, muy despacio, hasta quedar frente a él. Su expresión era inequívoca. Si iba a caer, no lo haría solo, y se llevaría a los que le habían fallado.

—No los habrá, lo aseguro.

++++

En el rancho, 3 días más tarde.

Nathan reía mirando a Cassandra temblar sobre la montura, los nudillos de ambas manos blancos de apretar las riendas del gentil caballo que Malik tironeaba con paso calmo.

—Lo haces bien, Cass—le decía su hijo, estimulando a la mujer, que resopló.

—Ay, Malik, ¿estás seguro de que este caballo es manso? ¡No vayas a soltar la cuerda!

—Cassandra, haz como te enseñé—dijo Nathan con una nota traviesa en su voz—. Pareció que tomabas las instrucciones tan bien.

La guasa de su voz le valió una mirada fiera. Sí, estaba siendo deliberadamente guarro, ¿qué más daba?

Su relación había pasado de 0 a 100, y la entrega física era candente, fervorosa y lo que ambos habían necesitado.

Y la referencia a lo empoderada que se veía montando su polla ayudó a distraerla, así que… ¡Punto para él como instructor!

—Este es el caballo más amable del rancho, Cass—explicaba Malik, y Cassandra intentó sonreír en su beneficio, asintiendo a pesar de la incomodidad.

Nathan se puso serio, de pronto conmovido. Ella les hacía bien, a ambos. Para él era una revelación verse sonreír solo por estar en su presencia, impacientarse luego de un rato con sus colegas, cuando antes era su realidad constante.

Darse permiso para dejar la memoria de su querida Amina en un lugar de respeto y ternura sin pensar que la traicionaba por estar con otra de una manera que era más que sexual.

Oh, de esto había, y era delicioso, a no confundirse. Pero la conexión era mucho más que física. Era emocional.

—Nate—La voz de Matt sonó a unos metros, y sonrió en automático. Su compañero había llegado el día anterior, dejando atrás Nueva York, donde poco podía hacer.

—¿Qué hay, Matt?

Solo entonces le miró, y la gravedad de su rostro le alarmó, máxime cuando le hizo un gesto con su cabeza para indicar el centro de comando improvisado. Supo de inmediato que algo malo ocurría, y se bajó de la empalizada de un salto.

—Papá, no te vayas justo ahora que Cass va a trotar.

—No, no, no, Malik, al paso está bien—dijo Cassandra, alarmada, y Nathan sonrió a su pesar.

—Voy con Matt un momento. Malik, no exijas a tu alumna, es citadina.

—Eso, Malik, tu padre tiene razón. Escucha…

Apuró el paso y les dejó atrás, y miró a Matt.

—¿Qué ocurre, Matt?

—Frank tiene novedades. Louie está conectándose con él por videollamada. Tienes que escuchar lo que pasó.

En unas zancadas más estuvieron con los demás, y sus rostros crispados estaban fijos en la pantalla. Allí se veía el rostro del florista al que Cass había dejado encargado de su empresa, y estaba frenético.

—… lo recibió Lucy en la correspondencia hace una hora—estaba diciendo—. Estamos en shock.

Nathan sintió cómo algo helado le recorría la columna.

—¿Frank? —preguntó—. ¿Qué ha pasado?

La voz del florista llegó entrecortada, temblorosa.

—Nathan… Llegó un sobre con una fotografía y una nota, para Cass. Decía abrir de inmediato, por lo que lo hicimos. Es de esos mafiosos, no hay duda. Les juro que estamos temblando, la imagen parte el corazón, y cuando Cass lo sepa…

—Frank, ¡cálmate!—dijo Matt, elevando su voz un poco para centrar al hombre, que estaba muy pálido—. Explica lo que dice la nota y muestra la imagen para que la vean todos.

—*Tenemos a tu familia. No lo haré largo, si quieres volver a verlas vivas, vuelve a Nueva York y reúnete conmigo. Tienes 24 horas. Estarán bien, durante ese lapso.* No hay firma, pero está hablando de la madre y hermana de Cass. En la foto están atadas de pies y manos, y llorosas. Y hay un enlace a un video.

—Pásalo—ordenó Pipen, y en cuestión de segundos lo estaban cliqueando.

Imagen y audio eran reveladores. Claire y su madre estaban en un almacén vacío, se veían contenedores detrás, y estaban atadas a sillas.

La imagen era temblorosa, como grabada con un móvil sin cuidado. No se las veía golpeadas o con heridas, al menos. Entonces, aparecía una voz que instaba a hablar, y la que lo hizo fue la mayor.

—Cassandra, por favor, hija. Nos tienen, vinieron por nosotros. ¿Qué hiciste? ¿Qué hiciste para que esto pasara? ¡Tienes que arreglarlo! —sollozo quebrado, histérico, pero continuó su tirada —. Ven, es lo que necesitan, solo quieren hablar. Por favor, hija, ven.

La hermana añadió, entre lágrimas:

—Cass… haz lo que te dicen. No seas egoísta. No nos dejes aquí.

—¿Qué es eso? ¡Oh, Dios mío! ¡Mamá, Claire!

Nathan cerró los ojos al escuchar la voz y los pasos desesperados de Cassandra.

Se dio la vuelta y la detuvo en su carrera hacia la pantalla, envolviendo su cintura. Ella se tambaleó, su vista fija en la imagen que Louie había frizado.

—Cass, querida, lo lamento… Las tienen—dijo Frank—. Enviaron mensaje aquí.

—¡Tengo que ir por ellas!—Cassandra se soltó y retrocedió un paso, y luego otro—. ¡Tengo que ir *ya*! ¡Van a matarlas! ¡Van a matarlas *por mi culpa*!

Intentó caminar hacia la puerta, pero Nathan llegó antes, y se plantó delante de ella, erguido, inamovible.

—Cassandra, no.

—¡Quítate! —le empujó el pecho un par de veces, desesperada—. ¡No lo entiendes! ¡Mi madre, mi hermana… ¡Esos hombres no van a tener piedad!

—Vamos a encontrar la solución, pero…

Ella estaba frenética, no razonaba, y se sacudía, empujándolo, tratando de zafar.

—¡Deben estar aterradas! ¡Las vieron, las escucharon!—giró para mirar a todos, que estaban tiesos, y sus miradas nerviosas iban a Pipen, el más calmo, en apariencia.

—Las vamos a salvar.

—¡Tenemos que hacer lo que dice! Sé que ayer estaba muy enojada, todavía lo estoy, pero ¡no merecen esto, no! Aunque mientan, aunque solo se acuerden de mí para pedirme dinero o para reprocharme… ¡no puedo dejarlas allí! ¡Son mi familia!

Sollozó al borde de la histeria, y Nathan se volvió a acercar, esta vez con logrando que ella se resguardara contra su pecho, sollozando como si algo en su interior se hubiese rasgado.

Nathan la rodeó con los brazos, atrayéndola, consolándola. Ella se aferró a él con fuerza frenética, temblando. La sala entera estaba en silencio. Nathan elevó su mirada hacia los otros, en mudo cuestionamiento.

¿Qué harían?

Pipen frunció el ceño, Logan bajó la mirada, Darius cruzó los brazos. Matt murmuró:

—Joder… Esto se salió de madre.

Cassandra trató de apartarse, pero Nathan no la dejó.

—No vas a ir a Nueva York directo a su trampa, Cass—dijo él, su voz baja, firme, innegociable.

—¿Qué haremos? ¡Algo debe hacerse!—imploró.

—Sí, pero no lo que Santoro busca—Tomó su rostro, obligándola a mirarle—. No vas a entregarte. .

—¡Pero les harán daño! ¡Mamá es frágil! ¡Y mi hermana… Dios, no soportarán…!

—No estás escuchando —replicó Nathan, con esa calma feroz que solo usaba cuando estaba al borde de romper algo—. Te juro, *te juro*, Cassandra, que vamos a traerlas. Pero no vas a aparecer allí sin un plan perfecto. No te voy a perder. ¿Me oyes? No te voy a perder.

Las palabras resonaron como un disparo emocional, y a la vez un reconocimiento implícito. Una declaración de sentimientos, de intenciones.

Pipen habló entonces

—Cassandra, tenemos recursos. Tenemos contactos. Tenemos información. Vamos a usar eso para recuperar a tu familia. Pero tendrás que confiar en nosotros. Nathan tiene razón.

Nathan la abrazó más fuerte, una mano en su espalda, la otra en su nuca, haciéndole saber que estaba aquí, para centrarla, para ayudarla con su corazón, con su fuerza, con la fuerza de la Agencia detrás.

Pipen había sido claro. Irían con todo, y no les verían venir.

La mafia tenía fuerza, sí, pero Santoro no tenía a esta dominada. Este era el movimiento de un hombre desesperado, y se encargarían de desarmarlo.

Él y sus colegas tenían mucha experiencia, el respaldo de hackers de primera línea, contactos en el FBI, e incluso la posibilidad de tocar puertas no tan legales.

Harían lo que fuese necesario, pero debía asegurarse de que Cassandra se quitara la idea de ir cual kamikaze a Nueva York. .

—Estoy aquí—susurró él, solo para ella—. Vamos a sacarte de este infierno, te lo prometo. Vamos a traerlas. Pero tienes que confiar. ¿Confías en mí, Cass?—susurró, y ella ahogó el sollozo y asintió.

—Vale… —murmuró, respirando hondo—. Vale. Pero no tarden, por favor. Mi madre tiene algunos problemas cardíacos….

El carraspeo de Louie llamó a la atención general, y él pareció incómodo.

—Cass, lamento esto, de verdad. Para tu tranquilidad, quiero que sepas que los estudios médicos de tu madre muestran que tiene una salud de hierro. No hay historial de infartos, arritmias, o algo así.

Ella parpadeó, y luego apretó los labios, entendiendo. Una mentira más, al parecer. Pero no era nada en el esquema actual.

Su familia tenía que vivir para que Cassandra pudiese enrostrarle el peso de sus mentiras y abuso emocional y económico.

Si morían porque Santoro perdía los estribos, sería devastador. Nathan sabía que ella no se lo perdonaría.

—Tenemos que planificar—dijo Pipen, que tomó las riendas de la situación con la solvencia característica del Vikingo que era.

La sala se activó de inmediato. Ordenar la información, que comenzó a llenar las pantallas. Se sentaron a la mesa, y Pipen le hizo señas de que se encargara de Cassandra.

Nada sacaría estando aquí, salvo que no pudiesen hablar sin rodeos.

—Ven, Cass—murmuró, y su mano se colocó en su espalda, guiándola hacia afuera, a la casa—. Tenemos que calmarnos para pensar con sentido.

—No, Nathan, tú debes quedarte aquí—dijo ella, plantándose, ganando firmeza—. Te quiero firme pensando cómo liberarlas, y a mí, de eses maldito mafioso.

—Sí, eso haré. Va a salir bien, Cass. Cuando fuiste por nosotros, elegiste bien.

—Sé que lo hice—afirmó ella, y el alivio que sintió al verla recobrar seguridad hizo que Nathan pudiese centrarse mejor—. Lo sé. Si logramos sortear esto, quiero seguir eligiendo… Eligiéndonos.

Asintió con solemnidad. Era una declaración apurada en medio de una situación complicada, peligrosa, pero… Tenía el peso de la verdad y la convicción, y respondió en el mismo tono.

—Cass, cuando esto quede atrás, estaré feliz de romper el contrato formal para comenzar con otro. Personal, íntimo, de largo plazo.

Ella se empinó sobre sus deditos de los pies, apoyada en su pecho, con lágrimas todavía mojando su faz, y le besó suave, apenas un pico. Pero había demandas y promesas en él.

Y Nathan no iba a fallarle, ni a sí mismo. Había demasiado por ganar, y mucho por perder al mismo tiempo. Era hora de borrar a Santoro de la ecuación.

Capítulo 24

Pipen apoyó ambas manos sobre la mesa, y su gesto bastó para que todos callaran. Nathan permaneció a su derecha, brazos cruzados, el ceño marcado desde que Cassandra se había derrumbado en sus brazos horas antes.

Se salía de sí, ansioso, preocupado, su compostura en el pasado. No había bromas al respecto, porque incluso Elijah, bromista tenaz que era, estaba concentrado.

—Vamos a ordenar este jodido asunto, y rápido. Estuve haciendo contactos, y Louie tiene información que es oro.

Este encendió el monitor central. Una foto granulada de un pequeño avión privado ocupó la pantalla.

—Bien—dijo Pipen—. Fabbri y otros dos volaron a la costa Oeste hace cuarenta y ocho horas. No presentó plan de vuelo completo, pero estuvo en tierra menos de diez horas. Estimamos que las mujeres fueron raptadas sin problemas y llevadas al aeropuerto como carga. Lo rastreamos con cámaras de tráfico aéreo y tres torres secundarias. Hizo descenso en una pista rural al norte de Nueva Jersey. De ahí, usaron un camión para llegar al puerto.

—Hay dos depósitos que se asocian con el grupo de Santoro.

—Yo apuesto por el segundo. Santoro no querrá llamar la atención de sus jefes y mostrar que tiene problemas.

La imagen de los sitios apareció, y hubo gruñidos y asentimientos. Era el más chico, y se veía algo arruinado.

—Coincido —gruñó Nathan—. No debe tener mucho uso para cargas, perfecto para tener a las dos mujeres.

—Hablé con los O'Malley, les pedí el favor de que me contactaran con los irlandeses. Están fuera del ruedo mafioso, pero la familia mantiene vínculos. Confirmé lo que sospechábamos: Santoro está en la cuerda floja.

—Mm. Eso explica la urgencia, las chapucerías—dijo Logan.

—Falta dinero, que debía devolver, pero no lo hizo—Pipen se hizo atrás—. Ese dinero es el resultado del lavado, y la ex contadora de Cassandra lo limpió antes de entregarse al FBI. Lo mandó a cuentas personales del extranjero. Santoro no sabe eso, cree que Cass lo tiene. Si no lo recupera, está muerto.

—Está desesperado—masculló Nathan.

—Exacto. Eso hace que esté actuando como un animal acorralado. No va a pensar. No va a negociar. Va a presionar para que le devuelvan el dinero.

—No lo tiene. Cass no puede solucionar su dilema. Solo la contadora…

—A la que no tiene acceso.

—Esta operación no admite demora—instó Nathan.

Louie cambió la diapositiva. Un mapa del condado con rutas marcadas en rojo.

—Tenemos esta ventana. Si nos movemos en dos horas, llegamos antes de medianoche.

Pipen se movió dando órdenes.

—Quiero drones arriba, comunicación limpia y dos entradas. Fabbri tiene dos hombres fijos y dos rotativos. Contaremos con sorpresa. Y con que no se esperan que alguien vaya por ellas tan rápido —explicó.

—Es necesario contar con respaldo para que ese bastardo quede en custodia cuando lo atrapemos—dijo Nathan.

Pipen añadió:

—Langston está avisado—El vínculo con el agente federal se había mostrado útil antes—. Es la oportunidad de quebrar a Santoro, y con ello a sus jefes.

—Los federales dan manotazos de ahogado—gruñó Darius, que hizo un gesto de dolor al mover el brazo entablillado.

El cateto había jugado al rodeo con Sam y uno de los peones, con tanta mala suerte que se quebró el codo. Estaba fuera de la operación, para su enorme malhumor.

—La contadora les da información en cuentagotas, y fue tan astuta que no dan con el dinero transferido aún. Por ello les alegró saber que podemos darle acceso a Santoro.

—Así que estamos listos—dijo Elijah, incorporándose, y lo mismo hicieron los demás.

—¿Hora de salida?

—En noventa minutos—dijo Pipen—. Preparamos equipo, confirmamos coordenadas, nos vamos. Esto se cierra esta noche.

Nathan apoyó las manos sobre la mesa. Por un segundo, su mente regresó al rostro de Cassandra, a su temblor, a su voz rota: *Debo ir… Son mi familia. Mi madre y mi hermana… por favor.*

Resopló, y se abocó a controlar su tensión, que no tenía que ver con lo táctico. Era la posibilidad, mínima, pero existente, de que algo saliera mal.

No será así. Somos jodidamente buenos. Vamos a liberar a esas mujeres, y Cassandra podrá gritarles, confrontarlas y sanar.

++++

No recordaba haber sentido un peso tan físico en el pecho. Cassandra estaba sentada en el porche, pensativa, la mirada fija en el lugar donde los hombres de Pipen, Nate incluido, discutían qué hacer.

Abrazada a sus piernas, sus muslos contra su pecho, la barbilla sobre las rodillas, esperaba.

Se incorporó un poco al ver que el movimiento del equipo cambiaba: salían, cargaban equipo en los vehículos, los rostros compuestos pero no tensos.

Voces breves coordinadas. No parecían urgidos, pero eran metódicos y ágiles. Profesionales, todos. Pero eso no calmaba el temblor que le subía por los brazos.

Nathan apareció y se dirigió a ella, listo con su chaqueta táctica abierta y el auricular ya colocado. Tenía esa expresión que ella había aprendido a leer: dura, enfocada, como si el mundo se estrechara en líneas rectas que él era capaz de seguir sin desviarse.

Cuando la vio esperándola, se dirigió a ella sin dilación.

—Ven aquí —murmuró, abriendo los brazos, y ella se incorporó como un resorte, y se le pegó como una lapa.

No importó la dureza del chaleco, ni el olor metálico del equipo; por un instante, fue solo su cuerpo caliente y el modo en que la abarcaba, sacándola de pensamientos y escenarios que la tenían al borde.

—¿Están listos?

—Lo estamos.

—Tengo miedo. Nathan, si algo les pasa… O a ti—susurró ella, la voz bajita.

Nathan le apoyó la mano en la nuca y la sostuvo firme, sin dejar que bajara la cabeza.

—Lo sé—respondió, sin intentar suavizarlo—. Sería raro que no lo tuvieras.

Ella tragó saliva. Le ardían los ojos. Nathan bajó la frente hasta tocar la suya, un gesto breve, pero que concentró su atención.

—Escúchame bien —dijo, con voz firme—. Tenemos cada paso planificado al milímetro. Nada está improvisado. Este equipo ha entrado en sitios peores, con gente peor, en circunstancias cien veces más jodidas que esta. Somos exmilitares, ex Fuerzas Especiales, hombres entrenados para entrar y salir sin dejar huellas. Es lo que hacemos, y eso ocurrirá hoy.

Cassandra respiró, pero la ansiedad seguía aferrada a su garganta.

—¿Y si Santoro…?

—Santoro está rodeado, aunque no lo sepa aún—la interrumpió—. Lo tenemos acorralado. Pipen tiene contactos pesados moviéndose, el FBI está en esto también. No es una maniobra improvisada. Es una operación quirúrgica. Vamos a por ellas, y vamos a traerlas vivas.

Ella apretó los labios. Le creía, ¿cómo no? Eso no quitaba la inquietud, aunque la calmara un poco.

Nathan la atrajo contra sí. Sus ojos, oscuros, determinados, no tenían ni un dejo de inseguridad.

—Tu madre y tu hermana van a ser liberadas—prometió—. Y tú vas a recuperar tu vida. Volverás a tu trabajo, a tu casa. A lo que eres tú. Esto no te va a devorar.

Esa mezcla de promesa, esa seguridad irreductible, la permeó, le dio anclaje.

—No quiero que te pase nada. No quiero volver a lo que tenía. Lo quiero mejorado—murmuró ella, animándose a la declaración.

La primer sonrisa amplia permeó el rostro de Nathan.

—Eso es una de las mejores noticias del año, Cass. Darius se quedará, te mantendrá al tanto, pero recuerda: voy con un equipo que sabe cuidarse, y que me cubre las espaldas—Pasó el pulgar por su mejilla—. Te necesito tranquila aquí. No salgas del rancho. No atiendas ninguna llamada. ¿Entendido?

Cassandra asintió. No confiaba en poder hablar sin romper a sollozar, y eso no ayudaba.

—En unas horas esto se habrá acabado—susurró contra su sien.

Ella hundió la cara en su cuello, aferrándose a esa certeza como a un salvavidas. Nathan la besó allí, apenas un roce, y después la separó con suavidad.

No la soltó del todo; siguió con la mano en su cintura mientras caminaban hasta los vehículos. Allí lo esperaba Malik, y Nathan se arrodilló y le dio un beso y le hizo un gesto en su dirección. El niño asintió con solemnidad.

Louie y Darius, los únicos abajo, Nathan palmeó a Darius en el brazo sano y a Louie, y vino a ella para darle un beso suave y apretar su mano antes de subir al vehículo que iba al frente.

El golpe de la portezuela, seco, coincidió con el encendido de motores, y partieron.

Cassandra permaneció allí, quieta, con las manos aún temblorosas, sintiendo cómo la noche se agrandaba a su alrededor hasta que Malik le tomó la mano y tiró de ella rumbo a la casa principal, donde June y el abuelo esperaban.

La operación había comenzado, y ella podía hacer solo una cosa: esperar. Confiar. Y aferrarse a la promesa que Nathan le había dejado entre las manos.

Capítulo 25

Era una tarde quieta, y las actividades del rancho iban culminando de a poco. Nada se había alterado con la marcha Nathan y los demás, al menos en lo medular. Era como habitar en un compás de espera.

El abuelo, Sam y June habían llevado a Malik a un pueblo cercano donde había un parque de diversiones para distraerlo. Cassandra no conseguía quedarse quieta. Caminaba de un lado a otro en la sala, urgida por ideas y emociones que la atravesaban.

Darius estaba sentado en el sillón de cuero, una pierna estirada, la otra flexionada, el brazo derecho entablillado y sostenido contra el pecho por una venda negra, y escroleaba con abandono.

No parecía agitado ni preocupado, pero estos grandulones eran estoicos y su tarea les habituaba a no expresarse.

—Vas a desgastar el piso—le dijo sin levantar la vista del móvil.

Cassandra se detuvo un segundo.

—No puedo… No puedo quedarme quieta.

—Puedes intentarlo—replicó él, ahora sí levantando los ojos —. La tensión y la ansiedad no controladas no ayudan. Estás demacrada y te tiemblan las manos.

Ella apretó la mandíbula.

—Gracias por señalarlo.

—De nada. Es parte del servicio—respondió con un guiño, pero el efecto se completó con un arrugar del rostro general por el dolor al mover el brazo.

—¿Duele mucho?

—Cuando intento hacer algo con él, que es a cada instante, porque es mi brazo bueno—dijo en tono serio, hasta que añadió—. Lo peor es la indignidad de saber que estoy medio inmóvil por idiota. No estaba en mi sano juicio cuando acepté competir sobre un caballo.

Ella asintió.

—Son animales bonitos, pero no le encuentro la gracia, ya te digo. Solo me subí a uno para darle gusto a Malik.

—Eso es noble. Lo mío fue estupidez—Darius ladeó la cabeza —. Y aquí estamos. —Movió los dedos de la mano lesionada apenas —. Lo mío son las motocicletas. Maquinas nobles. Predecibles. No un bruto de quinientos kilos con complejo de superioridad.

Cassandra no pudo evitar soltar una risa corta, sorprendida de que su cuerpo fuese capaz de eso en este momento.

—¿Intentas distraerme?

—Sí—Darius apoyó la cabeza en el respaldo, exhalando con calma—. ¿Funciona?

—Mm, sí, digamos que sí.

Darius bajó la mirada al móvil. La pantalla vibró una vez, y él la bloqueó enseguida, sin mostrar reacción. Cassandra dio un paso hacia él.

—¿Qué fue eso?

—Nada importante todavía—dijo—. El equipo está en movimiento. Cuando haya algo que necesites saber, te lo diré. Créeme, gran parte de lo que va a pasar es predecible, aburrido incluso.

—No puedo creer eso. Hay riesgo implícito, mucho. No pueden controlar cada variable.

—No, y lo saben, Cassandra. Nunca subestimamos al contrario, sería idiota. Pero nos adelantamos a tanto como podemos. La información es poder, en serio, no es cliché. Louie es un tesoro, pero Pipen tiene contactos en todos lados. Gente poderosa en organizaciones.

—¿No sientes miedo?—Interrogó con curiosidad.

Quería saber más, porque este hombre tenía aspectos en común con Nathan… Nate.

—La cautela y un sano respeto por el riesgo son imprescindibles—respondió él—. Y está bien tener una dosis de reparos. Eso te mantiene alerta. Pero el pánico carcome, y paraliza.

—¿Nathan es de los que va al frente en este tipo de situaciones? Me refiero…

—¿Quieres saber si juega al héroe? No. Nate es equilibrado, hábil y muy bueno. No está con Pipen por casualidad. Ninguno de nosotros.

—¿Han trabajado en situaciones con rehenes?

Darius asintió, e hizo una mueca poco tranquilizadora. Ella tragó saliva.

—¿No terminó bien?

—¿Cuál de ellas?—sopló, meneando la cabeza—. Ser un soldado en misión es…complicado. Hemos estado en lugares muy jodidos, hemos visto situaciones feas, mucho. Gente inocente perdiendo todo. Salvamos a cuantos pudimos, perdimos a otros—Sacudió la cabeza—. Pero eso es otro mundo. En medio de guerra sin cuartel, rodeados de enemigos. Este no es el caso.

—Quiero que vuelvan vivas. Imagina que mueren porque yo…—dijo, apenas un hilo de voz.

Darius negó con firmeza.

—Lo que pase no es tu responsabilidad. Es necesario hacerse cargo de lo que hacemos, no de lo que otros hacen en relación con nosotros. Van a volver vivas—Pausa—. Y Nathan también, así pueden seguir jugando a las casitas.

Hubo risa en la voz, y ella se puso granate, y se fue a la cocina a poner la pizza congelada a calentar.

Llegó otro pin al móvil.

—Están en posición. El espectáculo está por comenzar.

Ella sintió un vuelco en el estómago.

—¿Es decir que lo encontraron?

—Sin lugar a duda. Pipen ha de estar gritando la orden de ingreso.

El mundo pareció detenerse, como si incluso el viento guardara silencio. Estar aquí, a la espera, era tremendo. El que espera, desespera, ¿así era el dicho? Tenía que ser.

—Me muero de hambre. No dejes que esa pizza se queme.

Parpadeó y asintió, volviendo su atención a la cena. Justo entonces escuchó el vehículo y de inmediato la voz de Malik y la de June. El niño entró con prisa.

—Cass, ¡gané un oso, mira! Tengo una puntería muy buena, como papá.

—Con pelotas, derrumbando tarros—aclaró June.

—Sí, pero se empieza practicando así. Seré soldado y guardaespaldas, como papá y Darius.

Cassandra sonrió y tomó el oso, que apretó contra sí, acariciando el cabello de Malik, que ahora hablaba a Darius.

—… y el abuelo dijo que en esos puestos las escopetas tienen la mira torcida. Una trampa, claro, para no dar los premios.

Bendita inocencia, que ignoraba que su padre estaba a punto de exponerse para rescatar a dos mujeres, y Cassandra era la responsable de esto.

++++

El aire alrededor del depósito estaba impregnado de frío húmedo que se adhería a la piel como una advertencia. Nathan ajustó el auricular y comprobó su arma por última vez.

A su lado, Matt cargaba la escopeta corta con movimientos firmes, mecánicos, sin levantar la mirada del metal.

—Equipo Alfa, listos —susurró Pipen desde la camioneta, a unos metros.

—Listos —respondió Nathan, sin dudar.

El galpón estaba en penumbras, iluminado por una farola que parpadeaba cerca de la entrada principal.

La chapa del portón oxidado tenía manchas recientes, algo que Nathan identificó enseguida: golpes. Alguien lo había usado con frecuencia en los últimos días.

—Dos guardias en el pasillo frontal—susurró Elijah desde el lado norte, mirando una pequeña pantalla térmica—. Tienen calor corporal alto. Están despiertos. Armados.

Nathan levantó la mano. El equipo se aplanó contra la pared del depósito. En cuanto Pipen dio la autorización, Nathan contó mentalmente hasta tres.

Uno.

Dos.

¡Tres!

La carga direccional detonó con un crujido seco, no espectacular, pero suficiente para reventar los anclajes. El ruido podía pasar por el normal en un puerto ocupado, a pesar de la hora.

Nathan y Matt avanzaron y empujaron el portón con fuerza, entrando al sitio. Fue todo tan veloz que los dos guardias fueron tomados por sorpresa. Nathan disparó una vez, Matt otra, y ambos cayeron antes de poder hacer ruido.

El silencio no había sido roto. Conservaban la ventaja.

—Limpio —dijo Nathan, avanzando.

El corredor interno olía a aceite viejo y humedad. Las luces estaban encendidas a medias, como si alguien hubiese intentado arreglarlas sin demasiado éxito.

Nathan levantó el puño y Matt se detuvo detrás de él. Avanzaron por la izquierda.

—Térmica indica dos cuerpos más al fondo—informó Elijah en su oído—. En una habitación grande. Uno se mueve. El otro está quieto.

—Esperemos que no sea por algo extremo—masculló Matt, y Nathan apretó su mandíbula. Era cuestión de avanzar un poco más, tenía que confiar en que lograrían alcanzar a las mujeres antes de que alguien tomara una decisión mala.

Como tomar venganza del ataque con ellas.

—Llegamos en veinte segundos—respondió Nathan.

Se movían con agilidad extrema, y cubrieron el trayecto hasta la puerta grande en quince. Nathan colocó una pequeña cámara flexible por debajo.

La imagen apareció en su móvil: un hombre corpulento sentado en una silla, de espaldas, con un cigarrillo encendido en su mano. El segundo estaba apoyado contra la pared, armado.

—Listo para entrar—susurró Sam.

Nathan asintió. Matt contó con sus dedos. Tres segundos. Nathan pateó la puerta y entraron como un viento de tormenta. La primera bala de Nathan dio en el hombro del guardia de la pared; Matt redujo al del cigarrillo con un golpe directo que lo dejó sin respiración. El hombre cayó de bruces, escupiendo el cigarro.

—Habla. ¿Dónde están? ¿Santoro, Fabbri?—ordenó Nathan, rodilla sobre su espalda.

El guardia intentó incorporarse; Matt le presionó la cabeza contra el suelo.

—Fabbri… Está al fondo—escupió—. Sala cerrada. .

Nathan lo inmovilizó con una brida.

—Y Santoro.

Los ojos del guardia se entreabrieron.

—En la oficina trasera.

—Bien —dijo Nathan, colocando una mordaza táctica, lo mismo que Matt con el otro.

Continuaron hacia la puerta del fondo. Aquí debían estar Claire y su madre. Nathan tragó saliva. Hora de la verdad. La imagen de una Cassandra agitada, llorosa, le apretó el pecho, pero escondió la emoción. No podía nublarse, necesitaba actuar.

—Elijah, ¿cámaras internas? —preguntó.

—Dos. Una arriba del marco. La otra apunta al suelo. No detecto movimiento más que dos figuras sentadas. Fabbri al lado de la puerta.

—¿Arma?

—Sí. Rifle corto.

Nathan exhaló. Fabbri sabía usarlo, y jodidamente bien.

—Alfa entrando por puerta principal—avisó a Pipen—. Beta, cúbrenos desde la lateral. Si Fabbri sale por la otra puerta, lo quiero en el suelo antes de que dé tres pasos.

—Copiado—respondió Pipen.

Matt tomó posición a la derecha. Nathan a la izquierda. La adrenalina subía fría, nítida. Una respiración profunda. Dos. La señal. Nathan abrió la puerta de una patada.

Todo ocurrió en un instante: Fabbri se giró, levantó el arma; Nathan disparó antes de que apuntara del todo. La bala pegó en el antebrazo de Fabbri, desviando el disparo hacia el techo.

Matt entró detrás, arremetiendo con fuerza, derribándolo contra la pared con un golpe seco.

Las dos mujeres gritaban, juntas en una esquina.

—¡No! ¡Por favor, no!—lloraba la mayor—. ¡No nos hagan daño!

Nathan se acercó, arma asegurada y sin apuntarles, adoptando una postura neutral para evitar que entraran en pánico.

—No teman, están a salvo—dijo, en tono firme pero controlado—. Estamos aquí para sacarlas. Están seguras.

La madre seguía llorando. La hermana respiraba agitada, con la mirada desorbitada.

Matt tenía a Fabbri inmovilizado, sangrando.

—¡No saben con quién se meten!

—Calla, gilipollas —ordenó Matt, apretándole la mandíbula con la mano—. Nadie te está escuchando.

Nathan se volvió hacia las mujeres.

—Tenemos que salir ya mismo. ¿Pueden caminar?

La hermana asintió de forma torpe. La madre negó con un quejido.

—La ayudo yo —dijo Matt—. Tú encárgate de Fabbri.

Nathan levantó al hombre de un tirón, pese a la resistencia, y lo sacó al corredor.

—Pipen —dijo al auricular—. Objetivos asegurados. Fabbri bajo custodia. Sin bajas. Repito: sin bajas. Santoro…

La voz de Pipen llegó clara:

—Escapó, por poco. Es una rata escurridiza. Logan logró impactar en uno de sus hombros. No va a ir lejos, estoy llamando a los irlandeses para que hagan correr la voz de que perdió el dinero y ha traído a los federales al área. Los capos italianos lo van a cazar.

—¿Los federales están afuera?

—Sí, ya van a buscar a Fabbri y tomarán declaración a esas mujeres luego de que se recuperen. Tráelas. El vehículo está en la puerta norte. Buen trabajo.

Cortó, justo cuando efectivos federales ingresaban. Guardaron las armas y dieron un somero informe.

Fabbri fue llevado en custodia, y las dos mujeres, aturdidas, fueron atendidas en el lugar. Rodillas y codos con cortes, pero poco más, si no contaban el terror vivido.

Nathan sintió la presión dejar su pecho. Habían logrado la parte más difícil. Santoro tenía las horas contadas, a menos que se entregara.

Tocaba lo verdaderamente importante: decírselo a Cassandra. No podía evitar imaginar la expresión de alivio en su rostro cuando supiera que su madre y su hermana seguían vivas.

Había cumplido su promesa, y eso era la ventana a un futuro distinto para ambos.

Capítulo 26

El móvil vibró luego de un silencio perturbador, y Darius lo miró. Cassandra vio cómo su expresión se suavizaba.

—¡Dime!—susurró Cassandra, incapaz de esperar a que él hablara.

Darius deslizó el dedo por la pantalla, leyó el mensaje completo y sonrió.

—Te lo dije. Fue entrar y vencer. Y las dos están sanas y salvas. Cassandra.

Cassandra se sintió liviana, y el cuerpo se le aflojó. Rarísimo, como una flojera que la invadía de golpe. Jadeó, y se llevó la mano al pecho.

—Siéntate, anda—Darius la ayudó—. Es la adrenalina, hace cosas extrañas en nuestro cuerpo. Estaban tensa como un cable.

—Salió bien. Están bien—repitió, como si necesitara oírlo de nuevo.

—Sí. Ambas vivas y bajo custodia. Nathan ya las sacó. El equipo está camino al punto seguro.

Ella llevó las manos a la cara. Un sollozo le subió, pero no fue un llanto desesperado sino una liberación profunda, casi física.

—Tengo que verlas. Y a Nathan—susurró.

—No será hoy. El FBI les va a tomar declaración. Luego, irán a Providence. Allá nos reagruparemos. Pero todo está bien, y mañana tendremos un vuelo a disposición. Tú, Louie, Malik y yo. Debes tener paciencia.

Cassandra asintió. Le pedía algo difícil ahora mismo, pero lo intentaría. Suspiró. Malik y los otros dormían. Tenía que hacer lo mismo.

Se dirigió a la habitación y se dio una larga ducha. Luego, se tendió en la cama. Esperaba. Pasaron los minutos, y cuando ya se dormía, el sonido la despertó. El móvil.

NATE: *Cass, está hecho. Están bien, enteras. Quejosas y gruñonas, mucho. Prepárate. Mañana será una pesadilla.*

Okay. Podía con eso. Vivas, y con su habitual actitud, al parecer. Pero el alivio estaba ahí.

CASS: *¿Estás bien? ¿Los demás?*

NATE*: A la perfección. Sin bajas, ni heridos. El que te lastimó en el baño del club, y que raptó a tu familia, fue atrapado. Santoro se escabulló justo a tiempo, pero dejó de ser un problema. Está huyendo, perseguido por sus jefes y el FBI. Si logra salir del país antes de que lo arresten, vivirá mirando por encima de su hombro. La mafia no perdona a los que la traicionan, o la roban.*

De a poquito, con timidez, la convicción de que estaba a salvo, de que recuperaría su vida, volvía a ella.

Le tocaba asegurar la parte más bonita de esta historia fea. No volvería a su vida de éxito gris y trabajo constante si podía evitarlo.

CASS: *Supongo que esto da por terminado mi vínculo con Pipen*.

NATE: *Sí. Pero nosotros estamos más allá de eso. Tenemos que hablar, y en el mejor de los sentidos.*

CASS: *Okay. Mañana estaré en Providence, con Malik. Deberé hablar con mi madre, con Claire, pero después, soy toda tuya.*

NATE: *Eso me va a dar sueños muy específicos, señorita Marlowe.*

CASS*: Eso espero.*

El sueño vino fácil luego de este intercambio, y durmió de tirón.

El sonido de aspas llegó al mediodía siguiente. Malik vibraba de emoción. Ella, no tanto, odiaba las alturas.

Pero la perspectiva de un comienzo alternativo la llenaba, así que se resignó a un largo rato de vértigo. En Providence estaba lo que necesitaba.

++++

El edificio de la Agencia Pipen estaba adelante, y Cassandra experimentó un deja vu. Cuando vino aquí, semanas atrás, había estado frenética, asustada, al borde, y sus paredes protectoras altas.

Hoy era bien distinto. El desenlace de la fea historia a la que la habían arrastrado había ocurrido allí, con ella a la distancia. Adentro estaban su madre y su hermana, así se lo había confirmado Louie, que tenía una lista de quejas de Elijah en relación con su familia.

Era vergonzoso, de no ser porque ella prefería turbarse por su malicia y arrogancia vacía, sustentada en la nada, que lamentar su muerte.

—Vamos arriba, deben estar en la sala de conferencias—dijo Darius.

—Quiero ir al gimnasio—dijo Malik—. Seguro que Logan o Elijah me dejan entrenar con ellos.

—Ve por las rodillas de Elijah—aconsejó Darius, pulsando el botón para subir—. Así podrás tumbarlo. Va a chillar como un bebé.

—Eso haré.

Cassandra se mordió el labio inferior para controlar la risa.

Una vez en el piso correcto, Darius le señaló a Pipen, que estaba mirando al exterior por un ventanal gigante que daba a un paisaje de verdes y edificios bajos. Brazos cruzados, el rostro marcado por las horas sin dormir.

—Cassandra, hola—dijo—. Todo salió como esperábamos.

—Te debo una boda.

Él sonrió amplio, y pareció que salía el sol. Vikingo Pipen era un adonis, había que decirlo.

—La idea me gusta, sé que eres la mejor.

—El mejor servicio para el dueño de la mejor agencia de protección.

—Tu familia está en la sala B. Están bien, aunque…—tosió, e hizo un gesto—. Demandantes, y determinadas a sacar lo mejor de esto.

Dios. Seguro tenían a todos de los nervios.

—Ahí está Nathan.

No escuchó más, girando rápido. Estaba ileso, descansado, y guapísimo en su ropa táctica. Cassandra no pensó. Simplemente corrió, y la risa abierta de Pipen la siguió.

Nathan la recibió con los brazos abiertos, como si hubiese preparado cada músculo para sostenerla. La levantó del suelo sin esfuerzo, hundiendo la cara en su cuello mientras ella se aferraba a sus hombros.

—Estoy aquí—murmuró él, la voz ronca por el cansancio—. Ya pasó lo peor. Mira que estás guapa. Y de tacones—hizo un gesto de aprobación—. Casi pareces la que vino aquí tan terca y altanera.

—Oh, por favor, olvida esa versión mía.

—Me gusta. Estás un pelín despeinada.

—El helicóptero. Es… indescriptible, pero me trajo aquí.

Él la abrazó por la cintura y la atrajo para besarla y Cassandra abrió sus labios para él. A salvo, rodeada de su fragancia, atrapada con gusto entre musculosos brazos y pecho, perdida en sus pupilas.

—Sabes dulce—susurró él, pasando la lengua por su boca.

—Paleta de caramelo. Malik trajo una bolsa de chutes.

Él sonrió.

—Y está en el gimnasio, imagino. Ese lugar le fascina.

Asintió. Él ladeó su cabeza y la observó. Cassandra se dejó mirar.

—Cumpliste —susurró, sus dedos acariciando la sombra de barba, suave su boca—. Cumpliste lo que dijiste.

Nathan apoyó la frente en la suya.

—No prometo lo que sé que está fuera de mis manos. Y solo lo hago con las personas que me importan.

Ella parpadeó, emocionada. Esta era una verdad envuelta en confesión y se volvía seductora realidad que estaba al alcance de su mano, como fruta tentadora. Solo tenía que estirar la mano y tocarla, envolverla en su palma, hacerse dueña.

—Eres increíble, ¿sabes?

Nathan negó muy suavemente.

—Nah. Pero si tengo que asegurarlo para conservar un lugar en tu cama, aquí y aquí—tocó su sien y luego su pecho del lado

izquierdo—, lo haré.

—Tú… No necesitas asegurar nada. De las personas que me han impactado, eres el que respalda cada dicho con hechos—replicó Cassandra, firme, mirándolo con intensa convicción—. Eres el único que ha hecho lo que prometió. Siempre.

Nathan cerró los ojos un instante, como si esas palabras le atravesaran más de lo que quería mostrar. Luego la sostuvo más cerca, apoyando sus manos en sus omóplatos.

—Quiero que hablemos. Tenemos mucho por decirnos, pero…—dijo—. Hay prioridades. Ven.

Le indicó el pasillo. Cassandra caminó a su lado, el corazón golpeándole el pecho. Abrieron una puerta que los llevó a una habitación pequeña que tenía vista de otra.

La grande se apreciaba por el ventanal que imaginó como los de las salas de interrogación policial.

En ella estaban su madre y su hermana, sentadas en sendos sillones, dando cuenta de un pequeño buffet. Pipen y su generosidad, supuso.

Cassandra se quedó quieta, observando. Su familia. Estaban bien. Más que bien, con apetito importante. Su madre murmuraba algo a la hermana, su rostro arrugado en señal de molestia.

Alguna queja; frío, o cansancio. Con ella era un no acabar. Su hermana parecía agitada, agraviada, moviendo las manos sin parar.

Cassandra respiró hondo. Muy hondo. Tocaba enfrentar la música. De habitual era cansino, la drenaba. Esta vez sería varias veces peor.

Se envaró. En esta oportunidad tenía munición pesada, y no dudaría en usarla.

La quietud de Nathan a su lado fue un ancla.

—Ve, habla con ellas. Quítate esa mochila de encima. Están bien. No las lastimaron—le dijo él, en voz baja.

Ella asintió, sin moverse aún. Nathan deslizó sus dedos entre los de ella. Un gesto pequeño, íntimo, que le dio fuerza. Cassandra apretó su mano.

Miró de nuevo a las dos mujeres que habían marcado tanto su vida. Se le mezclaban el alivio, la pena, la ira, y una determinación nueva que nacía de la esperanza.

No de lo que podría pasar entre ellas. No esperaba mucho. Dio el primer paso hacia la puerta de la otra sala, y la abrió. Su madre levantó la vista primero; la hermana la siguió un segundo después.

—¡Cassandra! —exclamó la madre, y en ese tono había más reproche que alivio—. ¡Hasta que por fin apareces! ¡No tienes cara! ¿Cómo pudiste hacernos esto? ¿Sabes por lo que hemos pasado?

Claire se incorporó, y vino a ella con puños apretados y un apuntado dramatismo:

—¡Casi haces que nos maten! Por ti. ¿Eres una criminal ahora? ¿Comulgas con la mafia?

Cassandra inhaló profundamente. *Paciencia, paciencia, y levanta la coraza. Con ellas sí la necesitas.*

—Están bien—dijo con calma—. Lamento la situación, pero no las rapté yo, así que no puedo disculparme por ello.

—¡Fue por tu empresa!

Desestimó la respuesta, no tenía sentido explicar. Veían lo que querían.

—Necesitaremos tiempo, terapia, para recuperarnos. Mi corazón… Creí que me daría un ataque—dijo su madre.

La miró con pena. En el fondo esperaba que les tomase tiempo superar el shock, que lo pasaron, y demorarían en intentar la manipulación. No era el caso.

—Fueron horas horribles. Horribles. No nos dieron agua en un momento. Y los hombres… —Hizo un gesto de indignación—. ¿Cómo pudiste permitir que algo así nos ocurriera?

—Tenía un examen vital, y lo perdí. Ahora, no sé cuándo… Perderé los cursos…

—Corten las historias fantásticas—dijo, explotando—. Sé que no sufres del corazón, y tú, Claire… Hace dos años que no pisas la universidad.

Las dos abrieron y cerraron la boca, y quisieron mentir. Más.

—¿Qué dices?

—¿Cómo dudas de eso? ¡No eres tú, no eres mi hija!

—Lo soy. Salvo que menos tonta y crédula. Información es poder, y tengo mucha.

Su madre entrecerró sus ojos.

—¿Nos hiciste investigar?

—No yo, pero debería. Mentira tras mentira acumuladas. ¡No tenéis cara!

—Estás siendo impulsiva, y te equivocas.

—¿Sí? Yo creo que no. Accedí a tu resumen de gastos, a tus publicaciones de Snapchat, a tu escolaridad. Y a tus registros médicos, mamá. Orgullosamente sana, fuerte como un roble.

Las miró. Enrojeciendo, mirándose de reojo, buscando cómo proceder para convencerla. Una vida entera cabía en ese gesto de ellas: minimización, manipulación, insinuación de culpa.

—Tu padre estaría tan decepcionado. Eres la más fuerte, por ello nos apoyamos en ti. Estamos solas, y…

—No —dijo, abriendo los ojos y mirándolas fijo—. No voy a cargar con eso.

Su madre frunció el ceño.

—¿Con qué no vas a cargar?

—Con vuestras culpas. Con vuestras historias. Con esa narrativa donde lo malo que os pasa es responsabilidad mía—Sus palabras salieron claras, sin temblor—. Vuestras veinticuatro horas de terror no borran los años de abuso emocional que soporté. No compensan las mentiras que me dijiste, mamá. Ni compensan los chantajes, ni el silencio, ni la falta de apoyo.

La hermana abrió la boca.

—Cassandra, estás exagerando…

—No —la cortó, con firmeza suave pero inapelable—. No estoy exagerando. Estoy recordando. Y por primera vez, lo estoy diciendo en voz alta.

La madre agitó la mano, irritada.

—No es momento para reproches. Estamos vivas, eso es lo que importa.

—Sí —respondió Cassandra—. Estás viva gracias a ellos —y señaló hacia Nathan, que estaba parado en la puerta, como un

centinela. Había visto su disgusto, sin duda—. Gracias a un grupo de personas que se jugaron la vida. No por culpa mía. Y desde luego, no porque vosotras hayáis hecho nada para ayudar.

La hermana se llevó una mano al pecho, teatral.

—¿Así nos hablas después de lo que pasamos?

—Hablo como la adulta que ya no va a aceptar que la traten como una niña culpable de todo—Respiró hondo—. Las quiero. De una forma que no sé ni si es sana. Pero no voy a seguir siendo vuestro saco de golpes emocionales, ni voy a dejar que me drenen mientras trabajo sin parar y ustedes disfrutan.

—¡No puedes dejar de apoyarnos! No tenemos cómo mantenernos.

Pero Cassandra ya había decidido terminar.

—No es mi culpa. Son jóvenes… Sí, madre, cincuenta es joven. No voy a aceptar nada que no sea respeto e intención real de ser familia, sin abusos. Yo… —bajó la mirada un instante, buscando el eje dentro de sí misma—. Yo voy a recuperarme de lo que también viví. Y voy a hacerlo lejos de esta dinámica.

La madre abrió la boca para responder, pero Cassandra se adelantó:

—No estoy diciendo que no nos volvamos a ver. Estoy diciendo que no voy a volver a este patrón. No voy a permitir que mi vida sea un campo de batalla emocional donde siempre pierdo yo.

Hubo un silencio grueso. La grieta abierta entre ellas aumentó. Cassandra dio un paso atrás. Luego otro.

Nathan la observaba, sin moverse, y cuando ella llegó a su lado, la tomó de la barbilla.

—¿Estás bien? —susurró.

Cassandra asintió, aunque la voz no le salía. Su rostro se quebró apenas, pero caminó afuera. Nathan la siguió, y un clic suave anunció que dejaba atrás años de su vida, por fin liberada.

—Lo hiciste perfecto.

Cassandra sintió un nudo en la garganta.

—Tenía que hacerlo —dijo, respirando contra él—. Era hora.

—Y aquí estás. De pie. Lista para mí.

Cassandra lo abrazó fuerte, hundiéndose en la seguridad que él ofrecía sin esfuerzo. Se sentía liberada. Frágil y fuerte a la vez. Lista para empezar otra etapa de su vida.

Capítulo 27

La tarde caía sobre Nueva York con una luz dorada que se filtraba entre los edificios, creando reflejos metálicos en las ventanas del piso de Cassandra.

Ella había pasado la mañana ordenando: cambiando almohadones de sitio, recolocando libros, doblando mantas, enderezando las pequeñas esculturas que adornaban los muebles. La casa estaba impecable, como nunca, y la ocasión lo ameritaba.

Sonó el timbre, y el corazón le dio un salto suave, de infantil ansiedad. *Estás sacando esto de proporciones. Te conocen, son un hombre y un niño, no prestan atención a nimiedades.*

Sí, pero… Necesitaba que esto fuese perfecto. Abrió, y la sonrisa se le cargó automáticamente. Nathan estaba allí, con Malik. Este hizo un pequeño saltito en el lugar, típica reacción de excitación.

—Hola —dijo Nathan, con una sonrisa que no falló en derretirla.

Había pasado solo un día desde que lo vio, pero eran horas en que lo echó de menos. Así de perdida por él estaba, no podía negarse. No había tampoco necesidad.

—Hola —respondió Cassandra, que se adelantó para dar un beso rápido al hombre, y concentró su mirada en Malik—. ¡Me encanta que vinieras! Nos vamos a divertir, ¿qué dices?

Asintió con vehemente alegría, y se quitó la mochila del hombro, que abrió rápido mientras pasaba a su lado para ingresar primero.

—Traje libros y juguetes. ¡Va a ser genial! ¿Te gustan los legos?

Entró tras él, y Nathan se encargó de cerrar detrás.

—Soy malísima, pero si me enseñas, estaré bien.

—Yo soy profesional, y traje el de un tractor.

—Bien, bien.

Malik miraba todo con curiosidad.

—Tu casa está muy alta—dijo, y fue a las ventanas.

—Estoy muy cerca de los tejados—le explicó ella, sonriendo.

—¿De verdad? —preguntó él, maravillado.

—De verdad.

El niño dejó su mochila junto al sofá y, sin esperar permiso, se sentó en la alfombra a sacar unos soldaditos de juguete.

—Estaba ansioso por venir—murmuró Nathan, que llegó a su lado.

—Me alegra que esté contento—respondió ella, notando el calor que le subía al pecho.

Le dejaron jugar y coordinaron esfuerzos para preparar la cena. Cassandra tenía lista una lasaña que había comprado en el mejor restaurante de pasta de su zona.

—Te ves diferente —dijo Nathan mientras alistaban la mesa.

Ella levantó la vista.

—¿Diferente cómo?

Nathan ladeó la cabeza, buscando la palabra correcta.

—Distendida. Siempre te he visto hermosa, pero brillas.

Cassandra sonrió, encantada con el suave halago. .

—Me conociste en mi peor momento. La tranquilidad hace maravillas. Duermo mejor, me estoy tomando el trabajo con calma, sin sobre exigirme. Aprendí que puedo delegar y la empresa no colapsa.

De hecho, los comentarios de sus clientes eran de agradecimiento por la atención que Brenda, Frank y Lucy brindaban. Eran un trío de lujo. Podría haberlo visto antes, de no estar tan convencida de que tenía que sostener el mundo o se caía.

—Me alegro. Eso significa que tendrás más tiempo para nosotros—dijo él, sin apartar la vista, intenso.

Dio un paso hacia ella. No la tocó; solo se acercó lo suficiente como para que ella percibiera la calidez de su cuerpo y ya quisiera saltarle encima.

—He pensado mucho en ti —murmuró—. Hemos tenido poco tiempo para nosotros.

—Coincido—respondió—. Espero que esta visita sea larga— Miró al niño, que estaba tomando posesión de la alfombra con una

carretera para sus autos—. Me encanta tenerlos aquí.

Nathan asintió, y su mirada se suavizó, y le acarició la mejilla.

—Y a nosotros estar contigo. Los dos llegamos a un acuerdo —le susurró—. Tengo que hacer lo que pueda para convencerte de que somos buenos para ti. Me dio unos tips—Guiñó el ojo—. Decirte cosas bonitas. No dejar que cargues nada pesado. Y nunca, nunca, dejar la tapa del inodoro levantada.

Cassandra se mordió para contener la risa. Ese niño sería un seductor considerado.

—Lo que él no sabe, es que ya me tienen en un puño— confesó bajito, y se movió a la cocina, dejándole en el sitio.

Se colocó las manoplas y quitó la lasaña tibia del horno, y la trajo a la mesa. Nathan cortó el pan y le acercó los platos para que sirviera las porciones. Llamó la atención de Malik y el niño estuvo en la silla de inmediato.

—¡Me encanta la lasaña!

—Un pajarito me lo dijo, por eso lo compré.

—¿No lo cocinaste? La tía June es muy buena, te puede enseñar.

—Es que soy malita para eso.

—No digas eso, Cass. Se puede aprender, papá siempre me dice eso.

—No tengo dudas. Come antes de que se enfríe.

Los dos compartían un sano apetito. Cassandra no cabía en sí de gozo. Esta mesa solía estar vacía. Ella prefería comer sentada en el sillón, mirando la televisión. Se sentía menos sola así.

Hoy su casa estaba completa, su cena era compartida, la charla era agradable, el hombre que quería la miraba como si no se cansara de apreciarla, su hijo desbordaba ganas de estar aquí, con ella. Se sentía el inicio.

—¡Sí, chocolate!—aplaudió Malik cuando trajo el volcán dulce y tibio, y su boca quedó embadurnada. Terminó chupeteando dos dedos, y los mayores riendo.

—¿Quieres mirar la televisión mientras lavo los trastos?—dijo ella, y Malik miró a su padre, y le hizo una seña, y luego la miró con

cortesía.

—Sí, por favor.

Nathan levantó los platos y cubiertos, y se acercó al fregadero. Cuando ella trajo los vasos e intentó ordenar, su mano se posó en su muñeca.

—Deja, tengo orden de hacerlo yo. Ya sabes, por eso de conquistarte.

Ella miró de reojo a Malik, que desde la sala tenía visión y controlaba a su padre. Era adorable, una pequeña joya, además de enternecedor.

Que la aceptase así, que presionase a su padre para caerle en gracia, era emotivo. El pequeño no sabía que su padre la tenía enredada, que no podía dar un paso o pensar en mañana sin que la imagen de Nathan apareciese.

Le tenía el cerebro comido, el corazón latiendo más fuerte, y el cuerpo en espera y abstinencia.

—¡Gracias, Nate! Eres tan cortés, me encanta—dijo, en voz alta, y sonrió amplio para Malik, que asentía con serenidad, probablemente dándose palmaditas por los buenos consejos a su padre.

—De nada. Es lo que un hombre debe hacer, ayudar a los que quiere—dijo Nate.

Y ella parpadeó. ¿Lo decía de verdad? ¿O era un lapsus? Entre ambos la pasión crecía, los momentos se sentían preciosos, satisfactorios, él le había dicho que quería mucho más. Pero la expresión del sentimiento mayor todavía faltaba.

Por un breve momento hubo silencio, ambos concentrados en fregar, secar, guardar.

—Malik quiere una mamá, con ferocidad—dijo él muy bajo, dando la vuelta para recostar su espalda contra la mesada. La trajo contra él—. Sé que puede sonar como una presión, pero… Creo que tiene razón. Necesito una mujer que suavice mis días, me de paz, nos traiga alegría y pequeños dramas diarios.

Ella elevó las cejas, y él bajó la cabeza rápido para darle un pico que supo a poco. Muy poco. Trató de enfocarse, este era un momento importante, fundacional. Y quería claridad.

—Estás diciendo que por Malik, y para mejorar tu día, me necesitas.

Negó, enfático, más serio.

—Estoy empezando a hablar, no te quedes con el principio. Quiero a la mujer que me ha abierto a sentir hondo de nuevo. A la apasionada que me pone loco en la cama. A la que admiro por su tesón, su inteligencia, su sensibilidad, que le cuesta mostrar. Te quiero toda.

Había tanto para desenvolver en esas palabras. Eran tan puras, honestas, sentidas. Cassandra sintió que la embargaba la emoción. Sentirse el sol no era habitual para ella en cuestiones románticas o familiares. Se había resignado a ser un satélite necesario. Una hija que proveía, una hermana que financiaba, una jefa que pagaba bien y resolvía.

Nathan y Malik la hacían sentir centro. Elegida. Querida. Deseada. Y esas eran sensaciones poderosas a las que no podía igualar el mayor éxito laboral.

—Tú me haces sentir especial. Te quiero, Nathan. Y a Malik. Me gusta el combo que son, lo que traen a mí—respondió con sinceridad absoluta.

—Me alivia—dijo, y sonrió—. No sabes lo que significa escucharte decir eso. Que nos quieres a los dos. Ensamblar nuestras vidas no sería posible sin que aceptes que tengo un hijo, alguien que no es de tu sangre, y….

—Nate, tengo bien claro que la *sangre de mi sangre* no es la que mejor me trata o considera. Elegirlos es una cuestión de corazón y de fe. Sé que serán los amores de mi vida, no tengo dudas.

Él tragó saliva y la apretó con fuerza, y le susurró al oído:

—¡Jodida responsabilidad pones en nuestros hombros!

—Puedes sostenerla, y Malik te va a guiar. Ya has comprobado que no es sino un niño determinado.

—Lo es.

Ella le tomó la mano. La apretó.

—Puedes decirme lo que tú quieres —susurró.

Nathan exhaló, lento.

—Quiero que estés en nuestra vida a tiempo completo, no solamente visitarnos. Sí, entiendo las dificultades, y tenemos que pensar en la logística. Quiero que estés en mis mañanas y en mis noches. Quiero construir el futuro contigo. Sin prisas, sin pausas, sin miedos.

Agua en sus ojos y un nudo en su garganta fueron las expresiones corporales inmediatas. Sus brazos a su cuello, su torso contra él, lo siguiente. La voz no le respondió, pero no hacía falta.

Algo dentro de ella, algo que llevaba años enrarecido, por fin se acomodaba en su sitio.

—Lo resolveremos—dijo luego de unos segundos.

—Es un hecho. Sellemos esto como se debe.

El beso no tuvo urgencia. Fue profundo, cálido, paciente, encuentro. Dos personas que se encontraban sin amenazas, sin miedo de perderse en un segundo.

Sus manos se cerraron en la cintura de Cassandra, que se entregó al beso, un abandono dulce que la enervó. Él besaba con labios, con lengua, pero sus yemas quemaban, y la dureza de su miembro contra su cadera contaba de urgencias que compartía.

Cuando se separaron, Malik seguía en el suelo, jugando embebido en el lego a medio armar, ajeno al universo abierto a unos metros de él.

++++

La noche se había asentado sobre Nueva York, pero las luces refulgían. Cassandra se adelantó para cerrar el cortinado de la habitación extra, sus pasos un eco suave en el parqué.

Abrió la cama para que Nathan depositara al niño dormido, y le cubrió con cuidado, mirándole por un momento. Se parecía a su padre, pero el aceituna suave de su piel recordaba su ascendencia.

Una ternura protectora la envolvió, y se prometió que daría todo de sí para construir una relación sana entre ambos.

Luego, salieron sin ruido. Nathan no perdió el tiempo, sorprendiéndola con su velocidad. Como por arte de magia estuvo

sobre su hombro, sostenida por las pantorrillas, y su cabeza osciló contra su espalda.

—Nuestro momento —dijo él, y con ella a cuestas entró al dormitorio, que cerró, usando la tranca—. Malik no suele despertar de noche, pero por si acaso.

La colocó en el piso, y retrocedió, mirando alrededor. Pareció encontrar lo que buscaba en el taburete de su tocador, donde se sentó.

Ella quedó parada en el centro de la habitación, confusa.

—Desnúdate, Cass. Muéstrame que tienes para mí.

¡Hostia! Esa voz rasposa que parecía venir de lo más profundo logró calentarla.

—Soy torpe—protestó, su timidez apareciendo en escena, pero él negó con la cabeza.

—No, eres hermosa, y quiero verte al completo.

Dudó, pero luego asintió, y cerró los ojos, invocando un ritmo en su cabeza que guiara los movimientos. Sus manos se deslizaron por sus costados y por su estómago, y luego descendió una por su pelvis, que redondeó el área.

Luego, se dio la vuelta y descendió contorneándose. La música suave comenzó a sonar para acompañar, y ella sonrió. Bien, esto ayudaba.

Sus dedos tomaron el bajo de su blusa y con lentitud y juego, la fueron elevando hasta que la sacó por la cabeza, y la hizo girar como remolino sobre su cabeza.

—Eso, hermosa, muévete así.

Sus manos fueron a su cabello y lo soltaron, y sintió la suavidad de este sobre su espalda alta y en sus senos. Dejó las palmas atrapando sus hombros, sus codos haciendo palanca sobre los costados de los pechos para juntarlos más y acentuar el escote.

Él abrió sus piernas y llevó su mano a la entrepierna, que se veía abultada. Sobó el miembro por encima del pantalón, y a Cassandra se le secó la garganta.

Esto lo hacía ella, incitarlo, calentarlo.

Sus manos volvieron a actuar, esta vez para desprender el sostén, y sus senos se liberaron y brincaron con levedad ante el

vaivén que intentó seductor. No sería profesional, pero funcionaba, porqué él fijó su mirada predatoria en los globos.

—Tócalos, Cass, haz como si fueran mis dedos.

Sus yemas fueron a los pezones, y por un instante no hicieron nada, pero verlo bajar la cremallera y sacar su verga hinchada la motivó, y la hizo pinchar sus pezones con suavidad, el toque liviano no fallando en hostigar terminaciones nerviosas en conexión profunda con su bajo vientre.

Él se incorporó y dejó que sus jeans colapsaran a los tobillos, y quitó sus zapatos para dar salida a la prenda. Modo comando, joder. La polla gruesa y en alerta le hizo la boca agua, y él colocó su mano alrededor de la base y se masturbó sin dejar de mirarla.

—Toda para ti. Sí sigues…

Cass se apuró a quitar el pantalón y lidió con los tacones, pero él hizo un sonido de negación.

—No, no, los tacones se quedan.

Okay, pensó, y volvió a montarse sobre ellos, solo con las bragas. Su mano se deslizó por debajo de la prenda de transparente negro y dos dedos fueron a su canal, tocando el clítoris.

Frente a frente, pegados los ojos, se excitaron en preparación para el otro. No duró mucho. Él vino a ella con la prisa de un hombre en misión, y la tomó por la cintura, dándole la vuelta y maniobrando su cuerpo para que quedase sobre su espalda en la cama.

Elevó sus piernas y se aseguró de que su cadera se alinease con el lado del lecho, y sin más, colocó su polla en la zona de inicio del juego.

Su glande hostigó la zona, jugando a entrar y salir, mientras su pulgar jugaba con su zona más erógena. Estaba tan húmeda, tan lista.

Él usó su boca para abusar de la fina piel de sus tobillos, mordisqueando. Su mano acarició sus pechos, y la otra la reacomodó para abrirla más. Entonces, la penetró, y la sensación de ser llenada hasta el tope fue divina.

—Mira cómo te follo, Cass. Cada porción tuya me enciende.

Empujó y empujó, cambiando de ángulo, sus testículos rebotando contra sus glúteos. Con el ritmo de un hombre poseído, su miembro tomó posesión de su interior, por momentos elevándola en el aire.

Era intenso, salvaje, liberador, pero al mismo tiempo bello. Nathan tomaba y poseía, y ella entregaba y tomaba a la vez. Su fuerza, su pasión, su placer.

Sus talones contra los hombros, las manos crispadas en las sábanas, su boca abierta y emitiendo ruiditos de entrega feral, así se corrió, largo y hermoso. Y él estuvo con ella en dos empujones más, sus ojos distendidos y su respiración agitada, sacudido.

Luego, se dobló sobre ella con gentileza y la besó. Se abrazaron, pegados, y la mirada de Cass en el espejo los percibió como dos muñecos rotos, mitad posados en la cama, mitad de sus cuerpos colgando de esta.

—Ese bailecito tuyo…—La voz sonó cascada, y le gustó verlo afectado—. Jodidamente sensual, Cass.

Desenlace

El día de la boda de Pipen y Bianca amaneció con una energía que Cassandra solo podía describir como caótica y entrañable.

El jardín de la mansión donde se celebraría estaba lleno de cables, luces, cajas de flores, técnicos que iban y venían con el ceño fruncido, y Cassandra estaba en el centro de todo

Este era el momento crucial donde lo planificado cobraba vida y cada detalle debía funcionar. En esta ocasión había un componente que era extralaboral. Esta ceremonia tenía que salir perfecta.

Era el agradecido pago por lo que la Agencia Pipen había hecho por ella.

Protegerla con celo. Quitar el peligro de su vida, salvando a su familia, y a ella. Dándole un inicio alternativo como un bonus al poner en su camino al combo masculino que la hacía tan feliz.

—¿Por qué hay dos arreglos florales diferentes aquí? ¡Frank!

—¿Dónde está ese DJ? ¡Debía llegar hace una hora!

—La mesa de los novios, cuiden los adornos.

Los brazos en jarra, miró alrededor. Sí, sería especial. No era una boda con tantos invitados. Ella y su equipo podían hacer esto dormidos. Pero dar una experiencia única no tenía que ver con la cantidad, sino la calidad.

Y quería lo mejor para Scott y Bianca. La relación entre ambas se había profundizado rápido. La italiana era encantadora y no tenía dobleces. Su vida complicada la conmocionó, y hacía de esta ceremonia algo más especial, si cabía.

Malik corría entre las mesas como si aquel fuese el mejor parque de diversiones del mundo.

—¡Mira, Cass! ¡Las luces giran!—gritó, señalando las bolas de espejos de la pista de baile al aire libre.

Solo cuando se enredó en los velos que colgaban de las pérgolas pidió a Elijah que le ayudara con él, y el zumbón y gentil grandote se lo llevó a caminar.

Cassandra sonrió. Era imposible no contagiarse de la energía del niño.

Nathan apareció del interior de la casa con las manos en los bolsillos y Cassandra babeó. Quitaba el aliento en ese smoking. Joder, y este maromo era suyo, estaba con ella.

Su paso ganó cadencia y su expresión socarrona fija en ella hizo ver que podía leerle el pensamiento.

—Te ves bellísima —dijo él, acercándose hasta quedar a su lado, apreciando su cuerpo en un vestido envolvente de color malva que marcaba naturalmente la cintura con su lazada, realzando sus curvas.

Se sentía sensual y elegante, y la mirada encendida de Nathan lo confirmó.

—Gracias—respondió—. Tú estás elegantísimo. Voy a tener que estar muy atenta por si hay que espantar moscas que gustan de la miel.

Nathan la miró. Ese gesto, tan suyo, en el que parecía evaluarla con una mezcla de cariño, deseo y fascinación silenciosa.

—No tengo ojos más que para ti—murmuró.

Tragó saliva. Era un subidón. Él la trajo contra él y miró para todos lados, y luego le susurró:

—Te voy a abrir como un presente esta noche, Cass. Esta tela tan suave va a verse espectacular a tus pies.

Dios, lo que le hacía.

—¡Papá, Cass, mírenme!—se escuchó, y ambos giraron.

Malik venía a la carrera, y estaba encantador en un smoking similar al de Nathan, salvo que llevaba tenis. Nathan suspiró, divertido.

—Campeón, estás elegantísimo.

—Estás perfecto, Malik—dijo Cass, agachándose para darle un beso en la mejilla.

¡Cuánto adoraba a este niño! Se le coló en el corazón sin permiso desde el primer momento.

—¡Papá! Es momento—susurró gritando, valga la contradicción.

Cass enarcó las cejas, y Nathan asintió con solemnidad. Algo se traían estos dos.

Hubo un silbido, y Cassandra giró la cabeza. ¿Qué ocurría? ¿Se había roto algo? Pero no, alguien había llamado a congregarse, al parecer, porque de pronto el círculo de hombres de la Agencia, más sus empleados, les rodearon.

¿Qué era esto?

—Cass.

Nathan estaba de rodillas frente a ella.

—Nate…

El corazón le bombeó duro, y se llevó la mano a la boca. Esto era inesperado.

—Cassandra, yo…

Él se detuvo, evidentemente emocionado, y Cassandra tragó saliva, sin palabras.

Entonces Malik vino junto a su padre y se arrodilló como él. Hubo risas, pero el niño era pura solemnidad, mirándola.

—Cass, papá es torpe, así que le voy a ayudar.

—Okay, querido, claro que sí—susurró.

—Quisimos mucho a mi mamá. Todavía la queremos—aseguró, y Nate movió su cabeza, con lágrimas en los ojos, pero asintió—. A ti te amamos también, y queremos que vivas con nosotros. Es que papá es un desastre estos días, te echa de menos cuando no estás. Tengo más trabajo que antes.

Las risas se elevaron más, y Nate pareció recuperarse, sacudido por la tentación y la emoción.

—Sigo yo, campeón, gracias—Tomó aire—. Cass, lo que siento por ti crece día a día, y es enorme. Me haces… Nos haces feliz. No quiero, no queremos, que sea temporal —continuó—. La vida es de color cuando estás con nosotros.

—¡Cómo estas bolas que brillan!—acotó Malik.

Nathan metió una mano en el bolsillo, sin teatralidad, con determinación. Sacó una pequeña caja, que abrió y extendió. El

anillo era sencillo, elegante, sin brillos exagerados, pero con una piedra que capturaba la luz del sol en el esplendor del ocaso.

—Cásate conmigo —dijo—. Quédate conmigo. En Providence, en Nueva York, donde quieras. Pero con nosotros.

El amor pulsaba enredado a la esperanza, a la convicción de que estos eran su felices para siempre. No había nada que decidir.

—Nathan, Malik… No puedo esperar a que seamos tres a tiempo completo. Sí, quiero, sí—declaró, avanzando un paso para acortar la distancia.

Hubo gritos y aplausos. Pero Cassandra solo miró la sonrisa de Nathan y los saltitos de Malik.

Nate se incorporó y tomó el anillo de la caja y se lo colocó, y la besó. Un beso firme, profundo, que le aseguraba hogar, futuro, familia.

—Te quiero—dijo él, contra sus labios—. Mucho más de lo que sé decir.

—Yo también—respondió ella, apoyando su frente en la de él —. Te quiero. Y quiero esta vida. Toda.

++++

Nathan no recordaba la última vez que el pecho le había dolido por pura felicidad. No ese dolor difuso de las pérdidas viejas. No el filo helado del temor en operaciones imposibles.

Esto era diferente. Un latido hondo, fuerte, como si el corazón por fin hubiera encontrado un sitio al que aferrarse. Cassandra tenía los brazos cruzados mirando el montaje de luces. El anillo brillaba en su dedo, como la promesa que era.

Malik saltaba alrededor como un cachorro eufórico. La mezcla perfecta de caos y paz. Esta era su vida. La vida que quería.

—¿Papá? ¿Tú crees que Cass quiera?—preguntó Malik, tirándole la manga, llamando a su atención.

Nathan le despeinó el flequillo.

—¿Quiera qué?

El niño infló el pecho, solemne.

—Un perro.

Nathan soltó una carcajada que sintió en la espalda.

—No lo sé. No es el momento hoy para…

—Hay que planificar, papá. Cass organiza muchas cosas. No podemos dejarle todo a ella. Yo puedo organizar lo del perro. Ya hago listas, ¿sabías?

—Bien, lo veremos.

Malik salió corriendo hacia Elijah para contarle. Una mano grande le cayó en el hombro con un golpe seco.

—Felicidades, hombre—Pipen estaba allí, traje perfecto, expresión entre emocionada y compuesta—. Me alegro por ti. De verdad.

Nathan asintió.

—Gracias. Te lo debo en parte.

—No me debes una mierda —replicó Pipen, sacudiéndolo un poco—. Solo prométeme esto: recompón esa cara antes de la ceremonia—Sonrió—. No quiero un padrino distraído suspirando como adolescente.

—Que te jodan —respondió Nathan, pero su sonrisa lo delataba.

—Luego —dijo Pipen, guiñándole un ojo antes de perderse entre las mesas.

Nathan aún estaba acomodándose la chaqueta cuando vio acercarse a Darius. El brazo entablillado le restaba algo de su arrogancia natural.

—Bien hecho, hermano. Te lo mereces, y estoy más que feliz por ti —dijo Darius, extendiendo la mano izquierda, la buena.

Nathan la tomó y asintió. Dare era uno de sus amigos más antiguos, de pocas palabras, pero sabía de lo que fue su dolor al perder a Amina. Estuvo ahí. Como hoy. En las buenas y en las malas.

—Gracias —respondió.

—Disfruta de esta segunda oportunidad —dijo, y la voz le salió más profunda de lo esperado—. No todos la tienen. Y créeme… —miró un instante hacia el jardín, como si viera algo que no estaba allí— …no todos pueden agarrarla a tiempo.

Nathan sintió el peso de esas palabras. Dare cargaba con fantasmas que desconocía, a pesar de los años.

—La voy a aprovechar —respondió Nathan—. Eso te lo prometo.

Darius inclinó la cabeza y se retiró, justo cuando Elijah, Louie y Logan llegaban para palmearle la espalda, bromear sobre *su cara de cateto enamorado* y hacer chistes sobre el tamaño del anillo comparado con su sueldo.

Nathan gruñó, protestó, les insultó cariñosamente, y sin embargo… El calor en su pecho no hacía más que crecer.

—Papá —llamó Malik desde unos metros más allá—. ¡Cass está organizando el arco! ¡Dice que necesita ayuda!

Nathan giró la cabeza. Ahí estaba Cassandra, con un auricular en la oreja, un papel en la mano, la mirada firme, riéndose con Frank, y abrazando a Malik cuando llegó a su lado.

La luz del ocaso le daba a la piel un brillo cálido. Su vestido malva parecía hecho para ella. Era hermosa, sí. Era fuerte. Era su paz y su tormenta dulce. Era el destino que le premiaba otra vez.

El amor lo llenaba, y no podía más que agradecer al Cielo, donde de seguro Amina había intercedido por ellos.

ALTO, NO TE VAYAS. ESTO SIGUE… RELATO DE LA CEREMONIA DE PIPEN Y VIAJE DE TODOS A HAWAII: disponible el 15 de diciembre 2025.

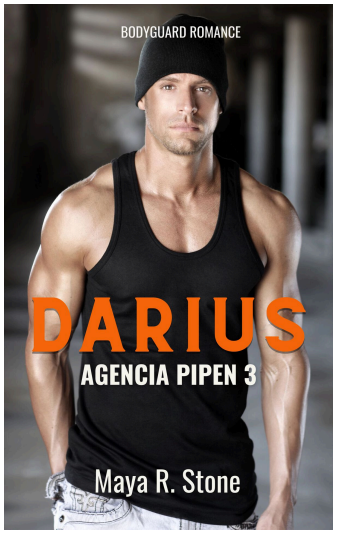
FIN

NOVEDADES

Querido/a lector:

Gratitud es poco decir. Entre tantas novelas, has elegido esta. Espero la disfrutaras, y te haya dado solaz, confort y horas de romance.

La próxima historia será la de Darius, y llega en el 2026. Puedes reservarla aquí: rxe.me/H24V2V



La mayoría de mis novelas tiene una versión en **AUDIOLIBRO** que puede interesarte, si eres de lo/as que gustan de caminar, limpiar, o simplemente disfrutar de una voz en tu oreja contándote historias.
Accede a mis todas mis publicaciones, sígueme en mis perfiles para no perderte novedades.
https://www.amazon.com/author/mayar.stone
Amazon.es
Amazon.mx
Y, como siempre, va mi pedido: *deja tu reseña, las estrellitas cuentan mucho*. Si gustas escribir algunas líneas, detallar las emociones que sentiste al leer, serán muy bienvenidas.
¡Gracias, gracias!

Maya.